

# **UNIVERSIDAD – VERDAD**



**REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL AZUAY**

**N° 36**

**Agosto 2005**

# **UNIVERSIDAD DEL AZUAY**

**Dr. Mario Jaramillo Paredes**

RECTOR

**Ing. Francisco Salgado Arteaga**

VICERRECTOR

**Ing. Jacinto Guillén García**

DECANO GENERAL DE INVESTIGACIONES

**Econ. Carlos Cordero Díaz**

DECANO GENERAL ADMINISTRATIVO FINANCIERO

## **UNIVERSIDAD - VERDAD**

Revista de la Universidad del Azuay

Director

**Dr. Claudio Malo González**

Consejo Editorial

**Dr. Oswaldo Encalada Vásquez**

**Arq. Diego Jaramillo Paredes**

**Dr. Juan Morales Ordóñez**

La responsabilidad por las ideas expuestas en esta revista corresponde exclusivamente a sus autores

Se autoriza la reproducción del material de esta revista siempre que se cite la fuente

Canjes y donaciones: Biblioteca <<Hernán Malo González>> de la Universidad del Azuay

Avda. 24 de mayo N° 7-77 y Hernán Malo

[www.uazuay.edu.ec](http://www.uazuay.edu.ec)

Apartado Postal 981

Teléfono: 2881-333

Cuenca- Ecuador

**QUIJOTE 2005**

# CONTENIDO

NOTA DE LOS EDITORES	9
EL QUIJOTE Y EL SIGLO DE ORO Carlos Pérez Agustí	11
EN DONDE BUSCAR A DON QUIJOTE Gerardo Martínez Espinosa	27
CONSEJOS QUE DIO DON QUIJOTE A SANCHO PARA GOBERNAR SU ÍNSULA Sara Vanégas Coveña	63
ENTRE LA DIVAGACIÓN Y EL MOLIMIENTO Marco Tello Espinoza	75
SER LOCO PARA SER CUERDO Ramiro Lazo Bayas	101
LOS CUATROCIENTOS AÑOS DE DON QUIJOTE José Serrano González	121
EL MITO: UNA RENOVADA DIMENSIÓN PARA LA LECTURA DE EL QUIJOTE María Eugenia Moscoso	133

EL QUIJOTE; ¿LOCURA O CORDURA? Gustavo Vega Delgado	149
EL HUMOR Y LOS EUFEMISMOS EN EL QUIJOTE Oswaldo Encalada Vásquez	167
EL QUIJOTE INTEMPORAL Claudio Malo González	193
EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA (ENSAYO ICONOLÓGICO) Miguel de Unamuno	229

## LOS AUTORES

CARLOS PÉREZAGUSTÍ. Doctor en Lengua y Literatura por la Universidad de Cuenca. Profesor de la Universidad del Azuay.

GERARDO MARTÍNEZ ESPINOZA. Vicepresidente del Directorio de la Fundación Museo de las Conceptas. Ex Cónsul Honorario de España en Cuenca.

SARA VANÉGAS COVEÑA. Filóloga por la Universidad de Munich. Magíster en Docencia Universitaria por la Universidad del Azuay. Profesora de la Universidad del Azuay.

MARCO TELLO ESPINOZA. Doctor en Filología por la Universidad de Cuenca. Profesor de la Universidad del Azuay. Director de COLOQUIO, Revista de la Universidad del Azuay.

RAMIRO LAZO BAYAS. Licenciado en Filosofía y estudios Religiosos. Subdecano de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Azuay.

JOSÉ SERRANO GONZÁLEZ. Doctor en Jurisprudencia por la Universidad de Cuenca. Profesor de la Universidad del Azuay.

MARÍA EUGENIA MOSCOSO. Doctora en Literatura por la Universidad Católica de Quito. Profesora de Letras en la Universidad de Cuenca.

GUSTAVO VEGA DELGADO. Doctor en Medicina por la Universidad de Cuenca. Máster en Antropología del Desarrollo por la Universidad del Azuay. Ex Rector de la Universidad de Cuenca.

OSWALDO ENCALADA VÁZQUEZ. Doctor en Lengua y Literatura por la Universidad de Cuenca. Profesor de la Universidad del Azuay.

CLAUDIO MALO GONZÁLEZ. Doctor en Filosofía por la Universidad de Cuenca. Ex Ministro de Educación y Cultura. Profesor de la Universidad del Azuay.

Las ilustraciones fueron trabajadas por estudiantes de la Facultad de Diseño de la Universidad del Azuay

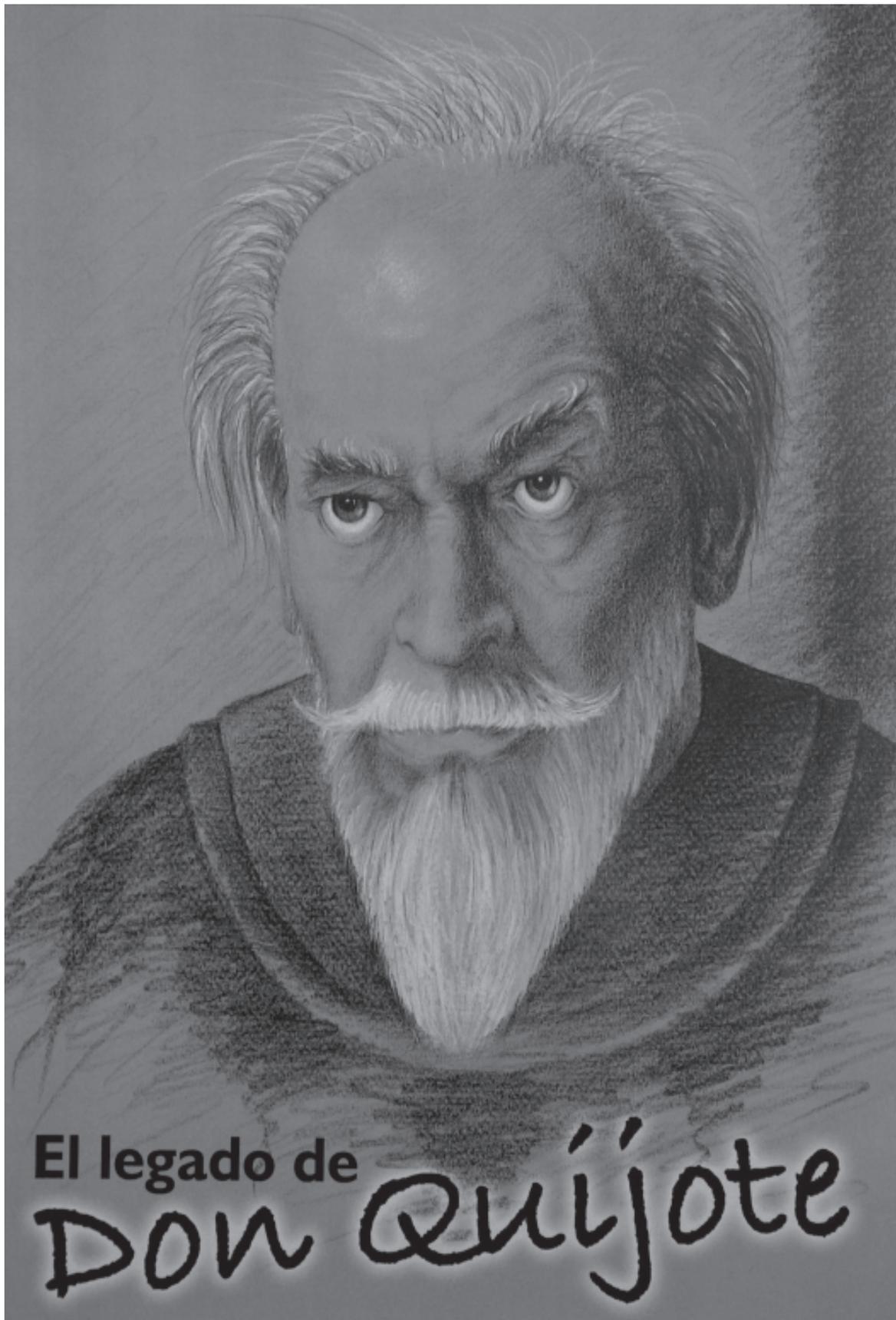
## NOTA DE LOS EDITORES:

Propio de la condición humana es la limitada duración de su vida. Culminado el proceso biológico se suele sobrevivir por un tiempo en la memoria de los demás -en la de los seres cercanos los individuos comunes y corrientes-, pero hay quienes por sus realizaciones sobresalientes prolongan esta forma de supervivencia por más tiempo y con más fuerza. Lo dicho de las personas que realmente existieron se da también en obras y personajes de ficción que en un momento dado fueron creados gracias a esa capacidad de que estamos dotados. Mucho se ha discutido y opinado sobre las condiciones que deben reunir estas personas y personajes para lograr esta forma de romper las barreras del tiempo, hay consenso en cuanto deben poseer de manera sobresaliente ciertas características propias del ser humano que los convierten en modelos.

Don Quijote de la Mancha es un caso de esta manera de supervivencia. Han transcurrido cuatrocientos años desde la publicación de esta obra y su vigencia continúa y se ha reforzado. Según noticias de la época desde los inicios de su circulación se convirtió en un “best seller” –por usar un término generalizado en nuestros días- y su éxito no ha cesado. No se limita su vigencia a la publicación de ediciones de diversa calidad a lo largo de los siglos, sino a que este personaje y los de su entorno novelístico, con buena o mala fortuna, ha sido interpretado de diversas maneras, no sólo en el campo de la literatura y sus distintos géneros, sino en el de la pintura, la música, el cine etc. sin que la diversidad de idiomas y culturas haya sido un obstáculo Este éxito fuera de lo común es una manifestación de la capacidad creativa, cercana a la genialidad, del ser humano.

Don Quijote y su escudero Sancho Panza se han convertido en modelos de la concepción y organización de la vida que puede darse en la humanidad. Tenemos el privilegio o la carga de podernos hacer a lo largo del tiempo que dura la vida; hacerse implica la posibilidad de intentar realizar valores que, según las peculiaridades de cada quien tienen jerarquías y preferencias. Todos, en mayor o menor grado, vivimos en un mundo real con sus posibilidades y limitaciones, pero tenemos en nuestro interior sistemas de conceptos a cerca de un mundo ideal que quisiéramos que pasa de los pensamientos a los hechos. La dualidad ser y deber ser es esencial a nuestra condición. Don Quijote representa a quienes anhelan un mundo en el que impere la justicia y el bien para lo que vale la pena sacrificar aspiraciones materiales por legítimas que sean y, al poner su voluntad para el cambio, se desarrollan una serie de aventuras en la que se confunde lo común y vulgar con lo idealizado, conducta que le gana la imagen de demente.

Al conmemorarse el cuarto centenario de la publicación de esta obra, la Universidad del Azuay pone a consideración del público esta edición en la que un grupo de integrantes del mundo académico dan a conocer sus visiones y análisis, desde distintos ángulos, de este personaje.



**EL QUIJOTE Y EL SIGLO DE ORO**  
**Carlos Pérez Agustí**



## **Entre el Renacimiento y el Barroco**

“Una brutal devaluación de la moneda”; “el sistema de los validos o favoritos se eleva a categoría institucional; el Conde-Duque de Olivares será el prototipo durante más de veinte años de gobierno prácticamente personal”; “exceso de nobles, hidalgos y religiosos, de estos últimos más de cien mil”; un documento señala que a fines del reinado de Felipe III se había doblado la población de religiosos, clérigos y estudiantes porque ya no hallan otro modo de vivir ni de sustentarse”. Así describe Carlos Blanco Aguinaga la situación de España hacia 1600, en pleno Siglo de Oro. Pero tal vez unos versos de aquella época sean más expresivos que cualquier comentario: *al rico llaman honrado / porque tiene qué comer.*

## **El Siglo de Oro y el “arte de la dificultad”**

Entonces, ¿por qué la denominación de “Siglo de Oro”? Pues resulta que, en medio de las crisis económicas y las derrotas militares, el pueblo español vive una etapa casi de fervor colectivo por la poesía y el teatro, la novela y la pintura. Aparecen en este período extraordinarios creadores con proyección universal: Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Quevedo y Góngora, en el campo literario; Velásquez y Zurbarán en el ámbito pictórico.

Dentro de la diversidad de propuestas estéticas que pueden concebirse a través de los autores mencionados, hay que registrar un común denominador: el arte o el estilo de la dificultad.

La más manifiesta, no la única ni siquiera la más importante, característica del estilo literario barroco es lo que puede llamarse el “arte de la dificultad”. Como dice Pedraza Jiménez, la creación de un lenguaje hermético que exige un considerable esfuerzo de comprensión por parte del lector. La poesía de la época lo testimonia:

*que solo merezca conocerlo  
aquel que fuere digno de entenderlo.*

Al margen de si estas concepciones estéticas implican un ocultamiento de la realidad histórica al comienzo descrita (idea en la que frecuentemente se ha insistido), el *arte de la dificultad* es, sin duda, “uno de los síntomas más evidentes del agotamiento de las formas de la expresión renacentista”, y, de hecho, el alejamiento voluntario del lenguaje natural o espontáneo.

Pero Cervantes recorrería otros caminos. En los entremeses (*El viejo celoso*, *El retablo de las maravillas*), por ejemplo, mostró su gran facilidad para la expresión del lenguaje coloquial, la recreación de la vida cotidiana y la sátira de costumbres.

## **Racionalismo e irracionalismo**

El llamado Siglo de Oro de la literatura española ocupa la segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVII, es decir, entre el Renacimiento y el Barroco. Es la época de Cervantes. Es muy frecuente oponer el racionalismo renacentista frente al irracionalismo barroco.

Cervantes, a mitad de camino entre los dos siglos, escribió obras (como el “Persiles”) en las que se afanó por explicar racionalmente el mundo. Pero ante el exceso racionalista, se inclinó hacia lo vital y lo espontáneo. Justamente, en el final de una de sus “Novelas ejemplares” -

la titulada *El celoso extremeño*- un marido engañado, en lugar de castigar a la adúltera y lavar con sangre su honor mancillado, como correspondía a la moral de aquella época (basta recordar las obras dramáticas de Calderón de la Barca), racionaliza el problema y perdona a los culpables. Impensable un esquema cultural así en aquellos años.

## **Niveles de la cultura barroca**

Tal vez ayude a entender este Siglo de Oro si establecemos los dos niveles esenciales de la cultura barroca.

1. Ante todo, el esfuerzo por mejorar la imagen que la sociedad tenía de sí misma. Porque de este afán por elevar la naturaleza humana y aproximarla en lo posible a la vida cotidiana, es como surge la aspiración de recuperar la dignidad humana, incluso de los más marginados socialmente. Seguramente este es el sentido, en el plano artístico, de los retratos de bufones de Velásquez, que, como se ha expresado acertadamente, *irradian serenidad y categoría humana por encima de sus miserias físicas y de lo grotesco de su situación*. En el plano literario, el mejor esfuerzo, por supuesto, el de Cervantes.

2. Algo menos evidente, pero no por ello menos convincente, es la afirmación de que en el estado de decadencia, es necesaria una “cultura propagandística” que justifique el deterioro de la calidad de vida. Varios críticos, al referirse a la cultura del Barroco, la definen como una cultura dirigida, masiva, urbana y conservadora.

Para nosotros, desde un punto de vista histórico, es inobjetable que esos factores justifican sobradamente la denominación del Barroco como “primera cultura de masas”. En el fondo, el convencimiento de que es más fácil educar al

hombre a través del sentimiento que de la razón. Nuestra postmodernidad lo verifica una y otra vez. ¿Pueden entenderse los libros de caballería como una de las expresiones precursoras de la cultura de masas? En este caso, el papel visionario de Cervantes se revaloriza en nuestro siglo.

Otro aspecto esencial de la cultura barroca es la aparición de dos antiguas doctrinas filosóficas: el estoicismo y el epicureísmo. De éste, toman los artistas barrocos la exaltación de los sencillos placeres de la vida cotidiana, (como la contemplación de la naturaleza, también la lectura); de aquel, el dicho “renuncia y aguanta”, que se convierte en guía del sabio. Según esto, lo trascendental en la vida es aprender a morir con dignidad y plena conciencia.

## **Salir de la rutina de la vida**

Volviendo a la crisis histórica de la época, ésta genera frecuentemente una desvalorización de la realidad, destacando su carácter efímero e ilusorio. Esta actitud es una constante del Siglo de Oro. Como se ha advertido, en una pintura de la época se ve un cadáver en proceso de descomposición bajo las suntuosas ropas episcopales. Incluso en las mentes más lúcidas de la época se instala un sentimiento de desconfianza y desengaño frente a la realidad.

La obra cervantina no puede entenderse sin su relación con esta realidad histórica y cultural del Siglo de Oro. Pero podemos preguntarnos: ¿cuál es la respuesta de Cervantes?, ¿nihilista y pesimista como la mayor parte de filósofos, intelectuales y artistas?

Dice uno de los personajes en *El coloquio de los perros*: “aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar” ¿No es esta respuesta una defensa apasionada de

la voluntad del “querer ser” frente a lo que se impone exteriormente al ser humano? Podemos asegurar que frente a posiciones pesimistas o nihilistas propias de la época, Cervantes se involucra en una plena afirmación de vida, de una existencia a la vez de rebeldía y de esperanza.

Esa actitud de Cervantes implica una rotunda posición vital: salir de la rutina de la vida. ¿En dónde reside la fuerza generadora de esta actitud? Creemos que estas palabras del propio Don Quijote pueden ofrecernos la clave:

*Dichosa edad y siglo dichoso aquel donde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro.* Son palabras pronunciadas por el protagonista sobre su propia historia.

Y, precisamente, estas palabras nos permiten afirmar que Don Quijote existió gracias a su gran pasión por la lectura, por creer en su realidad: imitar a los héroes de caballería. Los libros, entonces, como testimonios de historias que suceden en ese otro plano de la realidad: la de los lectores.

¿Qué es lo que impulsa a Don Quijote a dejar su casa y salir en busca de aventuras caballerescas? Lo vemos al inicio como un hombre solo, un hidalgo venido a menos, con una pequeña hacienda y unos cincuenta años de edad. Envejecido por la rutina de la vida, la lectura de ficción opera el milagro, la transformación. Pasión por la lectura en Cervantes y en Don Quijote. Para ambos resulta evidente que la lectura literaria nos permite acceder al conocimiento del mundo desde el acceso a otros “mundos posibles”. Mario Vargas Llosa, autor de las más sugerentes reflexiones sobre los libros de caballerías, es uno de los pensadores que coloca a la ficción como enriquecimiento de la existencia.

También Cervantes se encuentra en similar situación: la misma edad que Don Quijote, encarcelado y empobrecido, desilusionado de su vida personal y con una obra literaria que no había logrado el éxito deseado. Y, sin embargo, parece no resignarse a que su vida concluya de esa manera, en ese silencio y en ese olvido. Cervantes “sale” y escribe el *Quijote*. Lo hará en un período tardío de su vida, profundamente decepcionado y desengañado.

Así pues, Cervantes y Don Quijote constituyen la mejor imagen del hombre no resignado; decididos a seguir viviendo en el instante en que dan la impresión de no tener ya nada que hacer. Todos esos libros en que Don Quijote ha pensado y creído tanto son como “llamados a la vida”. También lo es el proceso de creación en el caso de Cervantes. Así, los dos –autor y personaje- salen de la rutina de sus vidas. La lectura ha sido capaz de transformar una vida rutinaria en una gran aventura motivada por lo más altos ideales.

En medio de tantas interpretaciones que se han dado sobre el Quijote, ¿no podemos considerar la novela de Cervantes como la historia de la negación a resignarse en el momento en que todo parece terminado, fracasado?

## **El placer de la degradación**

Como sabemos el “Quijote” surge, inicialmente, como la parodia de un género literario: la novela de caballerías. Pero no solo en Cervantes; al referirnos al Siglo de Oro, podemos hablar, en la línea de la creación artística, del placer de la degradación, de la complacencia en ridiculizar la realidad, rebajarla y convertirla en objeto de burla mediante la sátira y la ironía. Realmente, en muchos autores advertimos alardes de su capacidad imaginativa para la sátira y la parodia, especialmente en Góngora y Quevedo.

Por su parte, lo que Cervantes lleva a cabo es una tarea desmitificadora, a nivel nacional y a nivel individual; un consciente ataque contra lo monumental y lo desmesurado de su época, vacío de todo contenido humanista.

La parodia o degradación del modelo lo logra Cervantes, en forma general, contraponiendo la realidad con las fantasías alucinadas del protagonista. La lectura de los libros de caballerías confunde a Don Quijote: los molinos serán gigantes; las prostitutas, hermosas damas; el avaro de la venta, un magnánimo señor feudal. Pero lo importante es que los personajes más vulgares quedan ennoblecidos o idealizados por la mirada del caballero andante. De tal manera que aunque el modelo literario de los libros de caballería queda degradado a lo largo de toda la novela, muchos de los humildes y marginados personajes de la novela son rehabilitados.

Así, aunque Cervantes pretendió escribir una parodia al iniciar el *Quijote*, a los pocos capítulos los personajes se hicieron sumamente complejos y la realidad de la España de su época afloró en el relato (ventas, caminos, arrieros). Entonces el lector se reconoce en la humanidad de los personajes y cree ver en las circunstancias de ficción artística su propio entorno.

Ahora bien, como consecuencia de la degradación de la realidad que caracteriza al Barroco, en la literatura son tópicos la locura del mundo, el sueño de la vida, la existencia humana como teatro. En este sentido, nos planteamos una vez más la pregunta que ha preocupado a la mayor parte de la crítica cervantina: ¿era Don Quijote realmente un loco?

## **La “locura” de Don Quijote**

En general se admite que Don Quijote actúa como loco en lo referente a la caballería andante y que razona con

sano juicio en lo demás. Puede aceptarse que el personaje de Cervantes entrega su vida a un ideal sublime y se estrella contra la realidad común o cotidiana, simplemente porque los demás no cumplen las reglas del juego de la ficción.

Pero fuera de esta consideración, debe destacarse, ante todo, que la gran aventura de la época que irrumpe con el *Quijote* significa un cambio de perspectiva sobre la locura y la razón. Por lo tanto, para entender mejor esta novela, tal vez convenga reinterpretar el concepto de locura-cordura a través de la propuesta cervantina, que puede sintetizarse de esta manera: la locura de Don Quijote, ¿tendrá algún sentido frente al “sin sentido” de otros personajes como el barbero, el bachiller, el cura y, especialmente, los duques? Es decir, ¿puede hablarse de la “locura” de Don Quijote frente a la vida sin sentido de buena parte de los personajes de la obra?

¿Es locura acaso entregar la vida a un ideal y estrellarse contra la realidad común o cotidiana? Es la lucha por lo imposible, evidentemente. Pero una cosa es la consideración de lo imposible como irracional y otra cosa muy distinta lo que puede verse más allá de la razón. Como se ha dicho: «el que aspira a lo imposible es un loco, pero la única forma de vivir sin perder la razón es aceptar la locura”.

Don Quijote construye otra realidad que implica un desajuste de la realidad común, otra realidad que supone una diferente forma de adquirir conocimiento. Como se ha observado, el orden de una realidad es el desorden de otra y viceversa. En última instancia, ¿podemos llamar locura a diferentes formas de interpretar la realidad?

## **Lectura plural del Quijote**

Estas reflexiones nos sitúan en la cuestión de las distintas lecturas del *Quijote* ¿Qué es lo que ha hecho del

*Quijote* una figura de todos los tiempos? ¿La obra de Cervantes o las miles de lecturas diferentes que se le han dado? Nabokov escribió: *Don Quijote es más grande hoy de lo que era en el vientre de Cervantes. Ha cabalgado durante más 350 años a través de junglas y tundras del pensamiento humano y ha ganado en vitalidad y estatura.* Parecería que así sucede siempre con las grandes obras.

La historia de la crítica literaria sobre el *Quijote* nos ha dado una multiplicidad de lecturas: toda una teoría sobre el quijotismo, un mito nacional, la inacabable lucha por el imposible, un precursor más del existencialismo y del absurdo, y un etcétera interminable.

No objetamos ninguna de ellas y entre todas enriquecen, por supuesto, la figura del personaje y su creador. Sin embargo, el problema de la diversidad de interpretaciones trascendentes o simbólicas sobre el *Quijote*, es que quien surgió como un personaje desmitificador (de los héroes caballerescos) se ha convertido en un mito, y con ello renunciamos en cierto modo al placer de la lectura directa, aquella que se conecta con las intenciones originarias del autor.

## **Modernidad del *Quijote***

Actualmente al referirse a la modernidad de la obra de Cervantes, se escriben ensayos sobre el tema de las relaciones entre el *Quijote* y la identidad cultural europea. Y para entender estos rasgos de modernidad del *Quijote*, justamente conectamos con la visión histórica del Siglo de Oro. Concretamente, nos remontamos al reinado de los Reyes Católicos, cuya política matrimonial se dirigió a crear lazos de unión con otros estados europeos. Esta presencia universal de la monarquía española se vincula a un período caracterizado por la expansión demográfica y económica.

Posteriormente, la política de Carlos I aspiró a establecer más explícitamente la “unidad europea”.

En esta línea, desde Europa se asegura que el *Quijote* es uno de los grandes mitos de la conciencia europea moderna. Del lado latinoamericano recordamos, a propósito, esta frase de Jorge Luis Borges: «El *Quijote* es una nobleza europea o mejor: es la novela de Europa».

## **La novela en el Siglo de Oro**

En lo que a la narrativa se refiere, debemos considerar lo que pasa con la novela en el Siglo de Oro. El *Lazarillo de Tormes* inicia uno de los géneros más representativos de la literatura española de la época: la novela picaresca. Frente al héroe idealizado del libro de caballerías, aparece un antihéroe que ha de luchar por la subsistencia. La picaresca presenta la cara oscura de una sociedad en la que el protagonista se siente marginado. Por otro lado, el carácter itinerante del libro amplía el abanico de posibilidades de crítica social. Estos aspectos –un antihéroe, personajes marginados, obra itinerante- estarán presentes poco después en el *Quijote*.

Así, la narrativa del Siglo de Oro, dentro de su gran diversidad, tiende definitivamente hacia la novela moderna. Y en este proceso, Cervantes es, para nosotros, el auténtico creador de lo que se considera como “novela moderna”: la que representa el mundo complejo y contradictorio que se presenta ante los ojos del autor, además de una buena dosis de humor. Exactamente, el camino artístico que recorre Cervantes.

Se ha dicho que en el *Quijote* se encierran todos los secretos del arte novelesco. Quizá no sea exactamente así, pero sí puede afirmarse que en esta obra singular están las

claves de la novela occidental, especialmente de la realista del XIX. Más aún: Cervantes es el primer descubridor de un realismo nuevo, el del interior, basado al fin de cuentas en los hombres. El *Quijote* es una obra absolutamente moderna.

No creo que exageran los que afirman que Cervantes, en el *Quijote*, se adueña de la máxima libertad artística que un autor haya logrado jamás; y que la misma libertad que reclama para sí mismo como creador se la concedió en idéntico grado a su personaje. Don Quijote, es tal vez el primer personaje auténticamente libre de la literatura universal. Cervantes no especifica ni el origen ni la genealogía ni el nombre exacto de Don Quijote para que pueda caminar libre de todo determinismo, creando su propia realidad. Por eso a partir del *Quijote* la vida del personaje literario será más libre.

De tal manera que si la obra literaria de Miguel de Cervantes significa lo mejor que se ha producido en lengua española, lo es no desde un punto de vista arqueológico, sino desde la modernidad.

## **La pasión de América**

Francisco Umbral en la entrega del Premio Cervantes destacó que *Don Quijote es la metáfora de España* y parafraseando a Voltaire expresó: *Yo, como don Quijote, me invento pasiones para ejercitarme. España se inventa pasiones para sobrevivirse a sí misma. Entre ellas, la pasión de América.*

Estamos totalmente convencidos de que, en este punto, como se ha observado, la posibilidad de América Latina, estuvo muy próxima a Cervantes. Por una parte, es incuestionable que intentó trasladarse al Nuevo Mundo, tal vez con la intención de no regresar a La Mancha. Por otra parte, y esto es lo relevante, porque, posiblemente, sea en

América Latina donde se han realizado las más fidedignas lecturas del *Quijote*: se lo ha leído con alegría y humor. Como una propuesta lúdica de la lectura: disfrutar con el héroe esperpéntico, con el humor inimitable, con los juegos de la parodia y las formas de la ironía. En fin, con la libertad de lo imaginario.

¿Por qué no pensar en un lector del Quijote, fascinado, que sonrío con asombro? Esa intimidad de la emoción, esa complicidad, es lo que le hace a uno sentir que Don Quijote es un viejo conocido. Como dijo Jorge Luis Borges, uno habla de este libro con felicidad, como de un amigo. Leer el *Quijote* nos ha inculcado una noción de la lectura que es única en sus consecuencias: creer que podríamos ser mejores. Leer, se diría, nos promete otro mundo, casi la utopía del humanismo.

Estas lecturas suponen aceptar que lo verdaderamente nuevo y revolucionario del *Quijote*, es ese acertado juego de ironía y humanidad en que se sustenta la más genial creación humorística de todos los tiempos.

### **¿Olvidar el *Quijote*?**

Señalamos anteriormente que el Siglo de Oro es un período creador de mitos, entre ellos Don Quijote, con todos los riesgos de afectar la lectura de la obra. Lo que queremos decir está perfectamente expresado por Fernando Savater en un artículo titulado “Instrucciones para olvidar *El Quijote*”. Se pregunta si es recomendable olvidar el *Quijote*. ¿Y cuál es ese *Quijote* que convendría olvidar? Admite Savater que es evidente que Don Quijote de la Mancha no es solo un personaje de ficción literaria, sino mucho más: un mito nacional y una concepción del mundo.

Añade el filósofo que esto no se ha efectuado sin pérdida de ciertos matices importantes del personaje. Así pues, reclamar cierto olvido para ese mito pudiera no ser irreverente sino fidelidad. De Don Quijote se habla mucho, su leyenda es enriquecida permanentemente con interpretaciones modernas; pero la novela de Cervantes es, no obstante, poco leída. Cuanto menos atención se presta al texto, tanto más se recarga de interpretaciones. “Hasta el punto que podría decirse, sin excesiva paradoja, que la mejor forma de comenzar a olvidar el *Quijote* es leerlo”.

Muchas de las interpretaciones forzadas del *Quijote* vienen a parar siempre en lo mismo: en una mutilación del humorismo de la obra. Entonces es lícito preguntarse si las visiones trascendentes sobre el Quijote empobrecen o enriquecen la novela. Sin incursionar en asunto tan polémico, nos interesa resaltar la posición de Savater: olvidar su mito, acertada o intencionalmente manejado, es recuperar esta novela memorable.

## **Un lugar al que volver**

Definitivamente, el *Quijote* no es sólo una novela; ni siquiera una gran novela: es ante todo un lugar al que volver, un espacio que puede recorrerse en diversos sentidos. Pero todo se resume en una lección inolvidable de humanismo: la utopía da sentido a la vida, porque exige contra toda verosimilitud, que la vida tenga un sentido. Don Quijote es grande, y lo es su existencia, porque se obstina en creer contra toda evidencia que la tosca Aldonza es la encantadora Dulcinea.

Dicho de otra forma: lo verdaderamente significativo de esta obra no es el papel representado por Alonso Quijano -el de Don Quijote- sino la fidelidad con que lo asume en todo momento. ¿Podemos, entonces, aceptar que lo esencial en

la vida es permanecer fieles a la tarea asumida, incluso cuando resulte desproporcionada e imposible?

Respondemos con estas palabras que nos llegan desde Cuba: “La voz de Cervantes resuena de siglo en siglo en el corazón de todos los hombres que aspiran a mejorar de condición, y la repiten las generaciones que se transmiten la antorcha del entusiasmo”.



**EN DÓNDE BUSCAR A DON QUIJOTE**  
*Gerardo Martínez Espinosa*



*En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...*

## **La España que heredó Cervantes**

Salimos en busca de Don Quijote cuatrocientos años después de sus andanzas mientras muchos creen todavía que el Hidalgo de la Mancha no es sino una ilusión de la humanidad.

Nació en la mente de Cervantes en 1605, hace cuatrocientos años, y por las jugadas ingeniosas de la vida, apareció en España. ¿En dónde podía encarnar mejor que en la compleja y diversa España del siglo XVI, alongada hasta comienzos del XVII?

No será ocioso, por lo mismo, evocar a esa España que ha nacido por conjunción de los múltiples reinos de Castilla, León, Aragón, Navarra, Granada, señoríos de Vizcaya y de Molina y otros más que hasta ahora afloran en los distintos modos de ser español. Después de una larga jornada de Reconquista, terminaron por cobrar cierta unidad territorial con los Reyes Católicos a finales del siglo XV con un fuerte vínculo idiomático dominante, el castellano. Sin embargo, todavía requería, según Isabel y Fernando, de algo más, algo que identificara a todos, es decir, la unidad religiosa que no podía ser otra que la cristiana, siendo innecesario apellidarla de católica para ser reconocida como la única verdadera. Después de haber sido el resorte impulsor de la formación

de España con el apóstol Santiago, la devoción a la Virgen María y otras arraigadas creencias, la fe se convierte en el vínculo de unidad que todos aceptan, aunque aparezcan de cuando en cuando iluminados, quietistas u otros heterodoxos.

Con Carlos Primero de España o Quinto de Alemania, nieto de los Reyes Católicos, España, de ser un reino lateral, abocado a su propia vida, pasó a convertirse en la matriz de un imperio universal. Por supuesto, pagó las consecuencias de la hegemonía y el prestigio conseguidos por el César Carlos que de España sacó casi todos los recursos humanos y de América, la mayor parte del dinero que concitaron para el nombre de España el respeto de países como Alemania, Flandes, Italia, Austria y Bohemia, integrantes de ese anacrónicamente llamado en algún momento el Sacro Romano Imperio, y aún de Francia e Inglaterra, sus habituales enemigos.

También hubo de pagar por las guerras religiosas desatadas a raíz de la confrontación de Lutero y la Iglesia, de la cual Carlos V se convirtió en adalid universal; si bien al fin tuvo que ceder ante muchos de los príncipes alemanes cuya fe protestante se impuso como la única de todos los vasallos del respectivo estado. España, oficialmente monolítica, no se apartó de la Iglesia de Roma aunque las tropas alemanas y españolas del Emperador combatieran al Papa, señor temporal de un territorio, y terminaran saqueando la Ciudad Eterna.

Debajo de la púrpura imperial laten toda la grandeza y la miseria de los pueblos de España, que en cierto modo arrastran una Edad Media que se prolongará hasta rozar el Renacimiento, eclosión cultural que vivió de diversa manera que Italia. Se conjugaban la pobrísima vida campesina, la naciente vida urbana, las complejidades de una política de predominio europeo, los señores, sus vasallos y sus castillos disminuidos en su fuerza por obra de la nueva arma de la

artillería aunque los señores mantuviesen su estructura feudal de tiempos pasados, apta para luchar y triunfar siglo tras siglo contra el moro o contra el señor vecino o contra el rey lugareño, que era uno de ellos aunque venido a más, elementos todos ellos integradores de esa nación abigarrada cuya geografía se ha comparado con una piel de toro extendida en un extremo de Europa.

A todo ello, debe agregarse en ciertos círculos minoritarios la vida intensa del pensamiento, la poesía, el teatro, la pintura, la arquitectura de esa España paradójica y múltiple. Para señalar el prototipo del caballero español, simplemente del hombre español, debemos recordar al *Caballero de la Mano en el Pecho*, pintado por El Greco.

En el siglo de Cervantes, los señores, más que ejercer de castellanos, se tornaron terratenientes. En la lucha contra el moro, todo el monte es orégano, y territorio que se conquista, territorio que se reparte entre los señores de las mesnadas combatientes, sobre todo en Andalucía después de la conquista de Granada.

En la Europa de entonces, y más en la Península Ibérica, persistían unas cuantas creencias e imágenes del mundo presentes en la Edad Media. No debemos extrañarnos. Una encuesta moderna hecha en España y otro país europeo demuestra que solo el 62 % de los encuestados aceptan que la Tierra sea redonda pues para todos los demás, a todas luces, es plana.

¿Cuál es la imagen geográfica del mundo a finales de la Edad Media? Para los ilustrados, sigue vigente el mapa de Claudio Ptolomeo del siglo II dC, con las modificaciones registradas por los navegantes, entre ellos catalanes y mallorquines, que las agregaron en sus cartas o mapas.

¿Cuántos sabían de la existencia de las antípodas que ya Platón anotó y estudió Pitágoras en el mundo griego? Muy pocos. Por cierto, Cervantes las menciona en el Quijote.

Antes de Colón, de Magallanes, Elcano y de los navegantes portugueses, a Europa, centro del mundo, un Continente recostado horizontalmente sobre el Mediterráneo circuían unas tierras harto desconocidas en la periferia.

## **Los países fantásticos**

Para el común de la gente, afuera estaban Trapobana, Trebisonda, el Reino del Preste Juan en algún lado, quizá por Abisinia. Nombres ya sabidos, como Nicosia, Antioquía, Anatolia, Persia, se transforman en la imaginación popular en escenarios de singulares caballeros “occidentales”.

¿Existían en realidad Catay y Cipango o brotaron en la fantasía de un hombre ya olvidado llamado Marco Polo y al cual se atribuía un libro titulado “El Millón”? Sólo mucho después se investigaron las pistas y experiencias que certeramente evocó el viajero veneciano.

En cualquier caso, después de haber echado una mirada al oriente a través de las Cruzadas, Europa sintió la necesidad de comerciar, de expandirse, de caminar. Para algo sirvió el mejoramiento de la economía después de las innumerables guerras y de las mortíferas pestes medioevales y la aparición de un mundo incipientemente capitalista.

Hay un cambio de mentalidad, sobre todo en Italia, la más renacentista. Pero el Renacimiento es contagioso, es un modo de ser que se expande a toda Europa. Llega también de soslayo a España, sin tiempo ni ganas en el 1300, en el 1400, de alinearse con las nuevas ideas, ocupada en su lucha contra los moros o entre sus propios reinos. Sin embargo,

muchos de los conocimientos que sirvieron de base a la transformación renacentista pasaron por España, por los árabes y judíos y también los cristianos agrupados en la Escuela de Traductores de Toledo por ejemplo, que redescubrieron las ideas griegas, que tradujeron sus libros, que los desempolvaban cuando un polvo de siglos los habían ocultado a Europa.

Sí, a España llegó también el Renacimiento. Aragón (sería mejor usar el nombre de Cataluña aunque el término no comprendía lo que hoy) se expandió hacia el Mediterráneo, hacia buena parte de Italia, sobre todo a Nápoles y Sicilia y extendió su influencia, su comercio y sus armas hasta los extremos del Mediterráneo. Hombres enérgicos dejaron marcado su carácter en la furia o venganza catalana ejercitada contra Bizancio. Como el predominio castellano dejó a los aragoneses – incluyendo a los catalanes de hoy - y a los valencianos muy de lado en la Reconquista del sur de España, estos marinos, comerciantes y guerreros esforzados fueron hacia el este por el Mediterráneo y llegaron hasta al Asia Menor.

El Renacimiento incorporó a la cultura española estilos poéticos de Italia, modos de pintar y de cincelar usados en Italia. Sin embargo, no modificó el mundo fantástico que bullía en la mente de los menos ilustrados, y no sólo en la de ellos, buena cantera para la imaginación y la pluma de narradores, cuentistas y noveladores.

A esa geografía fantástica se incorpora después otra igualmente descomunal, la de América. Llegan vagas noticias a Europa, primero lentamente y después a borbotones. Magallanes y Elcano, conectando el Atlántico y el Pacífico, redondean la Tierra en 1520. De inmediato, Cortés se propone caminar con sus tropas y caballos de México a la China en una jornada un poco larga pero posible. Al final, terminará

construyendo barcos en Acapulco para la navegación de México a las Molucas y este impulso dará origen al Galeón de Manila, ese barco anual de ida y vuelta que por siglos derramó en América y de allí en Europa, sedas, porcelanas, especerías, mantones, marfiles, bandejas de laca, esas que nosotros llamamos charoles porque están barnizadas con charol.

## **Las leyendas fantásticas**

No nos debe extrañar que en ese mundo extraordinario persistan las leyendas fantásticas. La imaginación conjugada con la tradición y muchas veces con la ignorancia fueron fuerzas poderosas en esa época enmarañada que desembocará con más o menos claridad en la edad moderna de Europa. Ya podemos llamarla así después de la caída de Constantinopla en poder de los otomanos y del descubrimiento de América.

Pocos dudaban que el ave fénix, incinerándose en su vejez por un proceso de auto-combustión, renaciera de sus propias cenizas. Y que el pelícano hiriera su pecho con el propio pico para alimentar con su sangre a sus polluelos. Y en más de un sitio se veía como un preciado trofeo el espiralado cuerno del unicornio, ese bello bruto que algunos tratarán de interpretar como un símbolo concupiscente. Pocos sabrán en esa época que el cuerno del unicornio es el colmillo del narval.

¿Qué decir de las leyendas americanas que se difunden en Europa? Mejor dicho, de las leyendas del mundo clásico que al no haberse realizado en Europa, deberían plasmarse indefectiblemente en América, la tierra de todo lo posible.

La fuente de la juventud que busca Juan Ponce de León en La Florida; las Amazonas que ven Orellana y sus hombres y su cronista fray Gaspar de Carvajal cuando bajan por el inédito río que de ellas tomó su nombre; las Siete Ciudades de Cibola que no habiéndoselas encontrado en Las Canarias seguramente estarán en las dilatadas tierras de Norte América donde las buscan desde Alvar Núñez Cabeza de Vaca hasta los conspicuos virreyes de la Nueva España; y El Dorado, escurridizo, ubicuo, cuya pesquisa toma el tiempo y hasta la vida de un sinnúmero de hombres serios, entre ellos un inglés que debería ser flemático y se vuelve tropical, sir Walter Raleigh. Recordemos que Colón buscaba afanoso el Paraíso Terrenal, bello paraje de ríos, de árboles siempre verdes y de pajarillos canoros. Tal vez lo encontró, no lo sabemos.

Sin mentalidad volteriana, alguna vez me he preguntado si obedecía a la misma idea esa tétrica moda del culto a las reliquias y el afán de coleccionar huesos de santos cuyas réplicas, además de algunas verdaderas, aparecían portentosamente y se comerciaban por miles de miles.

Por lo pronto, anotemos que el juicio de Dios, con el irrefragable triunfo del campeón que sostenía la verdad y la justicia, fue creencia general. También lo creía Don Quijote.

## **Los héroes fantásticos**

Por supuesto, en esos países fantásticos, con esas leyendas fantásticas, había héroes fantásticos.

Siempre los ha habido, mucho antes de Homero y hasta la actualidad. Por interesar a esta charla, nos fijaremos sólo en algunos, comenzando con los de las canciones de gesta como la *Chanson de Roland*, en la que desfilan los

Pares de Francia con Carlomagno a la cabeza, abuelos de los caballeros andantes. Y luego en el *Roman de la Rose*.

¿Qué se podía hacer en los fríos y oscuros días de invierno? Contar cuentos, inventar historias, cantar canciones. Para eso los juglares recorrían todos los países y llegaban a cada castillo y a cada pueblo. No solamente ellos. Narrar historias, que los bien hablantes de hoy engloban en la tradición oral, fue ocupación generalizada, satisfactoria para todos y rentable para el narrador. No sólo en invierno, también en las fiestas de primavera y en los torneos y en las ferias y en cualquier otra ocasión.

En España, desde la Edad Media hasta el siglo XIX, los ciegos, por ejemplo, sin tener el monopolio pero sí la general ocupación de contar historias, a veces heroicas o tiernas, a veces truculentas, se dejaban oír en cada plaza: “¡Oíd, oíd, el Crimen de Cuenca!” pregonaban hasta hace cien años en todos los pueblos españoles aunque todos supiesen que ese crimen nunca había ocurrido.

Cuando menos hasta el siglo XIII, en el que prácticamente se abandona el latín excepto para las funciones religiosas y las tareas del alto pensamiento y la diplomacia, el clima feudal fue propicio para esta literatura oral en lenguas romances, origen de libros que luego llegaron a ser los “best sellers” de la época. Historias de caballeros, canciones de amor, versos de juglares, romanzas, glosas de trovadores con o sin música, son elementos insoslayables en la vida diaria de muchos siglos.

Según nuestras noticias, la novela cortés, elaborada, madura, aparece en Francia con Créthien de Troyes, hacia 1150. Da vida literaria al rey Artus o Arturo de Bretaña y a caballeros como Lanzarote y Parsifal; narra la leyenda del Santo Grial, tema de moda llevado de un país a otro por los

monjes de Cluny y del Císter al fundar sus innumerables conventos. Anoto fuera de la conferencia: la supuesta tumba del rey Arturo, con armadura y armas, con restos del rubio cabello de Ginebra, que según era voz común se excavó en Inglaterra hace muchos siglos, las investigaciones modernas la califican de un gran timo explotado en la Edad Media con fines turísticos locales.

Troyes también inventa a Tristán e Isolda o, cuando menos, fija su imagen definitiva.

A todos los escritores y poetas les fascinan los temas heroicos. Ariosto canta a *Orlando Furioso* y en la misma Italia, aparece el *Orlando Innamorato* de la mano de Boyardo. Después, paralelamente a esta línea de la literatura heroica, si bien con hechos y personajes reales aunque maquillados con los colores de la intrepidez épica, aparecerán *La Araucana*, de Ercilla y *Os Lusíadas*, de Camoens.

Nos vamos acercando a los antepasados más directos de Don Quijote. En España aparece hablando en castellano Amadís de Gaula, caballero muy popular que en su cuarta versión llega a la mayor celebridad en la pluma presumiblemente manejada por García Rodríguez de Montalvo a comienzos del siglo XV. Tras él viene toda la turbamulta de Amadises, Palmerines de Inglaterra, de Grecia y más lugares, los Oliverios y Lanzarotes que bulleron en libros muy populares hasta el siglo XVI.

En habla catalana asoma en 1490 por Valencia el caballero Tirante el Blanco en el más renombrado libro de caballería, de Joanot Martorell, *Tirant lo Blanch*.

El nuevo invento de la imprenta permite la difusión masiva de estas novelas. Como tantos, Don Quijote las tenía

en su biblioteca en donde se le secó el cerebro por pasar las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio.

## **Los héroes reales, verdaderos**

Estos héroes fantásticos emulaban a los héroes de carne y hueso, que los hubo evidentemente, y ellos impregnaron con su espíritu el modo de ser de España y, por contagio, el de los pueblos descendientes de España. Cuando menos unas cuantas historias y gestas tienen sustento en algún personaje real o en algún hecho cierto. Además, la leyenda transforma en reales a hombres imaginarios. Como a Bernardo del Carpio y sus castellanos que derrotaron a las huestes de Carlo Magno en Roncesvalles y terminaron con la vida de Roldán quien, caballero de honor, no quiso tocar el cuerno para invocar el auxilio de sus camaradas. Aun sin que hubiese nacido, pocos negarán en España la existencia de este Bernardo del Carpio ni la derrota que infringió a los francos cuando se atrevieron ¡no faltara más! a entrar en sus tierras, como cuenta el romance: ... “de entonces suenan los valles/ y dicen los montañeses:/ ¡Mala la hubisteis franceses/ en esa de Roncesvalles!”.

Si pasa por evidente la existencia irreal de Bernardo del Carpio, menos puede discutirse la vida real de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Allí está el Poema de Mío Cid para probarlo; allí, el Cantar del Cid; allí el romance que dice: “Victorioso vuelve el Cid / a San Pedro de Cardeña / de las guerras que ha tenido/ con los moros de Valencia./ Las trompetas van sonando/ para dar aviso que llega/ y entre todos se señalan/ los relinchos de Babieca.”

Con más verosimilitud y realismo que las gestas francesas, el Romancero cuenta las hazañas del Campeador, quien, como si fuera a su jornada de trabajo, sale a luchar para “ganar el pan” como lo harán por siglos enteros en España los que ciñen espada, los que saben del oficio de

pelear y no se dignarán tener otros oficios, propios de villanos. Y que también llegaron a América.

Eran gentes que necesariamente vivían en su realidad y que acomodándose estrechamente a esa realidad llegaron a decir en algún romance: “Vinieron los sarracenos/ y nos molieron a palos/ que Dios ayuda a los malos/ cuando son más que los buenos”.

La espada *Tizona* del Cid Campeador se guarda en la Armería Real de Madrid; allí está, como estuvo Babieca en su momento galopando por los campos de Castilla. Parte de la historia de España y buena parte de su leyenda se recoge en “El Cancionero de Romances”, recopilación del siglo XVI.

Por lo demás, la persistente ansiedad de contar con un campeón ha invadido siempre la historia. Podemos recordar a don Juan de Austria, el pobre bastardo Jeromín en la niñez, romántica y simpática figura a quien saca de su anonimato y oscuridad su padre el Emperador Carlos para echarlo a andar en el mundo y que glorificó su nombre al frenar la expansión del turco en Lepanto. Allí combatió Cervantes.

El culto al héroe, persistente, incansable, aparece hoy en la idolatría a futbolistas y corredores y llega a los personajes de ficción como Superman, Batman y más congéneres. Cabría preguntarse ¿es una novela de caballería la “Guerra de las Galaxias”? ¿El bálsamo de Fierabrás, el auténtico y no el que Don Quijote preparaba guiándose de una receta malamente guardada en la memoria, tendrá algo que ver con la poción de Öbelix y aun con las saludables espinacas de Popeye?

## La maravillosa transfiguración del latín

El Romancero, las gestas, las novelas de caballería que más nos interesan en esta charla se escribieron en francés, italiano, castellano, catalán, lenguas romances que son la maravillosa transfiguración del latín, enriquecida con los aportes de otros numerosos pueblos.

En Francia tomarán cuerpo las lenguas de *oil* y de *oc*. En Italia, el toscano, que se convierte en lengua culta y general, el lombardo.

En la península ibérica, el castellano, el gallego, el portugués, el catalán, aparte del euskera o vasco que convive con esos idiomas sin descubrir todas sus remotas raíces.

### El castellano

Luego de varios siglos de maduración, el castellano aparece robusto y lozano más o menos a partir del año 1000 en La Rioja, en toda Castilla La Vieja y más allá. Muy pronto brotarán los libros fundacionales o fundamentales de la literatura castellana. Hoy podemos leer sin mucha dificultad *Las Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio, el *Libro del Buen Amor* del Arcipreste de Hita, *Los Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo, o el anónimo *Cantar de Mío Cid* porque su idioma ya es el nuestro.

Por caminos anchos el castellano se expande en buena parte de España hasta que llega el momento decisivo de ordenar el idioma y fijar sus reglas. Antonio de Nebrija publica la primera Gramática Castellana en 1492, memorable hecho que coincide con otros igualmente dignos de recuerdo: la toma de Granada por los Reyes Católicos, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, la triste

expulsión de los judíos de España por aquello de buscar la unidad religiosa y política de esos reinos.

Antes de decir un poco más del castellano, recordemos algo fundamental. Una manera de hablar denota una manera de pensar. Dicho de otro modo, una manera de pensar trae consigo una manera de hablar.

El habla nos comunica con los demás; con ella fabricamos la unidad del “nosotros” y nos diferenciamos de la diversidad de los “otros”, para decirlo en términos orteguianos. Más importante todavía, el habla en parte constitutiva de la mismidad del hombre, pues con el habla se comunica consigo mismo, con su propio yo, porque sus pensamientos, para poder ser pensados, deben encarnarse en palabras.

Pensamos en castellano, hablamos en castellano, oramos y cantamos en esa rica lengua que es una lengua de aluvión, nacida del latín vulgar de los soldados y colonos que en España cambian, simplifican, modifican el latín tradicional. Y a la que aportan su concurso otros pueblos que toman contacto con la gente de la Península.

La sabrosa “Otra Historia de España” de Fernando Díaz Plaja hace un corto registro de los componentes del castellano, que utilizaremos parcialmente con el añadido de otras fuentes.

Allí veremos que en alguna parte comienza a decirse frío en vez de *frígido* o entero en vez de *integro* o llamar en vez de *clamare*, aunque también queda clamar. Se dice delicadeza en vez de *delicatus* aunque también de allí saldrá delgado.

Del latín más culto brotarán muchas palabras como las que designan el ropaje religioso: manípulo, cíngulo, estola, cogulla, roquete, casulla.

Aunque el castellano es fundamentalmente latino tiene muchas otras fuentes. De la voz gala *barrigue* viene barriga y también barril y barrica pero hay una voz latina que se transforma en pipa y también significa tonel. En las Antillas y en el Ecuador, esta pipa pasa otra vez a significar barriga.

De origen germánico aparecen unas palabras contundentes como guerra, robar, ganar, espía, yelmo, guantes, brida, estribo.

Ocho siglos de contacto traen al castellano gran copia de voces árabes relacionadas con los oficios, la horticultura, la vida urbana y otras artes más: aldea, arrabal, albañil, azulejo, alfombra, almohada, almacén, califa, almirante, alcalde, alguacil, jazmín, azucena, alhelí, acequia, alfalfa, zanahoria, albahaca, arrope, azúcar, arroz, almíbar, quintal, alcázar, atalaya, almena, aljaba, ojalá. Miles de voces ciertamente, pero ninguna construcción gramatical pues todas la hemos heredado del latín con las modificaciones que ha introducido el tiempo.

Además de las que llegan a través del latín, es necesario tomar del griego las voces más cultas como sinfonía, música, coros, poesía, idea, fantasía, tragedia, comedia, antagonista, los términos más comunes en la medicina y otras ciencias y hasta en la cibernética de los tiempos actuales. El lenguaje religioso se ha nutrido con palabras como apóstol, demonio, ángel, mártir, diácono, presbítero, obispo.

El contacto con Italia dejó en el español voces como galera, avería, piloto, corsario, centinela, alerta, banca, belleza.

El francés dio voces muy simpáticas: doncella, linaje, hotel, refinado, salvaje, dama, coqueta, corsé y muchas más.

Del idioma vasco, de origen indoeuropeo según unos, balcánico según otros, africano según otros más, pasaron izquierdo, que en castellano hubiera debido ser siniestro por el vocablo latino; ascua, guijarro, becerro, bizarro, aquelarre y aún bruja, de algún viejo vocablo prerromano que se coló a través del euskera.

De los diversos idiomas americanos a raíz del descubrimiento pasaron al castellano palabras como canoa, hamaca, huracán, tomate, chocolate, papa, chirimoya, aguacate, petate, tamal y, por supuesto, cacique, de significación muy clara, aunque últimamente se le haya buscado el homónimo de “dictócrata”, voz híbrida o mestiza de dictador y autócrata, con desconocimiento de su noble y civilizado origen romano y griego respectivamente.

## **El lenguaje de Cervantes**

En esta lengua castellana pensó y escribió Cervantes. Está muy cerca de nosotros. El suyo es un idioma actual salvo alguna voz o giro correspondiente a su tiempo y que cualquier vocabulario anexo a sus libros nos permitirá averiguarlo como “maguer” en la significación de aunque o “duelos y quebrantos”, una comida que yantaba don Quijote.

Cervantes ciertamente más de una vez usó, con intención, palabras y giros anticuados ya en su tiempo cuando quería poner énfasis en el modo de hablar pasado de moda de alguno de sus personajes o cuando deseaba reírse de la afectación de los famosos libros de caballerías.

Es una experiencia maravillosa encontrar en el Quijote palabras sin uso actual en España (o con vigencia en pueblos

rurales y pequeños) y que seguimos utilizando en Cuenca y otros lugares de América: endenantes por denantes, aguachirle por muy aguado, pretal –o petral- para un jaez del caballo, cotona -o cotonía- por una prenda de algodón, escudilla, trochemoche (a trochemoche, disparatadamente, a la fuerza), majagranza, cendal (hacer cendales, romper, desgarrar), quedar en la estacada, alguien no parece, en vez de alguien no aparece.

En esas lecturas he hallado también una palabra muy cuencana, antecesora del nombre del “agua de pítimas”, esa agua medicinal de hierbas que preparan las monjas de claustro.

Aunque en el Diccionario de la RAE viene la voz “**pítima** (de *epitema*) f. Socrocio que se aplica en el corazón.”, en España se desconoce este término o cuando menos así me ha parecido. En la segunda parte del Quijote se utiliza la “pítima”, este emplasto de hierbas que se pone en el pecho, sobre el corazón. En alguna edición del libro se lee píctima pero en las más trae pítima, voz, sin lugar a dudas, madre de esta palabra cuencana cuyo origen se discutía. Cuando menos yo lo desconocía y me huelgo de creer que esta información es una primicia.

## **El caballero, hombre de honor**

Ya nos acercamos a Cervantes y a don Quijote. Ya podemos examinar la figura del caballero, en este caso especialmente español, con cimientos éticos cristianos y clásicos (Santo Tomás de Aquino y sus fuentes en las obras de Aristóteles, Platón y San Agustín), con herencias del pensamiento judío.

Podemos recordar que el honor del caballero, del hombre cabal, es la cualidad que le impulsa a conducirse

con arreglo a las más elevadas normas morales. Que el honor es sinónimo de la fama, del respeto o la buena reputación adquirida en la práctica de la virtud, el ejercicio de acciones heroicas o de manera similar.

Hombre de honor es el que se exige más que los otros. Es la forma de ser que Ortega y Gasset contraponía a la del hombre-masa, a la del hombre exigente de sus derechos mientras permanece ajeno a los deberes individuales propios de su condición humana.

El hombre de honor apela a sí mismo mientras el hombre-masa, el hombre vulgar, apela a los demás, a los otros, contento de ser parte de la masa y contar con la presión social ejercida por esa masa.

En otras palabras, el hombre de honor se obliga a una norma que está por encima de él. El honor del caballero, sobre todo del caballero andante, aparece sublimado por su entrega al servicio de la justicia, de los desamparados, de las doncellas.

Por cierto, esta virtud no suena lo mismo en el lenguaje de la gente común. Para ellos, el honor viene a ser simplemente cosa de hombres por eso del buen nombre y la fama.

Los españoles siempre han sido exigentes en esta materia. Los hidalgos condenados a muerte tenían el fuero de ser decapitados mientras los villanos iban a la horca común. Decapitados murieron Vasco Núñez de Balboa y Gonzalo Pizarro por este prurito del honor.

Como el honor viene a ser sinónimo de hombría, cosa de hombres, el honor de las mujeres se reduce a la honestidad que, por cierto, no debe tener duda o sospecha.

La trágica historia del “Curioso Impertinente”, inscrita en el Quijote, nos ilustra en el tema.

Y, de paso, aunque su institución sea posterior a Cervantes, viene a cuento la anécdota referente a los “cuernos” como adorno del marido engañado, que comenzó a ponerse de moda en Francia pues cada vez que el rey concedía a algún marido un coto de caza, adornado por una enorme cornamenta de ciervo, la señora ya había pasado por su recámara.

Volvamos a nuestro tema. Muchos afirmarán todavía que la honestidad de las mujeres es sólo un complemento del honor de los hombres.

Don Quijote se enfurruñaba al oír que la reina Ginebra pudo haber traicionado con el gentil caballero Lanzarote a su marido el rey Arturo, aunque ella fuese su dama. Sin embargo, parece que sí, que le traicionaba con el angelical Caballero del Lago aunque Don Quijote nunca quiso creerlo. Tampoco el rey Arturo se enteró.

Además de rendir culto al honor, el caballero era esclavo del amor, del amor caballeresco a una dama, a la dama de los pensamientos a quien el caballero se encomendaba para salir con buen éxito de cualquier aventura. El caballero andante cristiano invocará primero a su dama y después, aunque no siempre, a Dios.

Por supuesto, el caballero, amén de su honor y de su dama, había de contar con la fuerza de su brazo, mecanismo del cual se valía Dios para ejercitar su justicia.

Cuando las armas de fuego aparecen y se multiplican, el caballero se siente incómodo y estafado porque la justicia lleva una desventaja técnica evidente. Don Quijote rechaza

como arma caballeresca la bala, esa pelota que hiere de lejos aunque la dispare un corazón cobarde.

En sintonía con este sentido del honor, intemporal, permanente, implícito en la vida, Cervantes nos ha dejado muchas reflexiones sobre cómo debe ser el caballero y cómo intenta serlo.

## **En los umbrales del libro de don Quijote**

Podríamos equivocarnos si suscribimos sin dilación el general aserto del rechazo de Cervantes a los libros de caballería y su deseo de poner en aborrecimiento a los de su tiempo, a principios del siglo XVI. Graves pensadores de la época denostaron tales libros por alienadores, poco religiosos, inductores de la ociosidad, la sensualidad, el vicio y la dejación de los deberes.

Sin embargo, esta actitud parece declamatoria pues ni la Iglesia ni los reyes ni las cortes los prohibieron con decisión en España aunque las pragmáticas reales sí vedaban su comercio en América. Como era de esperar, muchas novelas pasaron y también el Quijote cruzó el mar rápida y repetidamente. Los registros anotan que a México se despacharon más de 200 ejemplares casi inmediatamente después de su publicación y al Perú otro tanto si bien algunos bultos se perdieron en la penosa travesía de Cartagena a Portobelo, Panamá y El Callao.

Según el prólogo del Quijote - y según algunos biógrafos y críticos - Cervantes escribió su novela con el ánimo de contribuir a crear ese aborrecimiento a los llamados libros de caballerías.

Nos hemos preguntado, de todos modos, si realmente Cervantes lo hizo por convicción o si aprovechó este

aparente aborrecimiento como un reclamo publicitario en favor de su libro. Creemos que por algo en el prólogo confiesa que estos “caballescros libros” ... “aborrecidos de tantos” son “alabados de muchos más”. Con esta declaración y por la gran demanda que tuvo desde su publicación la novela del Quijote, vemos el buen resultado de la acertada publicidad. Por último, a Cervantes no le disgustaba esa literatura de temas anticuados. ¿No había escrito una novela pastoril, bucólica, artificiosa aunque bella, *La Galatea*?

Cervantes fue hombre amplio, erudito, seguramente políglota por su larga permanencia en Italia, Argel y Portugal, de mentalidad abierta y nada gazmoño inclusive por su educación en el Estudio General que dirigía en Madrid el maestro Luis López de Hoyos, “último heredero de las lecciones del humanismo erasmizante”. No vemos razones para que Cervantes se esforzase en respaldar la tendencia hostil de unos cuantos opositores, poco entusiastas o poco eficaces como indicamos, contrarios a una moda literaria que tendría su tiempo contado.

Cervantes ¿fue también erasmista? Las opiniones de Erasmo sobre la necesidad de una profunda reforma religiosa sin rompimientos con la Iglesia fueron bien acogidas en España. Fray Luis de Granada y san Francisco de Borja tomaron muy en serio esa posibilidad. Se ha manifestado que la misma santa Teresa de Jesús estuvo influenciada en su juventud por el pensamiento erasmista. Cuando Lutero propugnó la reforma con rompimiento, necesariamente debió cambiar la actitud de quienes la querían desde dentro de la Iglesia y, por supuesto, cerraron filas junto a ella.

Lector del *Elogio de la Locura*, Cervantes pudo ser erasmista, y si no, tampoco lo clasificaríamos de librepensador, como se diría hoy. No lo podía ser en la España de ese tiempo. Sí parece, en cambio, que tenía disciplina

religiosa muy laxa y no le importaron mucho las excomuniones por decomisar víveres de propiedad eclesiástica cuando se ocupaba de proveer a la real armada.

Más aún; a lo largo del Quijote, Cervantes muestra poco aprecio por ciertos clérigos. Aportaremos un caso: en el comedor del castillo de los duques, el hidalgo manchego entra en discusión con el “grave eclesiástico” que allí se encuentra “destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos” y cuyo regaño provoca la airada respuesta del ingenioso hidalgo. Estas actitudes podrían abonar sobre el erasmismo cervantino sin que palidezca su fe religiosa.

## **¿Quién fue Cervantes?**

Se nos va pasando la hora de preguntarnos ¿quién fue Cervantes? Como el cumpleaños 400 es de Don Quijote, a Cervantes se le ha dejado un poco de lado.

De Miguel de Cervantes se conserva un retrato pintado por Juan de Jáuregui en los últimos años de su vida. Sus ojos, vivos aunque un poco cansados, aparecen simplemente serenos y guardan todas las miradas acumuladas en su intensa vida; su boca, pequeña, triste, no conserva ya la risa franca ni la palabra fácil del buen conversador que compartió los caminos manchegos y andaluces con arrieros y soldados, con labriegos y gente llana, con intelectuales provincianos aunque también pudo alternar en Valladolid o Madrid con Mateo Alemán, Félix Lope de Vega y Carpio, Francisco Quevedo y Villegas.

Por lo común, la información sobre su vida se reduce a unos cuantos datos: que nació en Alcalá de Henares en 1547; que pasó a Italia en 1570 e ingresó en la milicia; que peleó contra los turcos en Lepanto por lo que se lo conoce

como “el Manco de Lepanto”; que en 1571 fue capturado por piratas berberiscos y estuvo cautivo en Argel; que en 1575 fue rescatado y volvió a España; que se ocupó desde 1588 en el avituallamiento de la Armada Invencible y que en 1595, por no presentar cuentas correctas de dineros públicos estuvo en la cárcel de Sevilla algún tiempo aunque no se dudó de su honradez; que en la cárcel concibió su libro “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”; que escribió además varias novelas, alguna del género picaresco; que en 1605 publicó la primera parte del Quijote; que en 1614 un tal Avellaneda publicó una espuria segunda parte; que en 1615, molesto por la falsificación de su personaje, publicó la auténtica segunda parte; que murió el 23 de abril de 1616.

¿Se puede reducir la vida de este hombre a cuatro fechas y cinco episodios? Creo que no. Sigamos a algunos escritores, sobre todo a Julián Marías, filósofo en trance de biógrafo, para ver algo más. Ver su niñez en Alcalá de Henares y en Valladolid, con su padre cirujano, sordo, pobre y de mala suerte, hombre de muchos amigos y pocos clientes. Ver, sin embargo, la niñez y juventud de Cervantes desarrollarse en un ambiente de serenidad, de nobleza de alma, de sensibilidad. Influirán en ella y en su afición a escribir las amistades italianas de su padre y su hermana Andrea. La presencia de papeles de versos en su casa seguirá durante su adolescencia con sus propios versos de escritor precoz.

A los diecisiete años descubre Andalucía, vive en Sevilla, la mejor ciudad de la época, que le enamoró para siempre.

Después de tres años, de nuevo en Valladolid y después en Madrid, sigue el camino de la corte, fuente de trabajo para todos. Terminará su formación en Madrid en el “Estudio General” del maestro López de Hoyos.

Escribe versos y comedias y comienza a ejercitar - o a sufrir - la vida de hidalgo pobre. Hidalgo era el “hijo de algo”, el hijo de solar conocido, de la tradición familiar decantada en la aceptación larga y unánime de la comunidad. El hidalgo, exento de tasas y gabelas, no las pagaba simplemente porque no tenía nada pero este fuero sostenía su *ego*.

Talvez gracias a los amigos italianos de la familia, Miguel de Cervantes y Saavedra se marcha a Italia cuyas elegantes ciudades, su espíritu de libertad y el clima de belleza le fascinan. En Nápoles sentará plaza como soldado en la milicia a los veinte y dos años y será parte del mejor ejército del mundo, que llevaba el nombre de España a los confines de Europa, a las dilatadas regiones de América y a las lejanas tierras del Asia.

Italia dejará profundas huellas en Cervantes. Nunca, dirá Julián Marías, nunca se extinguirá su amor a la libertad y a la belleza, amor madurado en Italia.

Como soldado, embarcado en la galera *Marquesa* como otro miles de hombres en la mayor flota que para combatir a los turcos lograron reunir España, Venecia y el Papado, Cervantes, aunque enfermo, lucha espada en mano el 7 de octubre de 1571 en la memorable jornada de Lepanto, “la más alta ocasión que vieron los siglos”. Dos balas de arcabuz enemigo le hieren en el pecho y la mano izquierda, que jamás recuperará su movimiento.

Alivian su lenta convalecencia las visitas de don Juan de Austria y de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, supremos jefes de la flota combinada.

Sin otra opción, Cervantes, hidalgo y pobre, sigue en la milicia y participa en las acciones de Orán, Navarino,

Bizerta, Túnez y en la frustrada defensa de La Goleta, necesarias para defender el Imperio de los piratas berberiscos que asolaban de improviso las costas para robar, secuestrar, tomar cautivos destinados a galeotes o a piezas de rescate. Todavía usamos nosotros en América la frase proverbial: “ver si no hay moros en la costa” como un recuerdo idiomático de esa época violenta.

Hasta ahí llega su vida en Italia. Decide volver a España y buscar una plaza de capitán con las efusivas cartas de recomendación ante el rey que le proporcionaron don Juan de Austria y el duque de Sessa, también poeta. Siente el anhelo de leer, imaginar, escribir y vivir en español aunque talvez aspira por razones prácticas a una capitanía que su valor e inteligencia podrían darle. Con estos sueños embarca en el otoño de 1571 en la nave *So/* pero entre Marsella y España aparecen los corsarios de algunos de los innumerables renegados que sirven a los turcos y todos, tripulación y pasajeros, van prisioneros a Argel. Las cartas de recomendación que llevaba crean en sus captores la falsa imagen de un Cervantes importante y rico. Su rescate, por lo mismo, deberá cubrir esa especulación.

Cinco años pasó don Miguel de Cervantes en Argel como cautivo. Aunque no sufrió el general maltrato de otros prisioneros ni las torturas alucinantes de la soldadesca bereber, es mucho tiempo para un hombre de espíritu libre. Intentos repetidos de fuga, vida lánguida, larga y tediosa espera, interminables días para pensar, para soñar, para imaginar novelas y comedias, para sufrir hambre y angustia.

A los dos años de su captura cede a su hermano Rodrigo, también cautivo, la posibilidad de rescate favorecida por los frailes trinitarios. Tres años más de prisión y al fin, el fraile Juan Gil consigue dinero de alguna parte y Cervantes puede volver a España en octubre de 1580.

Siempre estará marcado por la experiencia de Argel que cambió el rumbo de su vida. En el Quijote evoca con dolor y suspiros la triste prisión de *un tal Cervantes*.

Luego de estos cinco años de cautiverio, desorientado, perdido, con treinta y tres años a cuestas, no encuentra nuevamente otra salida que la milicia. Va a Portugal, a servir al rey don Felipe, casado con la heredera de la Corona.

En Portugal escribe *La Galatea*, sueño pastoril de corte antiguo. En Portugal conoce a Ana Franca, mujer casada, el amor de su vida, con la que tiene una hija, Isabel de Saavedra. Se agudiza el perfil siempre azaroso de Cervantes, el hombre de ojos, oídos y mente muy abiertos, que enamoró y vivió intensamente. Hoy lo catalogaríamos quizá de “bohémio”.

De regreso a Madrid busca un espacio para sus versos - que no son su fuerte como él mismo lo reconoce - y trata de abrirse paso con sus obras de teatro, tarea muy difícil porque Lope de Vega, el “Monstruo de Naturaleza”, escribe centenares de comedias novedosas y populares. Las que no salen con su nombre, llevan el de su querida, actriz principal de su teatro que aprende los parlamentos de memoria pues no sabe leer.

Cervantes siente que España ha cambiado en quince años de ausencia. Ya no queda sino el recuerdo colorido del Emperador Carlos V, el caballero de espíritu medieval, dueño y esclavo de Europa, bajo cuyo reinado nació. Ahora reina Felipe II, burócrata, “todo de negro vestido”, hombre de “sosegadas pasiones” como dirá Julián Marías, empeñado en seguir una política de predominio europeo.

Pocos podían darse cuenta en ese momento que España va perdiendo el rumbo. Aún impone respeto y manda,

hasta en la moda, en toda Europa. Sin embargo, todavía sin señales evidentes del declive, había pasado su mejor hora aunque la más luminosa llamarada española que se llamará el Siglo de Oro se encendiese a partir de esa época en las letras, la pintura, la música.

Cervantes se casa a los treinta y siete años con Catalina de Palacios Salazar, de familia hidalga, huérfana de padre y con una pequeña herencia de trigales y viñedos en Esquivias, cerca de Toledo, al borde de La Mancha. Pequeña solución económica para él, solución matrimonial para ella, que podrá cumplir esa inexorable aspiración de toda mujer decente de la época.

Cervantes, sin ser “escritor profesional”, gracias a este alivio económico trata de seguir con sus versos y sobre todo con sus comedias, unas bien recibidas, “sin ofrendas de pepinos u otras cosas arrojadizas” como le gustaba recordar, otras sin pena ni gloria frente a la competencia de Lope.

Insatisfecho, con el pretexto de cobrar por encargo algunos dineros, se marcha a la Andalucía que conoció en sus años juveniles y se dará modos para quedarse todo el tiempo posible, veinte años.

“Va a sumergirse en Sevilla. Eso no se hace impunemente” dice con mucha razón Julián Marías.

Ya en plan andaluz participa en el avituallamiento de la “Armada Invencible” que Felipe II proyectaba lanzar contra Inglaterra. Busca, requisas, compra el trigo, el vino y el aceite que le permiten los fondos asignados. Goza de sus correrías por los campos, las ventas y los pequeños pueblos en donde trata con la gente común y no siempre se lleva bien con los señores ni con la Iglesia que le excomulga una y otra vez por apropiarse de sus cosechas en beneficio de la armada.

Marías recuerda un pasaje de *La Ilustre Fregona* que puede aplicarse al propio Cervantes: “Llevado de una inclinación picaresca... sólo por su gusto y antojo... se desgarró de su casa... y se fue por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre”.

Llega a los cuarenta y ocho años y se decide, obligado por sus escasos recursos o requerido por su familia, a sentar cabeza. Es necesario buscar algo, talvez en las Indias, en la América llena de oportunidades. Presenta sus memoriales, las “carpetas” de hoy, pero la mano del rey burócrata escribe al margen: “*Busque por acá en qué se le haga merced*”. Así, don Miguel de Cervantes no llegó a ser americano.

A la muerte de Felipe II sube al trono su hijo Felipe III, amigo de las fiestas, reacio a la austera disciplina y a los grandes objetivos de su padre. Con la crisis inflacionaria, España ya “no está para tafetanes”.

La vida hogareña de Cervantes es una vida en casa de mujeres, con Catalina, con la hija de ambos, su otra hija Isabel, su hermana. Las llaman con cierto retintín las Cervantas y en alguna ocasión estuvo toda la familia en la cárcel hasta terminar la indagación sobre la muerte de un vecino.

En 1605, con cincuenta y siete años, viejo para su época, publica ese libro que ha cocido a fuego lento durante tantos años en todos los fogones de Andalucía y la meseta castellana, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Es la primera parte pero, por fin, ha salido. Agotado ¿agotado? lo dejará descansar diez años.

El libro es un éxito de librería como se diría hoy. Aparecen varias ediciones sucesivas pero también muchas ediciones piratas por lo que el dinero no llega o llega diezmado.

En 1613 se publican sus *Novelas Ejemplares* y prepara *Ocho Comedias y Ocho Entremeses*, que saldrá en 1615. Toma forma definitiva *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, considerada por él como su mejor obra. No verá la luz sino después de apagarse su vida. Aclaro que no he repasado la lista de todos los libros de Cervantes sino solamente he citado aquellos que empatan con mi charla.

Otra cosa importante ocurre en 1614. Alguien hasta ahora incógnito, bajo el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda publica una falsa y mediocre segunda parte del Quijote. Cervantes siente la más grande revulsión, termina con rapidez la auténtica Segunda Parte y la publica en 1615.

Todavía lleno de proyectos e ilusiones, muere el 23 de abril de 1616.

En la misma fecha muere William Shakespeare aunque por la diferencia cronológica entre el calendario juliano de Inglaterra y el gregoriano de España no sea realmente el mismo día.

Pocas horas antes de morir, Cervantes se despide: *“Adiós gracias, adiós donaires,/ adiós regocijados amigos,/ que yo me voy muriendo, /y deseando veros presto,/ contentos, en la otra vida”*.

## **Fábrica de caracteres**

Shakespeare fue un inventor de caracteres humanos emblemáticos: Hamlet, Otelo, Macbeth, Shylock, Romeo, Julieta.

Cervantes creó también innumerables caracteres humanos en pocos trazos. Pero en su novela capital, estos tipos humanos indudablemente sólidos, personales, a diferencia de Don Quijote y de Sancho Panza ya no son

coetáneos nuestros y en la misma novela solamente forman parte del escenario en donde se mueve, actúa y vive el Ingenioso Hidalgo acompañado de su escudero.

No busquemos comparaciones. Veamos que Cervantes nos dio un tipo humano radical, eterno, pues caracteriza a la compleja humanidad, al hombre con toda el ansia de infinito, de bondad y de amor; al hombre consciente de su fragilidad, de la perplejidad de sus decisiones, sujeto de su libre albedrío, enamorado de la libertad; al hombre, que si no es por entero amo de su cuerpo, es dueño de su espíritu.

El Quijote es el epítome de los ideales y los nobles propósitos, de la fortaleza, la debilidad y la limitación del hombre, pero capaz de soñar, no importa si sueños inalcanzables como son los de la criatura humana. Se ha acuñado la palabra “quijotismo”, que no es locura sino hidalguía, nobleza, intensidad de vida, generosidad en los triunfos y en los fracasos.

Podemos preguntarnos sin recelo en este momento: ¿Cervantes pintó solamente a un loco?

Fraguado en la experiencia vital del mismo Cervantes, el Quijote es precisamente eso: experiencia vital, la de todos cuantos sienten bullir su alma y brotar sus ilusiones, sin edad, sin término. No soy el primero en decirlo: entre Don Quijote y Cervantes hay una imbricación tan grande, un nexo tan profundo, que a veces no sabemos dónde comienza el uno y dónde termina el otro ni sabemos si Don Quijote es una creación de Cervantes o si Cervantes es obra de Don Quijote.

Don Miguel de Unamuno consideraba que Cervantes no fue el responsable personal y directo de la aparición del Quijote, del personaje que ciertamente día a día se le fue de las manos y creció y tomó rumbos insospechados

inicialmente por su autor. A don Miguel de Unamuno le gustaba hablar del “inconsciente de Cervantes” para inferir de allí que el Quijote era producto del inconsciente español. Hoy, don Miguel, superada la hora de más bajos latidos del alma española que sobrevino hace más de cien años según él afirmaba, podría decir con más propiedad que Don Quijote es revelación del hombre universal.

Cuando Cervantes retoma su personaje, falsificado por Avellaneda y convertido en corriente y moliente caballero andante, lo rescata, escribe la segunda parte de su historia devolviéndole su verdadero ser y para que nadie lo calumnie otra vez ni lo mistifique ni adultere, le da muerte.

Pero antes, traspasa su espíritu de aventura al rústico Sancho, representante histórico de toda la humanidad, quien, lleno de un quijotismo que poco a poco se ha ido injertando en su alma, le dice: “No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado. Quizá detrás de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada”.

## **La novela**

Dejemos a otros más capaces el análisis de la novela de Don Quijote como matriz y ejemplo esenciales de tan extenso género literario.

El Quijote, narración hondamente humana, es una novela moderna. Ya lo dijo Mario Vargas Llosa. Es una novela experimental, como indicó Jorge Edwards. Una novela compleja en la que vemos la sonrisa burlona de Cervantes

cuando nos enreda y confunde con narradores, testigos e historiadores múltiples de los sucesos, que hablan en primera persona, en tercera persona, que se encuentran con personajes novelescos y personas reales en una narración lineal y múltiple a la vez, de tiempos que adelantan, retroceden, se enlazan, cuando cambia de ritmo, que tiene trucos como la historia del *Curioso Impertinente* o la del *Cautivo* que aderezan el ambiente y facilitan la transición a nuevos y diferentes relatos.

Que tiene un tejido sutil donde los brillantes hilos de los personajes y las acciones forman ricos tapices, así cuando se encuentran a la vez en la venta Don Quijote y Sancho, Cardenio y Luscinda, Dorotea y Vicente, cada uno con sus distintas historias. O cuando el Quijote conversa con el Cautivo sobre *un tal Cervantes*, lee la primera parte de la historia de su propia vida, visita la imprenta donde se imprime la falsa historia o habla con los duques (que por cierto han sido identificados como don Carlos de Loyola y doña Isabel de Villahermosa) o pasea con otros personajes reales como el bandolero catalán Roque Ginard o mira la escuadra valenciana que invade el horizonte cuando él pasea en la playa de Barcelona. Todo ello aunque el Cautivo pertenezca a 1572 cuando *el tal Cervantes* estuvo en Argel, Roque Ginard al 1600 y el almirante valenciano y sus barcos, a 1614.

## **¿Algo de Filosofía?**

El Quijote se ha mirado, examinado, analizado y juzgado desde todos los ángulos psicológicos, literarios, estéticos y filosóficos.

Al eminente cuencano Gabriel Cevallos García le gustaba hacer de la novela de Cervantes uno de los símbolos, dentro del Siglo de Oro, del realismo español pues, sin paradoja, el Quijote, ser transido de idealismo, está

sólidamente instalado en la realidad. No importan el lenguaje arcaico ni las aventuras, Don Quijote está en la realidad y, cuando no, es el intermediario más eficaz para un fecundo diálogo entre la realidad y la idea.

El realismo, decía Gabriel Cevallos, en su acepción más alta “es un realismo metafísico, que llega a lo permanente del ser”. Se podría llegar más allá, a un “realismo existencial” compatible con lo que entiende la filosofía - y también nosotros, comunes mortales - por idealismo. El realista sale al mundo en busca de las cosas y trata de encontrar la ecuación de las cosas con las ideas, como trató de hacer Don Quijote de la Mancha, ingenuo, o ingenioso, o equivocado a la vez, pero esencialmente humano.

Los filósofos encuentran en el Quijote un compañero idóneo para llegar al idealismo de Kant y aún a la duda cartesiana. Sin la conjunción de la duda (es suficiente la de todos los días), el idealismo y el realismo, no llegaríamos sino a simples fórmulas intelectuales que bien podrían quedar en eso, alejándonos de la realidad y olvidando para aproximarnos a ella otros medios como la intuición, buen atajo para llegar a la realidad.

El realismo de Cervantes, decía Cevallos, es “la verdad de la vida”. Él esbozó toda una epistemología de la aventura, de “las salidas” que cada uno realiza necesariamente en su propia vida.

Don Quijote por los campos de Montiel y más allá, salió tres veces. La primera, para encontrarse consigo mismo, solo, completo en su personalidad, hasta ser armado caballero. La segunda, para encontrarse con la realidad dura e inmediata de los molinos de viento, el valiente vizcaíno, los ejércitos de ovejas. La tercera, para entrar a un mundo extraño y ajeno de la corte de los duques, la imprenta donde

se imprime el falso Quijote, Barcelona y el mar, que ve por primera vez. En este mundo ajeno, por casualidad o por causalidad, sufre su única derrota personal, sentida, asumida, definitiva, frente a un hombre solo, el Caballero de la Luna. Antes lo derrotaron los encantadores, la extrañamente humana cuerda de presos, el desvaído hatajo de pastores o la flaqueza de ánimo de Rocinante. Solamente allí le derrota la realidad encarnada en su vecino Sansón Carrasco, aunque se disfrace del Caballero de la Luna.

Como a Cervantes (solía decir “el camino es mejor que la posada”), a Don Quijote le gustaba el camino, como gustaba a Machado para hacer la vida, a Santa Teresa la andariega y a San Juan de la Cruz para acercarse a Dios. El camino conduce a la perfección, el camino místico lleva a la reconditez del alma donde mejor aparece el Ser Supremo.

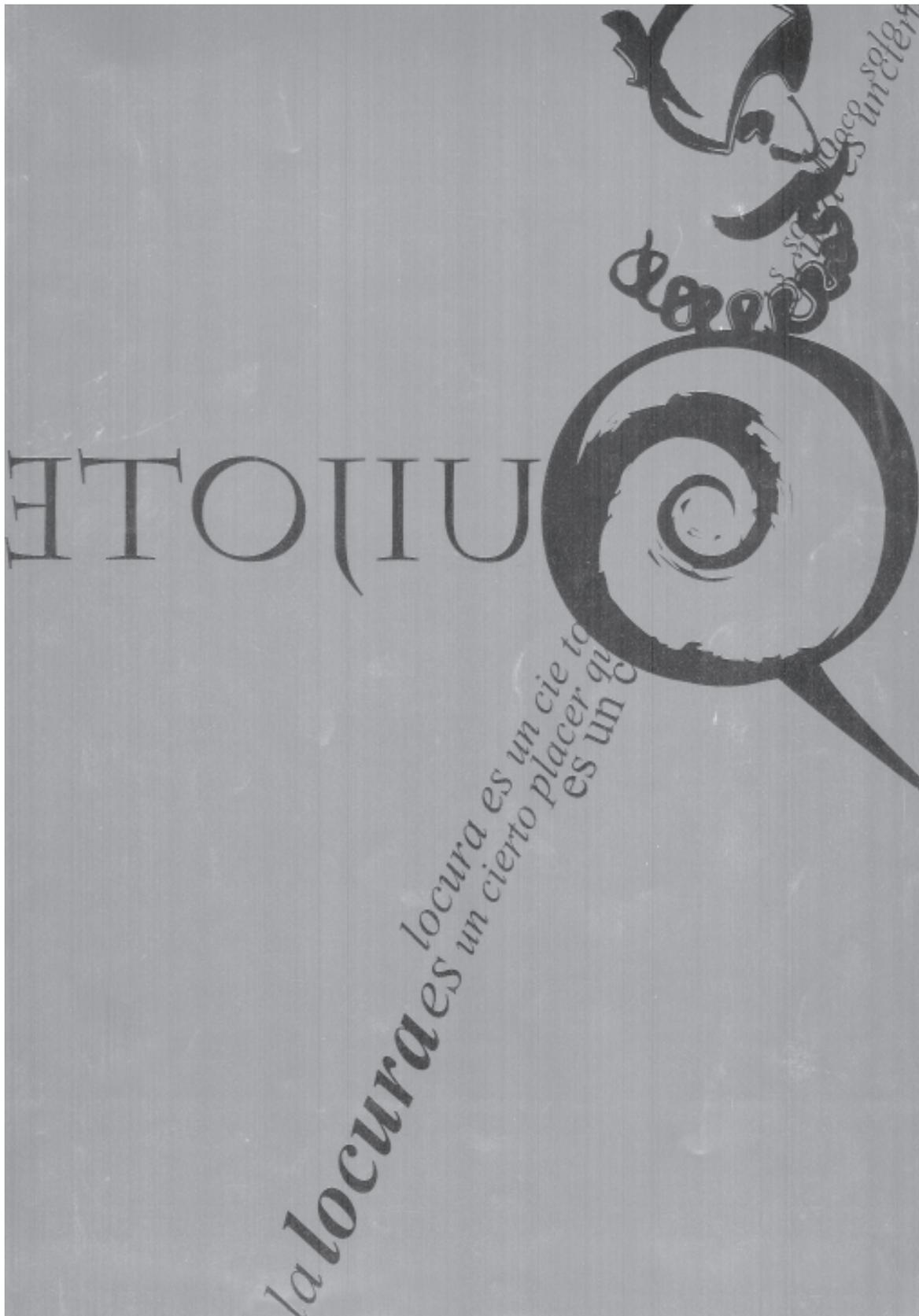
Por el camino vamos a la aventura, a lo que sucederá, al suceso en sí mismo, a la empresa de resultado incierto que necesariamente debemos afrontar confiando en la ventura, en la felicidad, en la buena estrella, nunca exentas del riesgo, el peligro y la muerte, implícitos en cada ilusión del hombre.

Y ya, puestos a andar en el camino, veremos con Felicitas Hope que la verdadera naturaleza del viaje es ir tropezando de casualidad en casualidad, es sentir en el propio cuerpo la trampa de la vida, para acabar regresando al fin - si es posible sano y salvo - a casa.

Viajar, como decía el romántico Novalis, no significa alejarse sino, ante todo, regresar. Porque todo viaje comienza y termina en el propio yo, del que se parte y al que se retorna, como Don Quijote, el Alonso Quijano del principio y del fin de la novela.

## **Final**

En este momento acabo de recordar que el título de este artículo es “¿Dónde encontrar a don Quijote?” Me siento obligado a responder: en lo más hondo de nosotros mismos.



**CONSEJOS QUE DIO DON QUIJOTE A  
SANCHO PARA GOBERNAR SU ÍNSULA**  
Sara Vanégas Coveña



# I

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”.

Así empieza Don Quijote de la Mancha.

Y bien, este hidalgo que, como sabemos, por tanta lectura de libros de caballería llegó a perder el juicio –cosa que, como anota Vargas Llosa (1) debemos considerar más en sentido metafórico que literal-, este hidalgo conserva todos los valores éticos propios de un espíritu humanístico.

Por otro lado, según leemos en la misma obra, “solamente disparaba (es decir, disparataba) en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento” (871)\*

Así, en el Capítulo XLII de la Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha: De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas, cuando, prosiguiendo con las burlas de que habían hecho objeto a Don Quijote y a Sancho los duques, se le concede a Sancho el gobierno sobre la ansiada ínsula, la Barataria (llamada de este modo por ser puro engaño también), el escudero recibe con humildad y agradecimiento los consejos que, en tono marcadamente bíblico, le dirige su amo.

Y es que, al aconsejar el Caballero a Sancho sobre la forma en que había de gobernar su isla, no lo hace siguiendo los preceptos formulados por Maquiavelo (en su obra *El Príncipe*, aparecida en 1532 y muy conocida, por entonces), quien no retrocede ante el engaño y la astucia cada vez que lo requiera el ejercicio del poder y recomienda: “Y es sobre todo un príncipe nuevo el que no debe evitar los actos de crueldad, pues toda nueva dominación trae consigo infinidad de peligros.” (2). Porque “es más seguro ser temido que amado” (3).

Por el contrario, los consejos de Don Quijote, ya lo hemos dicho, respetan la ética y los valores cristianos (no olvidemos tampoco que la época de Cervantes coincide con la vigencia plena de la Contrarreforma en España), lo que no excluye, sin embargo, dureza en las expresiones del Caballero de los Leones.

## II

Cuando el duque ofrece la ínsula a Sancho, éste al fin está en condiciones de “probar a qué sabe el ser gobernador” (866). Y confiesa: “Yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un ható de ganado” (866).

Pero Don Quijote lo sitúa en el lugar que le corresponde, diciéndole:

“Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro (es decir, “un simple”)/.../ sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ¡oh Sancho!, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recibida...” (867)

Luego empieza una serie de consejos, que aún gozan de la mayor actualidad, como veremos.

Hemos elegido algunos de ellos.

Y es que, al aconsejar el Caballero a Sancho sobre la forma en que había de gobernar su isla, no lo hace siguiendo Comienza, el Caballero, repitiendo el Salmo CX. 10:

“Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría...” (868)

Después:

“Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo ...” (868)

Frase que nos recuerda la sentencia de Sócrates, que transcribe la inscripción del templo de Delfos (nosce te ipsum).

Más adelante:

“Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey” (868), haciendo alusión a una fábula de Esopo.

Y continúa:

“préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio”. (868)

Toda una lección de humildad, actual, muy actual, para ciertos personajes que, ni bien acceden a alguna dignidad o a alguna fortuna, bien o mal habida, empiezan a desconocer a amigos y favorecedores...

Prosigue, refiriéndose a la consorte:

“...no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del “no quiero de tu capilla” (869) (con esta última frase se refiere al rechazo aparente de ciertos beneficios).

Con lo que le advierte frente a la tentación de estafas y sobornos a través de terceros.

Además:

“Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva sino con el de la misericordia.” (869)  
Habla aquí también, de evitar el soborno, tan frecuente en nuestra sociedad. Y rescata la compasión, la caridad.

Otro consejo:

“Nunca te guíes por la ley del encaje”. (Es decir, nunca juzgues arbitrariamente) (869)

Y otro:

“no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.” (869)

Lo que nos recuerda a Lao Tse (fundador del taoísmo, siglo V a. C), quien dice:

“Con el hombre bueno soy bueno; con el hombre malo soy bueno, a pesar de todo.”

Pero también nos recuerda los Evangelios, en los que se afirma que de las tres virtudes teologales, la más importante es la caridad, que conlleva la misericordia.

Don Quijote mismo lo confirma:

“porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.” (870)

Y termina este capítulo con las siguientes palabras del Caballero, que remedan las sentencias bíblicas:

“Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible /.../ Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.” (870)

### III

Y pasa al capítulo XLIII: De los consejos segundos que dio don Quijote a Sancho Panza.

De éstos, también elegiremos unos cuantos.

Dice el amo a su escudero:

“En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas” (871), para evitar así las uñas largas semejantes a “cernícalo lagartijero”, un tipo de ave de rapiña.

Como sabemos, hoy se utiliza la frase “uñas largas”, en cuanto sinónimo de ladrón.

Añade, luego:

“... el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado” (871) (esto es, descuidado).

Nos recuerda aquello de que “buen porte y buenos modales abren puertas principales”

Y:

“toda afectación es mala” (872)

Es decir, evitar las “poses” de que hacen gala tantos personajes, como signo de su posición...

Además:

“sé templado en el beber considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra” (872)

Se advierte, así, sobre la embriaguez, causa de tantas irresponsabilidades y ligerezas.

Y algo curioso: más adelante, cuando el Quijote recuerda a su escudero “no mascar a dos carrillos ni de erutar delante de nadie” (872), Sancho tiene dificultades con el significado del término “erutar”, hecho que nos trae a la memoria una desafortunada anécdota de un político conocido en nuestro medio (cuando dijo que el volcán Tungurahua “eructó”, en vez de “erupcionó”).

No olvidemos, por otra parte, que Sancho Panza es un sencillo labrador “hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera”. Por ello, una de sus características más notables es que siempre le daba por utilizar refranes en cualquier circunstancia en la que se encontrase, sin importarle si aquellos eran o no oportunos.

Ante tan situación, el Caballero le recuerda:

“... no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que /.../ muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias”. (872)

Y es que hay gente que, tan solo por hablar dice cualquier cosa...

Más tarde, le aconseja Don Quijote sobre la manera en que ha de cabalgar, puesto que “el andar a caballo a unos hace caballeros, a otros caballerizos”. (873)

Destacando, de este modo, el donaire, la dignidad en el comportamiento personal, a la vez que advirtiendo frente al manejo inadecuado de las cosas y dignidades.

Y continúa:

“... la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo”. (873)

Frase que nos recuerda los principios propios de la filosofía oriental, y que se atribuyen también a Atahualpa: “No robar, no mentir, no ser perezoso”, como normas de acción y vida.

Más adelante, vuelve a llamar su atención:

“...y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer y escribir!”. (874)

Este consejo nos hace pensar en el “atentado” que significa para ciertos políticos nuestros el colocar un libro en sus autos.

Y es que no faltan quienes se jactan de no leer jamás... para no poner en riesgo su “originalidad” (?)

Culminando el capítulo, Don Quijote dice a su escudero:

“Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda que has de dar con toda la ínsula patas arriba...”. (876)

A lo que Sancho, siempre honesto, replica:

“... que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre, y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno”. (876)

Con lo cual da una lección de moral a todo gobernante improvisado, que no mira más allá de sus propios intereses, desdeñando el bien común.

## IV

Como hemos observado de la mano de Don Quijote y sus consejos, la condición humana a comienzos del siglo

XVII no es distinta de la actual. Vanidad, soberbia, deseos de venganza, ignorancia son algunos lastres siempre presentes a lo largo de nuestro devenir. Y contra ellos luchó –y sigue luchando- el Ingeniosos Caballero de la Mancha.

Ésta es (humanamente hablando, y dejando por ahora aparte las cuestiones estrictamente literarias) una de las múltiples razones que explican la actualidad permanente de El Quijote, obra que (como sucede con todas las maestras) a través de los años va incorporando en sí las nuevas lecturas que las nuevas épocas determinan, remozándose a través de ellas y despertando en nosotros, sus lectores, los grandes ideales humanísticos representados por su protagonista.

Para terminar, transcribimos unas estrofas de la Letanía al Señor don Quijote, compuesta por Rubén Darío:

“Rey de los hidalgos, señor de los tristes,  
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,  
coronado de áureo yelmo de ilusión;  
que nadie ha podido vencer todavía,  
por la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, toda corazón.

.....

“Ruega generoso, piadoso, orgulloso,  
ruega casto, puro, celeste, animoso;  
por nos intercede, suplica por nos,  
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,  
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,  
sin pies y sin alas,  
sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,  
de los superhombres de Nietzsche, de cantos  
áfonos, recetas que firma un doctor,

de las epidemias de horribles blasfemias  
de las Academias,  
líbranos, señor.

De rudos malsines,  
falsos paladines,  
y espíritus finos y blandos y ruines,  
del hampa que sacia  
su canallocracia  
con burlar la gloria, la vida, el honor,  
del puñal con gracia,  
¡líbranos, señor!

.....

Ora por nosotros, señor de los tristes,  
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,  
coronado de áureo yelmo de ilusión;  
¡que nadie ha podido vencer todavía,  
por la adarga al brazo, toda fantasía,  
y la lanza en ristre, toda corazón!

---

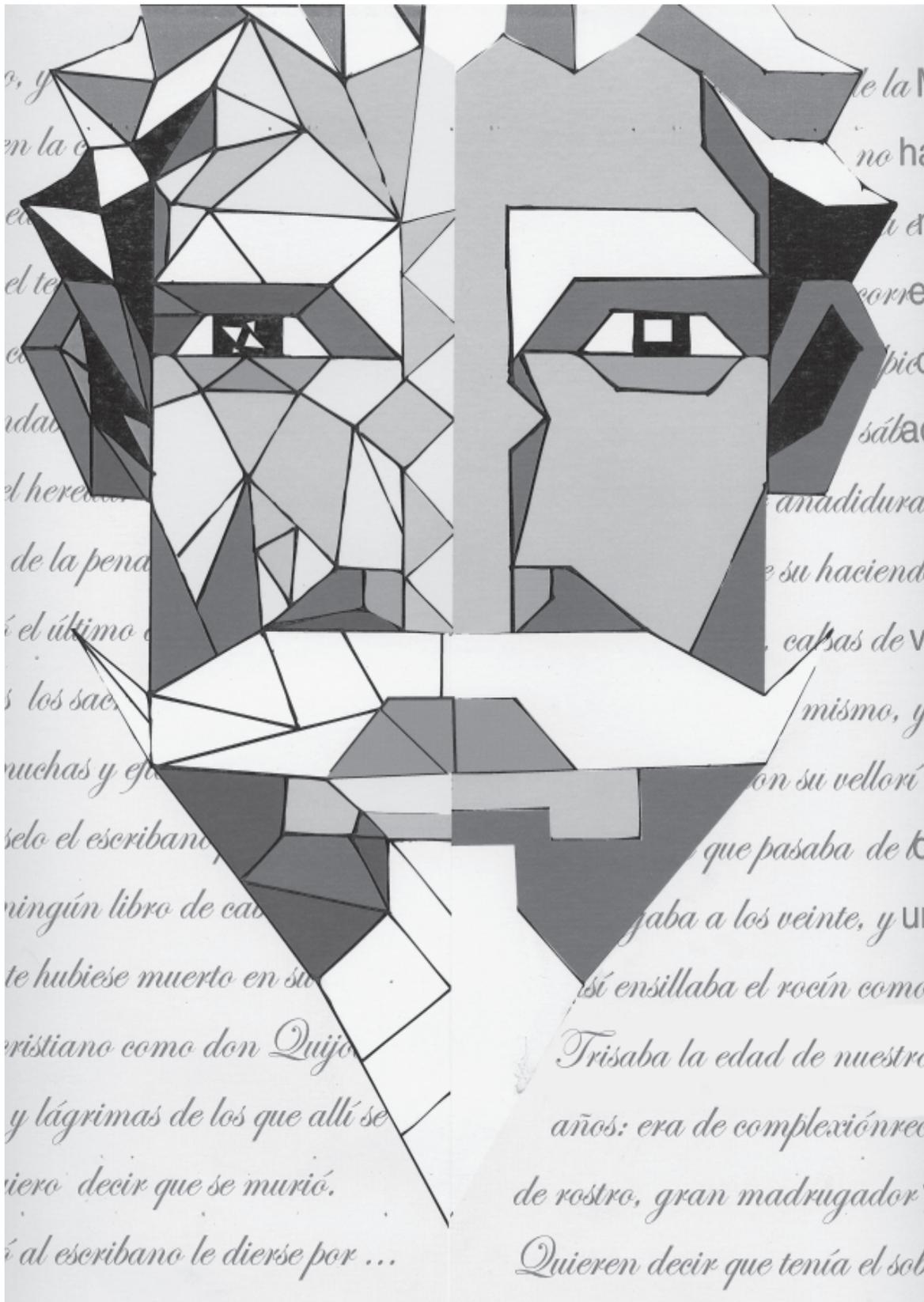
\* Todas las referencias y el número de las páginas indicadas se toman del libro Don Quijote de la Mancha. Edición del IV Centenario, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, 2004.

### **Notas:**

(1) Mario Vargas Llosa, Una novela para el siglo XXI. En Miguel de Cervantes, Don Quijote de la Mancha. Edición del IV Centenario, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, 2004, p. XIV.

(2) Maquiavelo, El Príncipe, Guayaquil, Ariel, 1973, pp. 99-100.

(3) Maquiavelo. op. cit, p. 100



**ENTRE LA DIVAGACIÓN Y EL  
MOLIMIENTO<sup>1</sup>  
Marco Tello Espinoza**



Durante cuatrocientos años, han seducido al lector, al crítico, al pintor, los personajes y los ambientes; pero también los temas, los motivos, los secretos del lenguaje cervantino. Tanto se ha escrito acerca de “El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha” que muy poco de cuanto hoy se diga o se estampe acerca de la obra será novedoso ni original: las hazañas penderían por igual del bodegón, de la tienda del barbero, del dintel de la Academia.

En tan vasto universo humano y literario, no es tarea fácil imaginar un rasgo de nuestra naturaleza social -aun vista desde el sesgo o desde la negación del pasado que supone para algunos la posmodernidad-, que no se halle en los capítulos del Quijote; pues el héroe cervantino es símbolo del alma colectiva individualizada –lo decía Unamuno en 1896- y vive la tristeza de la condición humana hasta en la descripción del talante meditativo legada por el bachiller Sansón Carrasco: “... es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, los bigotes grandes, negros y caídos” (“El caballero de la triste figura”, Ensayos, 101 y ss.). En medio de esta simbología social captamos, hacia el final de la primera parte, el fervor popular con que las gentes aún hoy atraviesan en procesión por caminos polvorientos clamando al cielo por el milagro de la lluvia. Allí asistimos, en la segunda parte, al reflejo de nuestros juegos pirotécnicos en las fiestas de Corpus, anticipados en la hermosura descriptiva de Clavileño y la alegría de los cohetes tronadores una vez que le han prendido fuego por la cola al artilugio. Y qué decir de la actualidad que cobran para nuestra época inalámbrica los consejos del amo al escudero acerca del comportamiento en el gobierno; más aún las reflexiones con que Sancho deja

el mando de la ínsula, enalbardando entre lágrimas a un asno más atento y receptivo que algunos improvisados salvadores de las patrias de hoy y más que cuantos personajes deslumbran a los incautos con la bacía del barbero en la cabeza: "...cuando yo me avenía con vos y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos" (956)<sup>2</sup>. Y líneas más allá: ..."Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni defender provincias ni reinos. Bien se está san Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido". Pero también declara, para tranquilidad de su alma y ludibrio de la sociedad posmoderna: "...sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de cómo suelen salir los gobernadores de otras ínsulas" (957).

Pero lo fascinante es ver nuestra semblanza reflejada aquí y allá en el perfil simbólico de cada personaje, como si desde el siglo XVII estuviéramos hechos a imagen y semejanza del Quijote. La impresión se acrecienta conforme nos elevamos de lo episódico a lo representativo y a lo figurativo, para asistir con nuestra imaginación al drama secreto de la aventura humana: "...y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo", sentencia el protagonista en la segunda parte; y más adelante se lamenta: "...ya no hay ninguno que saliendo de este bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo..." No sin razón –

para tranquilidad de Unamuno- el estudio del perfil psicológico y caracterización de los personajes del Quijote fue uno de los propósitos de los especialistas del siglo XX, guiados por la clasificación biotipológica de Ernst Kretschmer.

Parodia, alegoría, símbolo, mito, parábola del comportamiento humano, la obra debe su universalidad, en buena medida, a la transferencia de los secretos narrativos al estilo, como si las palabras fueran no solo acuñación del alma, sino expresión de la fisonomía corporal y urdimbre del atuendo. Es “el lenguaje proporcionado al asunto de que se trata” y “modelo de la lengua que convendría imitar”, según juicio definitivo del erudito Gregorio Mayans y Siscar, en 1737, transcrito por Guillermo Rojo (1125).

Vale la pena aquí una digresión, a propósito de “la lengua que convendría imitar”, consejo tomado al pie de la letra por nuestro compatriota don Juan Montalvo, cuyo elogio al genio cervantino debería recordarse con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del Quijote. Los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes” resultaron ser, desde el punto de vista del estilo, no una imitación de un libro que él mismo llamó inimitable, sino una reproducción, tal como si otro pintor intentara la perfección de un mismo cuadro, digamos, de Velázquez. Avancemos un poco a la ligera por las líneas de Montalvo: “No debían ser paralíticos los mezquinos, porque tan luego como sintieron esa estantigua sobre ellos, se pusieron de pies y echaron a correr de modo que no los alcanzara un galgo. Librolos la Virgen a los dos; el tercero fue víctima de D. Quijote, pues en el punto en que se enderezaba cayó de nuevo a tierra, sin más ánimo que el que hubo menester para encomendarse a Dios y sus santos” (Capítulos, I, 68), escena donde los personajes tienen la agilidad que más adelante volveremos a ver en el Quijote. “A cierta distancia vio D. Quijote una como iglesia que se venía acercando lentamente en medio de una nube de polvo. Despaviló la vista y aguzó el oído, inquiriendo hacia dónde

podía sonar la música de Anfión que así descuajaba los edificios y los obligaba a venir tras ella” (Capítulos, II, 128), visión que bien podría entrar en alguna escena nebulosa del Quijote, si no fuera por la artificiosidad y la pesadez que se advierte luego y que distancian a Montalvo de la espontaneidad cervantina, como lo anotó ya Hernán Rodríguez Castelo en el prólogo a la obra considerada maestra del escritor ecuatoriano (Capítulos, I, 12). Como en el modelo, la experiencia colectiva se exterioriza a través del lenguaje popular de Sancho y la gracia del refranero, que censura el amo (Capítulos, I, 128); Montalvo conoce como Cervantes las vicisitudes del exilio y defiende con ardor la libertad: “¿Cuál es el más infeliz de los nacidos? El esclavo, el preso. La flor del viento, la luz matinal tomada en la campiña, son manjares que el alma saborea con ahínco; y hasta la verdura de los prados, la obscuridad de los montes lejanos contienen un delicioso alimento para el espíritu y el corazón del hombre que puede gozarlos segura y libremente” (Capítulos, II, 156).

Imitaciones felices fueron, en cambio, las de Olmedo, cuyo caballo impaciente -para procurar un ejemplo- se superpone, mejorándolo, al caballo impaciente que corcovea en el Canto V de “La Araucana”:

Como el feroz caballo que, impaciente,  
cuando el competidor ve ya cercano,  
bufa, relincha, y con soberbia frente  
hiere la tierra de una y otra mano,  
así el bárbaro ejército obediente,  
viendo tan cerca el campo castellano,  
gime por ver el juego comenzado,  
mas no pasa del término asignado.  
(Ercilla)

Y el caballo impaciente de freno y de reposo,  
se indigna, escarba el suelo polvoroso;  
impávido, insolente

demanda la señal, bufa, amenaza,  
tiemblan sus miembros, su ojo reverbera,  
enarca la cerviz, la alza arrogante  
de prominente oreja coronada,  
y, al viento derramada  
la crin luciente de su cuello enhiesto,  
ufano da en fantástica carrera  
mil y mil pasos sin salir del puesto..  
(Olmedo)

El empeño puesto por un espíritu romántico en tratar de reproducir el estilo del barroco ha venido en perjuicio del excelente narrador, cuya obra cumbre ha terminado por entrar en el número de las menos leídas y las más comentadas, a tal punto de ahuyentar a los lectores con el mismo temor con que Montalvo se aproximó al Quijote. Otra cosa son los textos donde se revela la alta calidad del vehemente polemista -que admiró Unamuno-, pero con la pluma aún inflamada en los arrebatos en que vemos puesto en cólera al manchego, quien, según ya lo explicó el filósofo español, era bilioso; así se muestra en esta escena: “Y, diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró a todas partes y dio con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas”, que sigue a este desfogue de improperios: “¡Oh bellaco villano, malmirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! (...) Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro...” (478), denuestos en los cuales Montalvo tampoco se anduvo por las ramas: “...come, come y más come; bebe, bebe y más bebe en Guayquil, la puerta de la República. Triunfan los soldados, suya es la victoria; mueren los soldados, él se embarca repleto de dinero y se va a Europa a comer, beber, dormir, jugar y llevar adelante su vida de padre de los vicios”

(Catilinas, II, 75); y en este otro fragmento: “Esa cara de idiota ebrio, esos ojos en los cuales están resplandeciendo los vicios de la ignorancia; esas piernas brutales, columnas sin pulimento; esos pies anchos, juanetudos,” y en el párrafo que sigue: “...criatura gorda, pesada, grasienta: criatura perversa, criminal, patibularia; criatura indigna de la patria...” (Las catilinas, II, 130, 131). Uno y otro autor mueven a menudo a imaginar en la prosa los procedimientos de la pluralidad que extremó en la poesía Góngora y Argote (Alonso, 174). Pero aun el alto mérito literario del consumado insultador ha venido a desvanecerse a la distancia, abandonado a su suerte Montalvo en los entretelones del propio mundo quijotesco, donde nos lo figuramos agigantando la imagen de Ignacio de Veintemilla para solo poder acuchillarlo como odre de vino. Mirado sobre el horizonte histórico, ese injusto olvido equivaldría –si continuamos parafraseando a Cervantes- a un abono por los parches en los cueros perforados, que no lo fueron solo los del extravagante capitán general.

Es constante el desvelo por lo lingüístico en el Quijote, en la línea inaugurada un siglo atrás por Nebrija para conseguir que la lengua vulgar revista la elegancia de las lenguas clásicas (Nebrija, 52), y seguida en tiempo de Cervantes por el canónigo de la catedral conquense Sebastián Covarrubias y Orozco, cuyo singular esfuerzo se verá coronado en 1611 por la publicación de “Tesoro de la lengua castellana o española”. Así, leemos en Cervantes: “... me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen...” (1032); pero nada le quita a Cervantes la convicción de que, tras la imagen de los tapices flamencos, reiterada en la novela, el uso será el que tenga la última palabra en asuntos de enriquecimiento del caudal léxico: “Erutar, Sancho, quiere decir “regoldar” , y

éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo: y, así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y a los regüeldos, erutaciones, y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso” (872). Su preocupación etimológica acierta con el nombre sin par de Dulcinea para Aldonza Lorenzo (Lapesa, 212); se interesa por la correcta pronunciación de los sonidos; advierte de las metátesis o cambios de lugar que experimentan los sonidos en la palabra: “... que de los azotes, abernuncio, responde Sancho a la duquesa; a lo que el duque corrige: “Abrenuncio habréis de decir, Sancho. El interés por la precisión semántica se confirma en el tratamiento del arabismo “albogue”, traído entre otros instrumentos musicales, en el capítulo XIX de la segunda parte ( 696), pero definido con admirable precisión, para la época, en el capítulo LXVII, ante el desconcierto de Sancho: “Albogues son unas chapas a modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco hace un son, que, si no muy agradable y armónico, no descontenta y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín”. (1062).

Se ha tomado el Quijote como modelo del lenguaje por la proporción a que se refiere el crítico valenciano del siglo XVIII, pero también por la variedad, la propiedad, la precisión con que la demencia halla un adecuado tratamiento en el orden gramatical de las proposiciones, en la acertada secuencia de coordinaciones, subordinaciones y grupos fónicos, aspectos que van conformando un estilo que tan bien se maleabiliza en la escritura por el arte de puntuar; de tal modo que podemos seguir sin cansancio, en extensos períodos, el fluir del sentido por el cauce armonioso de una sola oración esmaltada de gerundios: “Y, diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto a sí tenía y dio con él al cabrero

en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabía de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener respeto a la alfombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote y, asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto y le asiera por las espaldas y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba”. (522). Este cauce armonioso se desliza acompañado por variedad de tonos que preceden al tonema de cadencia (Navarro Tomás, *Manual*, 51), de modo que la atención del lector solo se distiende hacia el final de la apódosis.

Este estricto control al torrente verbal, que se precipita sin halar por el despeñadero, tal vez debido a la influencia de los clásicos, da movimiento a las acciones y, por lo que aquí conviene, fluidez y energía a las descripciones, pues Cervantes es maestro en la percepción de la realidad por los sentidos; pero más inclinado a la captación de la forma que al color, se abandona frecuentemente a los matices neblinosos de la premonición o la locura, avaro en calificativos, pero sin escatimar los necesarios: “No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero a mal agüero” (609).

Cuando se decide a pincelar, en cambio, acierta con el brochazo calificativo: “Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta, y la nariz algo chata; la

boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que talvez los descubría, mostraban ser malos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, a lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venía seco y amojamado” (728). Y entonces la visión del pintor se ilumina con profusión de colores, entre ellos el verde sosegado de la mística española, que resalta con variedad de tonos en el Quijote: “... los pellicos y sayas eran de fino brocado, digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro. Traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas” (990). Por supuesto, hay sobriedad adjetiva en el curso apresurado que toman las acciones por el cauce verbal y sustantivo: “Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo” ( 76).

Dominan en la novela las sensaciones visuales, con vivo efecto representativo: “...y quiso la suerte que al tiempo que venía comenzó a llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y, como estaba limpia, desde media legua relumbraba” (189). Ese efecto puede jugar una mala pasada al lector al recortar en su memoria visual, aun sin quitarle la pluma a la doncella, algún viejo estereotipo cinematográfico: “...cuando sintieron a sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el cual venía a toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, greguescos y

saltaembarca , con sombrero terciado a la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas a los lados” (1009). Parejas corren con las visuales las sensaciones de movimiento, como en la continuación del relato de la misma página 189: “... no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza si no fue el dejarse caer del asno abajo; y no hubo tocado el suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó a correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento”; o en esta escena casi fílmica en que la fementida Dulcinea “levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque, haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica y, puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dio con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas, como si fuera hombre” (621). Se perciben también sensaciones auditivas; entre ellas la voz de don Quijote grabada para la posteridad: “... habiendo recorrido los trastes de la vihuela y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondose el pecho, y luego, con una voz ronquilla aunque entonada, cantó el siguiente romance” (896); la habilidad de Sancho para imitar a los burros: “Y luego, puesta la mano en las narices, comenzó a rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron” (765). Hay también sensaciones olfativas: “se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban...” (96). Por supuesto, no faltan las sensaciones táctiles como en esta muestra de la honestidad caballeresca (Alonso, A., 170) con que avanza la mano escrupulosa del manchego hasta desviar la sensualidad por la textura, dejando entrever la escrupulosidad barroca, ajustada al espíritu de la Contrarreforma (Hatzfeld,135): “Tentole luego la camisa, y, aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal” (142); en otro lugar: “Y tosió luego, y manoseose la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del duque,” (834;); es frecuente la combinación de impresiones sensoriales: “...dieron fondo con

todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, sólo porque olían a queso” (1059). El mundo interior, los conflictos existenciales, en cambio, se escapan a través del intermitente soliloquio de don Quijote, y, después, también del escudero.

Aunque resulte casi una verdad de Perogrullo hablar del humor en Cervantes, ya que él mismo afirmó que “los sucesos de don Quijote o se han de celebrar con admiración o con risa” (879), quizá convenga apuntar, a la pasada, que sus variadas formas se aprovechan del refranero, caudal imparable de Sancho que mortificaba al amo; de la finura comparativa (... apenas dio lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacía sombra a todo el cuerpo” –p. 650); del doble sentido (“En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño” –34, 35), de la polisemia; del juego de palabras (“...que el andar a caballo a unos hace caballeros, a otros caballerizos” –873); de la paronomasia (“dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos” –561; “... ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada y trastrocada,” –802); del eufemismo con que se sale por los fueros del decoro aun en lo vulgar y en lo escatológico (“Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, de esas que llaman del partido,” –36; “...a él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él;” –181); de la hipérbole casi inadvertida (bien comido y bebido, Sancho “disparaba con una risa que le duraba una hora” -962); de la organización paralelística (“Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero; y, finalmente, espantados todos los que oyeron las razones del titiritero” –746); de lo ridículo (es lo que ocurre tras la pieza declamatoria del caballero, salpimentada de intrincadas notas eruditas como el cómputo de Ptolomeo, que en la memoria auditiva de Sancho solo ha

dejado el eco de los vocablos: “puto” y “meo”). Mediante todos estos procedimientos trasciende la ironía, la sátira, la burla – que eran actitudes casi nacionales en la poesía de fines del XVI y comienzos del XVII-, para demorarnos en el deleite de la comicidad (Lapesa, 119 y ss.), en la que confluyen lo épico y lo dramático (Hatzfeld, 142). A diferencia del carácter explosivo y momentáneo del chiste, parece que el humor se sostiene, a lo largo de más de mil páginas, en la comicidad; y es lo que le lleva al lector a mover la cabeza y a sonreír compresivo ante la “risueña melancolía” (Alonso, A., 157) que transmite la desfiguración de lo real en la mente de don Quijote y la configuración de lo irreal en el magín del escudero. Lo gracioso surge también de lo espontáneo, sorpresivo e inesperado, aunque una vez sumergidos en el texto, lo menos esperado es, paradójicamente, lo esperado (al final de la primera parte, después de la aventura de los disciplinantes, don Quijote es trasladado de regreso a la aldea sobre un montón de heno, en un carro tirado por bueyes; pero lo primero en preguntar la mujer del abatido Sancho es si viene bueno el asno, a lo cual el marido responde que viene mejor que el amo. Y casi a renglón seguido, queda en libertad la imaginación del lector para sonreír cuando la mujer insiste en que él le muestre las cosas que ha traído, a lo que Sancho responde autoritario: “en casa os las mostraré, mujer”; dos pronombres átonos y un vocativo sugeridores de la intimidad de las cosas que él traía).

El lenguaje -lo habrán señalado o lo señalarán eruditos y estudiosos- es el que conviene en la novela a cada personaje: “querría que vuestra merced me sorbiese una duda”, dice Sancho, y don Quijote corrige: “Absolviese quieres decir” (606); pero doscientas páginas adelante oímos a la duquesa expresarse frente al escudero: “querría yo que el señor gobernador me absolviese ciertas dudas”. En asuntos de lenguaje, Sancho se inviste de autoridad frente a su mujer: “y si estáis revuelto en hacer lo que decís...”, se expresa

ella, y él corrige: “Resuelto has de decir, mujer” (587); mas, es bastante susceptible ante los reparos frecuentes del amo: “...yo ya tengo relucida a mi mujer...” confiesa, y Don Quijote corrige: “Reducida has de decir, Sancho”, incómoda situación ante la cual el escudero expone un juicio de indudable actualidad en nuestra era informática: no importa si las palabras van de un modo u otro, a condición de que el mensaje se entienda (597).

De esta suerte, podría decirse que no es la distorsión –arte de aquellos tiempos-, sino el equilibrio lo que atrae en el estilo del Quijote, sutilmente ajustado a la trama principal, a pesar de las variaciones (Riquer, 159); de modo que cada ser se configura en la armonía sintáctica de una prosa cuya interpretación fonológica es comparable a la proyección visual de las minucias rítmicas que va trazando en el aire un buen director de orquesta. En este trasfondo musical, empero, percibimos con Ángel Rosenblat (203, 227) -aunque se resienta Amado Alonso (276)- el eco del romance, del romance heroico y de otros ritmos arromanzados, entre ellos, el del eneasílabo (Navarro Tomás, *Métrica*, 538). Podría deberse este fenómeno perceptivo al tratamiento de motivos ya idealizados por el romancero, como el de Durandarte, pero abordados con cierto realismo por Cervantes (Lapesa, 230), en un natural intento para enmendar así la falta de unidad por la que criticaba los romances caballerescos (Hatzfeld, 138), y procurar que el lector contemple, sopesa, palpe, oiga, huela, saboree y también sonría. La verdad es que al mencionar el romancero se hace difícil renunciar a algunos ejemplos de octosílabos y de endecasílabos, traídos por los pelos, se dirá, tras rápido espiguelo; aunque algunos de ellos reclamen la eliminación de conectores y la reposición de elipsis:

/En un lugar de la Mancha /  
Los domingos consumían / las tres partes de su  
hacienda (27)

tenía en su casa una ama / (que) pasaba de los  
cuarenta / y una sobrina (tenía) / que no llegaba a los  
veinte, / y un mozo de campo y plaza / que así ensillaba  
el rocín / (como) tomaba la podadera (28)  
se le pasaban las noches / leyendo de claro en claro  
/ (y) los días de turbio en turbio; / y así del poco dormir  
/ (...) / se le secó el cerebro / (28, 29)  
Tan contento, tan gallardo / (...) / que el gozo le  
reventaba / por las cinchas del caballo (48)  
Era el caso que aquel año / habían las nubes negado  
/ su rocío a la tierra / y por todos los lugares / de aquella  
comarca (se) hacían / procesiones (y) rogativas /  
(523)

Incontables son los ejemplos que permiten recortar  
fragmentos de la novela sobre el variado recuento  
endecasílabo (no olvidemos que el encanto de la prosa  
cervantina ha opacado las altas dotes del poeta), con  
la ayuda de dialefas:

se pudieron mover de donde estaban (145)  
del siempre rico y dorado Tajo (p.159)  
el buen suceso de su embuste, dijo (177)  
hacer de mí la burla que quisiéredes (185)  
Así que desde hoy en adelante / nos hemos de tratar  
con más respeto (186)  
viera que se engañaba en lo que dice (188)  
Dictado has de decir, que no litado (198)  
a la carga pesada de este cuerpo / que tan contra su  
voluntad sostengo (274)  
y cuán más agradable compañía / harán estos riscos  
y malezas / a mi intención, pues me darán lugar (274,  
275)  
llegó esta triste nueva a mis oídos (285)  
que faltó poco para no salirme (285)  
mas templese esta furia por entonces (285)

donde entendí que mi enemigo estaba (285)  
llegó en esto el cautivo, que entendiendo / en otra cosa  
hasta entonces había estado (389)  
de lo que hacen las fábulas apólogas / que deleitan y  
enseñan juntamente (490)  
suspendiendo los ánimos, admiren, / suspendan,  
alborocen y entretengan / de modo que anden a un  
mismo paso / la admiración y la alegría juntas (491)  
y dejolas andar a sus anchuras / por aquel verde y  
apacible sitio (502)  
¿y hay más que ver después de haber visto esto, /  
que ver salir por la puerta del castillo (...) / cuyos  
galanos y vistosos trajes (510)  
¡Oh luz resplandeciente de las armas! (598)  
a tu magnificencia de escudero / lo tendré a felicísima  
ventura (598)  
Tengo más de cristiano que de moro / y ruego siempre  
a Dios me abra los ojos (965)

Una ligereza irreverente, justificable por no haber podido acceder, para estas breves líneas, al estudio crítico sobre el Quijote, de Francisco Rodríguez Marín, tan citado por Rosenblat, nos pone en trance de leer la correspondencia epistolar, en la segunda parte, en especial la carta que envía Sancho Panza el Gobernador a don Quijote de la Mancha (945, 946), como si hubiera sido pensada en verso (trasladamos la dialefa a las alforjas del escudero trajeado de gobernador):

Que no tengo lugar para rascarme / la cabeza ni aun  
para cortarme  
Digo esto señor mío de mi alma / porque vuesa  
merced no se espante  
si hasta ahora no he dado aviso  
por las selvas y por los despoblados

Escribiome el duque mi señor / el otro día dándome  
aviso / que habían entrado en esta ínsula  
Y hasta ahora yo no he descubierto /  
Finalmente él me va matando de hambre / y yo me  
voy muriendo de despecho  
cuando pensé venir a este gobierno  
a recrear el cuerpo entre sábanas

Contribuye a proporcionar ese efecto musical propio  
del verso la marcada tendencia a colocar el imperfecto  
indicativo, en especial el verbo “estar”, al final de frase:

en un corral grande que a un lado de la venta estaba  
y con las dos dichas doncellas, se vino adonde don  
Quijote estaba  
y recogíendolas don Quijote todas, las puso sobre una  
pila que junto a un pozo estaba  
Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante,  
que medio despaldado estaba.  
Junto a sí tenían unas como sábanas blancas con  
que cubrían alguna cosa que debajo estaba  
Parece ser que en otro aposento que junto al de don  
Quijote estaba  
se iban entrando por una selva que fuera del camino  
estaba  
que muchas y muy regocijadamente la venida del  
nuevo día saludaban  
y en toda ella no había otra luz que la que daba una  
lámpara que colgada en medio del portal ardía.

A todo ello habría que agregar la percepción de  
frecuentes efectos rítmicos de timbre asonante y consonante,  
señalados por Rosenblat, formas reiterativas cercanas a la  
técnica barroca del eco apuntadas por Harzfeld, y que  
conformarían aquí, en la prosa, uno de los rasgos de la  
vaguedad por la cual Cervantes se perdería poéticamente en

el tiempo como lo haría Velázquez, más tarde, en el espacio (Hatzfeld, 366).

Pero más allá de estas certidumbres y divertimientos formales, nos impresiona cómo la vivacidad del lenguaje crea la ilusión de una realidad estática y a la vez en movimiento, patente no solo en graciosos episodios como el barco fantasma y la aventura sobre Clavileño (en el primer caso, el pequeño barco de pescadores avanza por el Ebro y en la imaginación de don Quijote se bambolea ya sobre la mar abierta, pero Sancho nota que no se ha movido más de cinco varas de la ribera; en el segundo, don Quijote y Sancho, vendados y ceñido este último a la cintura del amo, emprenden sobre el inmóvil Clavileño un vuelo espectacular que es anuncio divertido de la era espacial, hasta que luego de topar la región donde se engendran los relámpagos aterrizan de forma parecida a como lo hacen hoy las naves interplanetarias); sino sostenida en una conjunción deliberada, armónica –a lo largo de la novela- de una doble perspectiva ante la cual el lector, puesto en la situación donde concurren las encontradas percepciones de los personajes y las concepciones del narrador, no halla otra opción que sonreír. Se pondera entonces el humor, la hilaridad, la ironía, que no constituirían sino el vehículo expresivo de una realidad conformada graciosamente por una parte de verdad y otra de mentira. Don Quijote apuesta por la primera; Sancho, por la segunda (772). Captada así la realidad en su linde difusa e ilusoria, también el lector empieza a compartir dinámicamente esa doble visión especular: la de quien avanza con la mirada en la lejanía y la de quien anda mirando dónde pisa: “... vale más la salud de un solo caballero andante que todos los encantos y transformaciones de la tierra”, aconseja el buen Sancho. “Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice –le asegura a su amo, tras escuchar la divagación que sigue a la aventura de los molinos de viento-; pero

enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe ser del molimiento de la caída”.

Esa doble perspectiva, iluminada en muchos ámbitos del conocimiento, desde comienzos del siglo XX, por la doctrina saussureana, permite representarnos al caballero y al escudero como la imagen y su sombra (también el rucio parece serlo del flaco Rocinante, contagiado el primero de la ternura y el segundo de la melancolía de los respectivos amos), dos puntos de vista solidarios de un mismo sortilegio: “... cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que a mí me toca, o tocara, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo”, arguye Don Quijote. El lector que recuerde el efecto persuasivo de la comparación que hace Saussure entre el juego de la lengua y una partida de ajedrez (Saussure, 158), percibirá la sensación de que en cierto momento el lingüista ginebrino se habría dejado deslumbrar sobre el tablero de ajedrez por este razonamiento del escudero: “...mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura”. La bolsa bien podría interpretarse como una premonición del diccionario ya formal y académico, donde yacen las palabras a la espera de un creador que les designe una función y, por lo tanto, que les infunda vida; pero es más bien una anticipación al reconocimiento de que solo el desempeño de un papel da sentido a la presencia del ser humano en este mundo; una intuición del funcionalismo que, desde el ámbito de la lingüística, enriquecerá para mucho tiempo el desarrollo de las ciencias.

No obstante haber vivido la incertidumbre del barroco, el escritor busca la proporción en la influencia solidaria del amo y del escudero sobre la manera esencialmente opaca

de percibir el universo, procedimiento que dignifica por obra de encantamiento la ordinariez y el tufo cotidiano: “Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana (...). Porque te hago saber, Sancho, cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma”.

Cervantes desborda sin ladear las contingencias del siglo XVI y los años primeros del siglo XVII: la España de Felipe II, la nación victoriosa y al poco tiempo derrotada, empobrecida, reprimida; la España decadente de Felipe III, quien desde 1598 se desentiende del gobierno y se esfuma en un mundo de exagerada piedad y ostentación (Ferrer, 100), como si él también se hubiera empeñado en dar apariencia de castillo a la venta encantada. En su estudio sobre la simetría bilateral, Dámaso Alonso (174) ubica el período de escepticismo en uno y otro autor, Góngora y Cervantes, justamente entre los años 1588 y 1596, que va entre la derrota de la Armada Invencible y la ocupación de Cádiz por las tropas inglesas. De este modo, el Quijote representa una nueva forma de prevalecer sobre el desencanto y la inseguridad de los españoles en las postrimerías del siglo XVI y los albores del XVII (Lapesa, 220); es quizás el mismo desconcierto que en la época nuestra, posmoderna, nos lleva a sumergirnos con alivio en el embrujo del texto cervantino.

Talvez el trasfondo histórico explique en la novela el efecto de proximidad y a la vez de alejamiento que pudiera sobresaltarle al lector que accediera al Quijote luego de las dos mayores experiencias estéticas -y por lo tanto vitales- en la lírica del siglo de Cervantes: el sosiego de San Juan de la Cruz, definido por Unamuno como una caballería andante a lo divino (“La agonía del cristianismo”, en Filosofía, 341) y el

frenesí angustioso de Góngora, mayor a Cervantes con cinco años el primero, menor con catorce años el segundo; sosiego y frenesí frente a los cuales el arte cervantino nos divierte y nos lleva sin esfuerzo por un caudal expresivo que no ha menester exégesis ni traducciones.

Si bien la voluntad de estilo, al prevalecer sobre las vivencias personales, monta la escenografía e infunde vida a los títeres y a los titiriteros, como si el autor hallara en ellos la catarsis para sus propias desventuras, el milagro del Quijote tampoco se entendería sin los años de niñez y primera juventud del escritor en Alcalá de Henares; el encarcelamiento del padre, la pobreza, el acoso de los acreedores; sin los seis años en Italia, aprovechados para leer a los renacentistas, entre ellos a Ludovico Ariosto, tan presente en la obra; sin la valerosa participación en la batalla que inmovilizó la mano del escritor y puso fin a la amenaza turca a Occidente: "...la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros", escribe en el prólogo a la segunda parte. Tampoco se explicarían muchas páginas cervantinas sin los cinco años vividos en Argel, en impaciente cautiverio, y las peripecias de la evasión extensamente relatadas en la primera parte; vivencias inspiradoras del elogio a la libertad que preside el capítulo LVIII, según nos lo recuerda Mario Vargas Llosa (XVIII); pero sugeridoras también de los paraísos arábigos, las princesas encantadas, las perlas orientales con que -según nuestra pobre imaginación- la fantasía del manchego proveerá de pedrerías, siglos después, al modernismo. En fin, no se explicarían algunos aspectos de la obra sin los años de residencia en Sevilla, donde el comisario de abastos conocerá en su andar por los pueblos andaluces variedad de personajes, algunos de ellos retratados en el Quijote (Riquer, 26); sin los meses de encarcelamiento en esa misma ciudad, víctima propiciatoria de una quiebra bancaria. Todo ello supone, obviamente, las más variadas y ricas experiencias culturales, entre ellas, no debemos

desdeñar, el conocimiento del mundo americano, salvaje y maravilloso, a través de *La Araucana*, de Alonso de Ercilla - recordado por Montalvo- obra que en palabras del cura está entre los tres libros “mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos” y por tanto el héroe mitológico americano se salva de la hoguera (68). Sin relacionar los hechos, y aunque Unamuno, tan preocupado del Quijote como de Ignacio de Loyola, resta toda importancia al escrutinio que el cura y el barbero hicieron de los libros del manchego (Vida de don Quijote y Sancho, 42), vale la pena señalar que en 1589 se publicó en Madrid la tercera parte de *La Araucana*; al año siguiente, en 1590, Cervantes presentó por segunda vez, también en vano, su hoja de vida en pos de conseguir algún destino de trabajo en América (quienquiera supondría con un poco de atrevimiento que estaba tan necesitado de trabajo como de aventura). No vino Cervantes a América, pero lo hicieron el Quijote y Sancho y aquí se adaptaron y nosotros nos adaptamos a ellos, a su andar, para siempre. Otra coincidencia interesante: la segunda parte del poema de Ercilla se había publicado en 1578, año que anda por la fecha del relato del cautivo en la novela. ¿Podría tentarse algún tipo de relación entre la realidad idealizada que agiganta e inmortaliza al héroe americano y la ficción con que se desfigura la realidad en la mente de don Quijote? En esta línea de reflexión, lo que desde la perspectiva hispanoamericana diferencia el indianismo del indigenismo asoma como la tensa proyección de aquella doble perspectiva cervantina. Lo probable es que ante ambas experiencias estéticas -expresiones de la sensibilidad renacentista, en el auge del imperio, Ercilla; en su desencanto, Cervantes-, habrían parpadeado con igual asombro los ojos de los europeos, tan necesitados como nosotros de nuevas interpretaciones mágicas de una realidad que se desvanecía de la magia a uno y otro lado del Atlántico.

Como afirmamos en las líneas iniciales de este breve comentario, tanto se ha escrito en torno del Quijote, y las

ideas aquí vertidas son tan obvias, que milagro sería del manchego si hubiera una sola no pensada aún o aún no dicha; sin embargo, lo aquí expresado -achacable al entusiasmo que provoca la relectura a salto de mata del texto cervantino- podría coronar en dos ideas quizá menos novedosas aún, pues siempre habrán rondado por la cabeza de los lectores. Primera: más que personajes de una época, el héroe cervantino y su escudero encarnarían -sin estereotiparse, por la versatilidad que se viene en alas del estilo- papeles universales, opuestos y complementarios (el espíritu y la materia), que corresponden a la visión esencialmente bipolar de nuestra pobre naturaleza inclinada de suyo a la evanescencia del barroco. Un ligero desvío en la disposición del sentido de la vista en la anatomía del ser humano -que los ojos no estuvieran donde irremisiblemente están o que fueran algo rasgados- habría modificado la visión occidental del universo, pues el hombre hubiera mirado alrededor y, sobre todo, hubiera reparado mejor en la existencia de los otros. Ese carácter representativo de la obra fue anticipado ya por ambos personajes cuando, cada cual a su modo y condición, vaticinaron la perdurabilidad de las hazañas del caballero y de su sombra en la memoria colectiva; por Don Quijote, al comienzo de la primera parte (35): “Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a la luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro”; por Sancho, hacia el final de la segunda parte (1087): “Yo apostaré que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas...” Segunda: andar y desandar por los caminos del Quijote resulta más apasionante -la pasión es siempre actual- si se confía la aventura a la lumbre seductora del lenguaje, que capta por igual la realidad, la irrealidad, y proyecta, con matices siempre nuevos, el alma del eterno caballero andante en pos de Dulcinea.

Además, el Quijote es actual porque el mismo desasosiego que siguió al Renacimiento trastorna hoy al mundo posmoderno –vacilación entre el espejismo y la realidad; optimismo ante el poder de la intercomunicación que agranda el universo y desencanto frente a su empequeñecimiento en la soledad de la pantalla-. Conforme el ser humano conquista nuevos mundos, a ellos llega tocado “más en locura que en valentía”, como el don Quijote reflejado en los ojos de Roque Guinart, jefe de bandoleros (1008).

### **Notas:**

<sup>1</sup> Publicado inicialmente como artículo periodístico (Diario EL TIEMPO, Cuenca, 1, mayo, 2005), este comentario apareció con alguna revisión en COLOQUIO, Revista de la Universidad del Azuay (Nº 25, abril-junio 2005). Esta tercera versión aspira a fundamentar y precisar, mediante la constatación en la obra cervantina, lo que entonces pudo parecer observación impresionista, pero manteniendo el decoro reclamado por el ensayo, a fin de evitar la sensación de que se hubiera dado en el arte de hinchar perros.

<sup>2</sup> Debido a la profusión de citas tomadas del Quijote, solo se consigna la página, por la edición que consta, al final, en la Bibliografía.

## **BIBLIOGRAFÍA**

ALONSO, Amado, Materia y forma en poesía, Madrid, Gredos, 1965

ALONSO, Dámaso, Estudios y ensayos gongorinos, Madrid, Gredos, 1960

BALLESTEROS, Manuel y J. L. Alborg, Historia Universal, Madrid, Gredos, 1967

CERVANTES, Miguel de, Don Quijote de la Mancha, Bogotá, Real Academia Española, 2005

FERRER, Jordi y Susana Cañuelo, Historia de la Literatura Universal, Barcelona, Optima, 2002

HATZFELD, Helmut, Estudios sobre el barroco, Madrid, Gredos, 1966

LAPESA, Rafael, De la edad media a nuestros días, Madrid, Gredos, 1967

MONTALVO, Juan, Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, I, II, Clásicos Ariel, N° 3 y 5

MONTALVO, Juan, Las Catilnarias, I, II, Clásicos Ariel, N° 65 y 66

NAVARRO TOMÁS, Tomás, Métrica española, Reseña histórica y descriptiva, Madrid, Guadarrama, 1972

NAVARRO TOMÁS, Tomás, Manual de entonación española, Madrid, Guadarrama, 1974

NEBRIJA, Antonio de, Gramática de la Lengua Castellana, Madrid, Editora Nacional, 1980

RIQUER, Martín de, Aproximación al Quijote, Navarra, Salvat, 1970

ROSENBLAT, Ángel, La lengua del “Quijote”, Madrid, Gredos, 1971

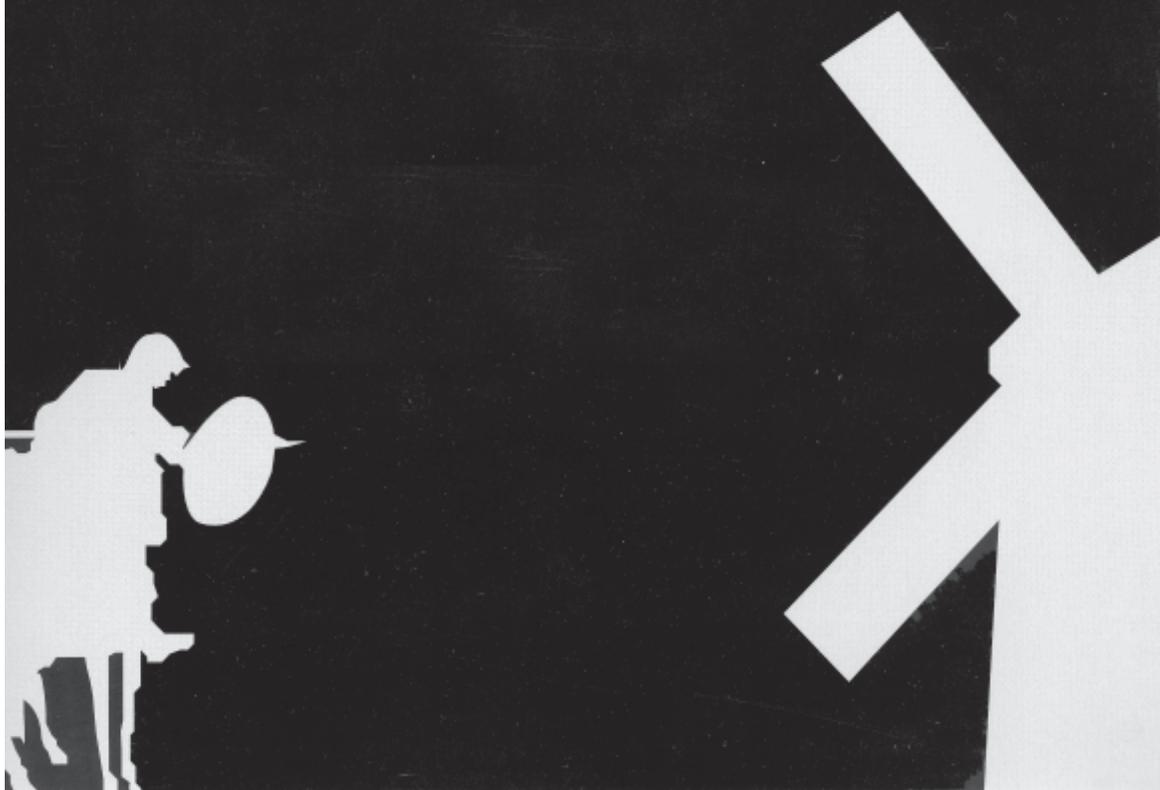
UNAMUNO, Miguel de, Vida de don Quijote y Sancho, Madrid, Renacimiento, 1913, 2ª ed. (la primera -1905- coincidió con el tercer centenario del Quijote)

UNAMUNO, Miguel de, Ensayos, Madrid, Fortanet, 1916

UNAMUNO, Filosofía. El sentimiento trágico de la vida. La agonía del cristianismo, Madrid, Akal, 1983

SAUSSURE, Ferdinand de, Curso de Lingüística General, Buenos Aires, Losada, 1974, 13ª. ed.

400 años



**Ser loco para ser cuerdo**

**Ramiro Lazo Bayas**



“No se puede hallar una obra más profunda y poderosa que el *Quijote*. Hasta el momento es la grande y última palabra de la mente humana. Es la ironía más amarga que puede expresar el hombre. Y si el mundo se acabase, y en el Más allá –en algún lugar- alguien preguntase al hombre: “Bien, ¿has comprendido tu vida, y qué has concluido?” Entonces el hombre podría, silenciosamente, entregarle el *Don Quijote*. “Estas son mis conclusiones acerca de la vida, y tú, ¿me puedes criticar por ello?” No insisto en que el hombre estuviese completamente correcto, pero...”

Fedor Dostoievski, diario de un escritor (1873-1876)

de ahí resulta la cordura o sensatez del Quijote.

El hombre no estuvo completamente correcto, y esto le hizo ser de las personas más grandes de todos los tiempos. Podríamos, incluso, sacar como conclusión que nuestras vidas están descritas en el Quijote. Tamaña pretensión. Para ello, hace falta ser locos para ser cuerdos.

Qué brillante fue Cervantes al idealizar semejante realismo de pretensión –insistimos-: ¡ser loco para ser cuerdo!

En breves palabras, y urgido por la sencillez y buen corazón de Claudio Malo, idealista sin fronteras, me veo en la obligación de poner por escrito lo que siempre ha sido una ambición: comprobar que hay determinados rasgos en los seres humanos capaces de crear locos cuerdos. Y que esa locura y cordura, al mismo tiempo, crean humanidad: reencuentran al hombre en su más íntimo ser y con su propia existencia.

A vuelo de pájaro, releo al Quijote desde los siguientes rasgos característicos de ‘su cordura’: la amistad con Sancho; la realidad diferente que les embriaga y les hace cuerdos (la qui jotización y la sanchización); la identificación con la verdad que se vincula por la palabra establecida; la apreciación transparente de la confianza total del personaje en sí mismo y en su misión y, lo utópico y lo real de la relación humana.

1. Si por cordura entendemos el buen juicio o sensatez de la persona, la cordura del Quijote pasa –entre otras razones– por el condumio de *la amistad con Sancho*.

El buen juicio de los dos, parte de la humanísima relación que Cervantes quiso establecer entrambos: toda la obra merece ser tenida en cuenta como la consecuente relación de amistad y afecto, profundidad y cercanía que se desarrolla y consolida a lo largo de sus páginas.

“En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, *tanto le dijo*, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. *Decíale*, entre otras cosas, don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura, que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della.” (I, 7)<sup>1</sup>.

Hay un punto común -y principal-que desarrolla la humana relación de amistad entre los dos: la posibilidad de vislumbrar *una realidad diferente* a la presente. En el caso del Quijote, las fantasías caballerescas emprenden una andadura con inmortalidad. En el caso de Sancho, la

gobernación de una ínsula que su amo le había prometido. El primero, quiere poner por obra todos los principios obtenidos y estudiados en sus lecturas: defensa de los pobres, débiles y oprimidos; realización de la justicia e igualdad de derechos. El segundo, el cambio de la vida cansina que llevaba en su aldea y la aceptación atrevida de un estilo de vida con posibilidades de 'llegar a ser algo'.

Del Quijote:

“Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer” (I, 2).

“Soy caballero destos que dicen las gentes que a sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entrégueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida” (II, 16).

De Sancho:

“Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza (...)” (I, 7).

“Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer e hijos y asentó por escudero de su vecino” (I, 7).

2. Otro elemento clave, descubierto a lo largo de las páginas del Quijote, es la *identificación de la persona con la verdad*. Cervantes, iguala la persona con la verdad y, en esta igualdad, revela que el medio más próximo y cercano es la palabra. Jamás el Quijote puede imaginarse que la palabra no esté unida a la verdad. No soporta la mentira. Es como si dijéramos que la propia persona lleva consigo lo íntimo, lo profundo de sí –es una misma cosa- a través de la presentación de la palabra.

“¿*Miente* delante de mí, ruin villano? – dijo don Quijote-. Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza (...); por el Dios que nos rige que os concluya y aniquile en este punto” (I, 4).

Y es *la palabra* la que convence, anima, restablece, informa, condensa experiencias y desarrolla el diálogo; hace posible elucubraciones, reúne a los más y a los menos. Es una palabra, la del Quijote -y después la de Sancho-, tan identificada en él y con él, que suena viva, alegre, apasionada, categórica y dispuesta a la teoría y a la experiencia. Tiene su fuente en la lectura.

“Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso –que eran los más del año-, *se daba a leer libros* de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda” (I, 1).

“Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello” (I, 1).

Palabra cercana y categórica:

“*Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?* (I, 17).

“*Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar*”. Así, que séale a vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que, desde aquí para delante de Dios, perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer ora me los haya hecho, o haga, o haya de hacer, persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero sin aceptar estado ni condición alguna” (I, 15).

Palabra que les hace ser uno solo: hay tanta resonancia en Sancho de lo que dice Don Quijote que la aventura continúa a pesar de la irrealidad convertida en realidad. Hay tanta idea aparecida en el Quijote a partir de lo que dice Sancho en su andadura dialogal. Los dos caminan; los dos se ilusionan mutuamente; los dos se dicen verdades; los dos se engarzan en discusiones de una o muchas realidades que acontecen; los dos se aconsejan. Los dos hacen la novela. Sin este intenso y ajetreado diálogo –palabra por palabra- no habría la obra maestra de la literatura.

“Llegó Sancho a su amo marchito y desmayado, tanto, que no podía harrear a su jumento. Cuando así le vio don Quijote, le dijo:

-Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo o venta es encantado, sin duda; (...)

-También me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para

mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados (...)

*En estos coloquios* iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

-Este es el día, ¡oh Sancho! En el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte (...) ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército (...)

-A esa cuenta, dos deben de ser –dijo Sancho- (...) (I, 18).

El diálogo entre los dos, provocado por la palabra, es lleno de ‘profundidades’: sale de lo más hondo y profundo del abismo personal para adentrarse en el abismo y profundidad del otro: lo cuerdo del uno se participa en el otro. Y además, se saborea tanto el tiempo dialógico entre los personajes: no hay prisa.

“Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. *Con esto caminaba tan despacio*, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera” (I, 2).

“-Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, (...). Así que aprieta un poco las cinchas a Rocinante,

y quédate a Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales si no volviere, puedes tú volverte a nuestra aldea, (...).

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, *comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo*, y a decille:

- Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche; (...) (I, 20).

-”Y ¿crees tú, Sancho, por ventura, que el Caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco; y su escudero, Tomé Cecial, tu compadre?

-No sé qué me diga a eso -respondió Sancho-; sólo sé que las señas que me dio de mi casa, mujer y hijos no me las podría dar otro que él mismo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa; y el tono de la habla era todo uno” (II, 16).

3. Qué interesante es notar que el ritmo dialogal entre Sancho y el Quijote, crea en el lector una cadencia interminable de actividad y sonidos: todo se hace presente y todo lleva a estar en acción. El lector no se cansa de leer y leer; sigue la atención junto al ritmo propuesto por la palabra y diálogo de los personajes. Nos vamos ‘quijotizando’ al vaivén de la ‘quijotización’ de Sancho y, por supuesto, nos vamos ‘sanchizando’ al ritmo de la ‘sanchización’ del Quijote.

“-Cada día, Sancho –dijo don Quijote-, te vas haciendo menos simple y más discreto.

- Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced –respondió Sancho-; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos; quiero decir

que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído: la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales, que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mío” (II, 12).

Este camino de ‘sanchización’ o de ‘quijotización’ es la mejor forma de autoeducarse. Se produce un crecimiento tan sistemático, que la influencia del uno se hace palpable en el otro. Parafraseando a Machado, para quien esta autoeducación brinda seguridad y confianza mutuas: “No hay nada más seguro para don Quijote que el alma ingenua, curiosa e insaciable, de su escudero. Nada hay más seguro para Sancho que el alma de su Señor”<sup>2</sup>.

Viéndose tan mal parado don Quijote, dijo a su escudero:

-Siempre, Sancho lo he oído decir: que el hacer bien a villanos es echar agua en el mar. Si yo hubiera *creído* lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho; paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.

–Así escarmentará vuestra merced –respondió Sancho- como yo soy turco (...) (I, 23).

En palabras del maestro Marco Tello: “El caballero y el escudero resultan, entonces, la imagen y su sombra, como el rucio parece también serlo del flaco Rocinante, perspectivas solidarias de un mismo sortilegio”; y cita:

“...cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza,

y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que a mí me toca, o tocare, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo”<sup>3</sup>.

Añadimos otras:

“Mirad, Sancho, -replicó Teresa-; después que os *hicistes* miembro de caballero andante habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda” (II, 5).

Cuando el Quijote se despide de Sancho, gobernador de la ínsula, le dice “Tu amigo”, (...) (II, 51)

“A la mano de Dios –dijo Sancho- ; *yo lo creo* todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco; que parece que va de medio lado, y debe ser del molimiento de la caída” (I, 8).

Y una más hermosa por su contenido, en la completa alabanza del hacerse uno, como la frase que extendió a Sancho delante de los cabreros: “porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice: que todas las cosas iguala” (I, 11):

“-No entiendo eso –replicó Sancho-; sólo entiendo que, en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templará el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sólo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.

-Nunca te he oído hablar, Sancho –dijo don Quijote-, tan elegantemente como ahora; por donde vengo a conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: 'No con quien naces, sino con quien paces'" (II, 68)

4. Una de las notas características que se reflejan en el lector al releer a Cervantes en su Quijote, es *la apreciación transparente de la confianza total del personaje en sí mismo y en su misión*. Estaba tan convencido de su misión “que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama” (I, 1). Y, tenía tanta fe en sí mismo: “Yo sé quién soy” (I, 4) y en lo que acababa de encender que llega a exclamar con mucha fe y confianza extremas para conocimiento de las generaciones que “¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiese no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?” (I, 2).

La fe en sí mismo y en su ideal o utopía se mantendrá sin variaciones: será un hombre convencido de lo que se propuso. Nunca dará el brazo a torcer a pesar de las palizas, los malos ratos, las malas interpretaciones, los encuentros desafortunados, los afortunados, las amistades y enemistades, el hambre y la sed, las malas noches y las vigiliass.

Lo grande del Quijote, a mi modo de ver, no será tanto la aventura diaria y la vida que recrea. Lo maravilloso del Quijote es y será siempre la fe en conseguir una utopía: la

capacidad de realización de algo que los demás no ven y a lo que son empujados.

¿Quién duda que el Quijote sabía lo que quería, ansiaba recorrer el mundo desde su perspectiva y orientación definidas? ¿Quién duda que el Quijote tenía buen juicio para apadrinar y poner por obra semejante ideal de humanidad?

“Nunca deja de maravillarme el hecho de que Cervantes haya encarnado en un vejestorio hidalguete de aldea, chiflado por añadidura, algo que todos llevamos dentro: la fe en algo eterno e inmutable, la fe en algo superior al individuo...<sup>4</sup>

5. Han debido pasar 400 años de la primera edición del ‘Ingenioso Hidalgo’ para poder comprender que, desde siempre, el ser humano se debatió y debate entre el interés de lo utópico y la desazón de lo real. Esto es lo que con ánimo plantea Cervantes en su Quijote. La construcción de un lugar, un ethos con características humanas, donde el ser del hombre se encuentre consigo y brinde la oportunidad de encontrar “su locura”: ser más hombre, construir humanidad.

Una de las más bellas páginas de la literatura cervantina, es y será el diálogo del Quijote con su escudero Sancho, cuando en el encuentro con los Cabreros (I, 11), éstos les invitan a sentarse a la misma mesa y compartir lo mucho o poco que tienen y, descubrir desde la sencillez de sus vidas y haceres (la realidad), la magnificencia de lo grande y justo, de lo bello y de lo más solidario que puede existir en la existencia de un hombre (el ideal).

Cuenta Cervantes lo “que en sí encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una

misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice: que todas las cosas iguala” (Ib.).

Planteada la razón final de una actuación; planteado el objetivo que cumplir, se desarrollan un sin fin de acciones que permiten llegar, por buen camino, a lo establecido. No hay razón para detenerse, como tampoco razón para no dejar de hacer las cosas que orienten la marcha y el camino por recorrer.

Precioso ideal, como idealista fue el enjuto personaje: ser una misma cosa, comer del mismo plato. Si este ejemplo destaca con notabilidad extrema el inicio, preparación y consecución de lo que el idealista pretende, no menos cierto es lo que sigue y desarrolla en boca de Sancho. El Quijote pretende algo, se arma de valor extremo, mantiene una actitud nobilísima, aborda y despacha todo lo que tiene entre sus manos, erosiona cualquier óbice que aparezca en su camino, entusiasmo al que menos, incluso a aquel que dice de él estar loco, pero le emociona y le compromete, le hace ser parte de su proyecto y sabiduría... le hace andar y caminar: le ennoblece y se ennoblece.

“¡Gran merced! –dijo Sancho-; pero sé decir a vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas como sentado a par de un emperador (...), mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertar traen consigo. Ansí que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la

caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo”.

Aterrizaje forzoso: el crear humanidad, el hacer posible el ideal exige tomar en cuenta todo lo que circunda: el más mínimo detalle es importante. Todo lo que de ideal se plantee, tiene que ser transformado en “cosas que sean de más y provecho”, al más puro estilo realista. Humanismo auténtico, sin aspavientos.

“¿Qué otra cosa significa esto, sino que el hombre (homo) se torna humano (humanus)? Pero en este caso, la humanitas sigue siendo la meta de un pensar de este tipo, porque eso es el humanismo: meditar y cuidarse de que el hombre sea humano en lugar de no-humano, ‘inhumano’, esto es, ajeno a su esencia”<sup>5</sup>.

“En cualquier caso (...) –todos los tipos de humanismo- siempre coinciden en el hecho de que la humanitas del homo humanus se determina desde la perspectiva previamente establecida de una interpretación de la naturaleza, la historia, el mundo y el fundamento del mundo, esto es, de lo ente en su totalidad”<sup>6</sup>.

No menos bella es la página de exclamación y bondad del consejero Quijote para con Sancho, su brazo derecho, al recomendarle el gobierno de la ínsula Barataria:

“Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos e impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre

como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas; y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazón; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no a la medida de lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo. No digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto.

Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y, sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como la viga, rey de las ranas: que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.

Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discreción. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas, que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia:

consuela a los presos, que esperan la brevedad de su despacho; es coco a los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo a las placeras, por la misma razón. No te muestres, aunque por ventura lo seas -lo cual yo no creo-, codicioso, mujeriego ni glotón; porque, en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por allí te darán batería, hasta derribarte en el profundo de la perdición.

Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te di por escrito antes que de aquí partieses a tu gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa que te sobrelleve los trabajos y dificultades que a cada paso a los gobernadores se les ofrecen. Escribe a tus señores y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida a los que bien le han hecho, da indicio que también lo será a Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace.

La señora duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente a tu mujer Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió no muy a cuento de mis narices; pero no fue nada, que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me defiendan.

Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste, y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto más, que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella.

Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia destos señores; pero, aunque se me da mucho, no se me da nada, pues, en fin en fin, tengo de cumplir antes con mi profesión que con su gusto, conforme a lo que suele decirse: amicus Plato, sed magis amica veritas. Dígote este latín porque me doy a entender que, después que eres gobernador, lo habrás aprendido. Y a Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.

Tu amigo,

Don Quijote de la Mancha.

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fue celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron; y luego Sancho se levantó de la mesa, y, llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y, sin dilatarlo más, quiso responder luego a su señor don Quijote, y dijo al secretario que, sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente:

Carta de Sancho Panza a don Quijote de la Mancha

La ocupación de mis negocios es tan grande que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas; y así, las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mío de mi alma, porque vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien o mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados”.

En fin, podemos concluir soportando tanta locura-cordura del Quijote.

Lo que se ha intentado reflexionar calza perfectamente en la libérrima lectura que se ha realizado. Para los eruditos, lo puntual. Para los de a pie, el sabor inmenso de saber que la locura del Quijote reviste cordura infinita para todos los seres humanos. La ‘discapacidad’ del Quijote es la mayor capacidad de mirar la vida y de asimilar humanismo por los cuatro costados de la existencia. Ya quisiéramos ser ‘tan cuerdos’ como el Quijote: la vida nos sonreiría mucho y no andaríamos perdidos por las sombras del mayor viento que impulse las velas de la existencia personal.

## **Bibliografía**

Miguel de Cervantes, Don Quijote de la Mancha I y II, Biblioteca de la Literatura Universal, editorial Sol 90, Barcelona, 2002.

Fernando Savater, El valor de educar, Ariel, Barcelona, 1998.

Miguel José Pérez, “Don Quijote-Sancho/Sancho-Don Quijote: enseñanza-aprendizaje entre el diálogo y la aventura”, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, [http://www.cervantesvirtual.com/bib\\_autor/Cervantes/](http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/Cervantes/)

Marco Tello, “Entre la divagación y el molimiento” en revista COLOQUIO, 25 (abril-junio 2005) p. 10. Hay otros títulos en este número de la revista sobre el tema de los 400 años del Quijote.

Juan Bautista Avalor-Arce, Don Quijote como forma de vida, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002, <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=7176>

Martín Heidegger, Carta sobre el humanismo, Alianza Editorial, Madrid, 2001, p. 21.

12 de julio de 2005

Santa Ana de los Ríos de Cuenca

## Notas:

<sup>1</sup> La cursiva es mía para acentuar la información que requiero. Seguiremos el texto de Miguel de Cervantes, Don Quijote de la Mancha I y II, Biblioteca de la Literatura Universal, editorial Sol 90, Barcelona, 2002.

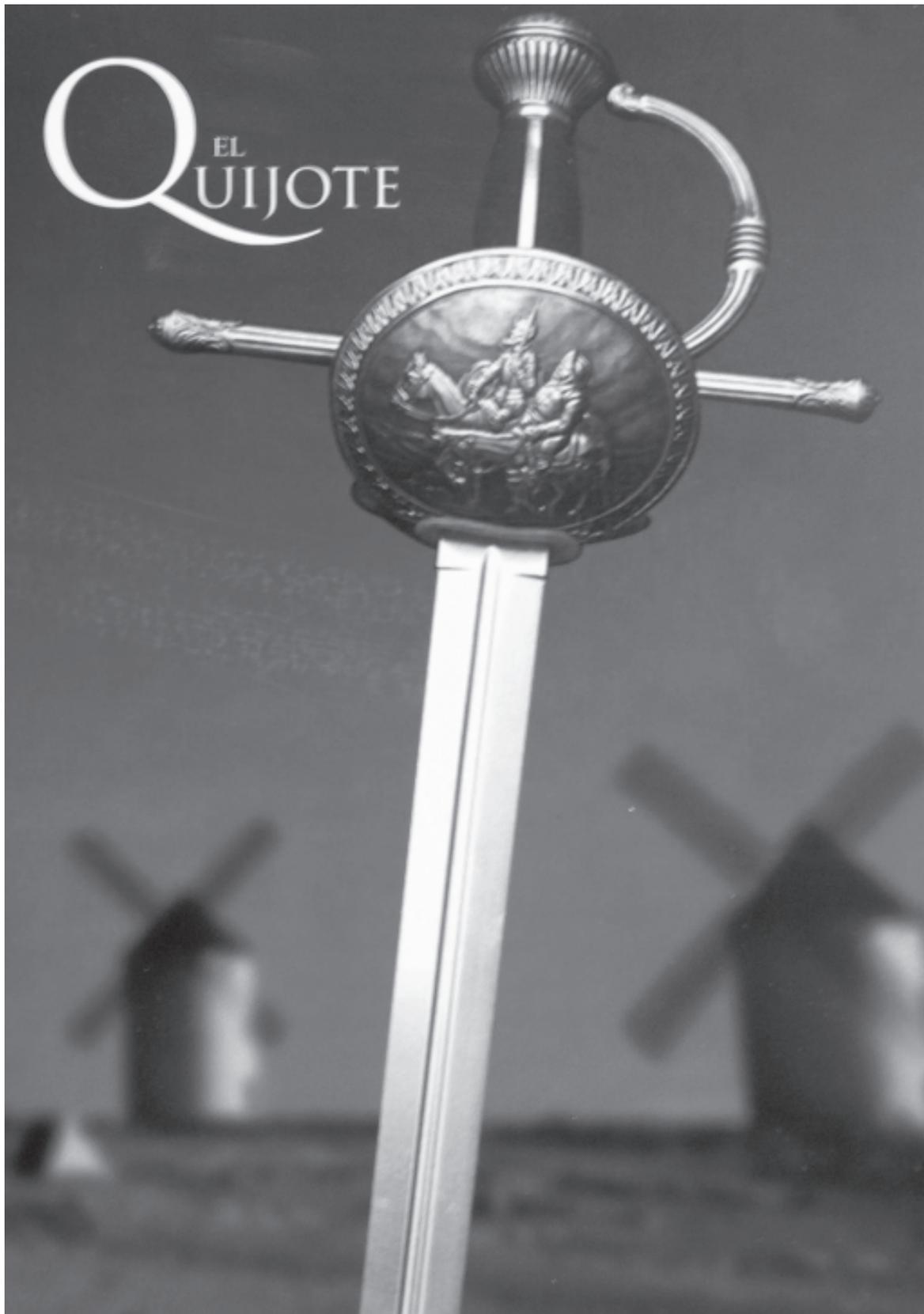
<sup>2</sup> Citado por Miguel José Pérez, “Don Quijote-Sancho/Sancho-Don Quijote: enseñanza-aprendizaje entre el diálogo y la aventura”, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, [http://www.cervantesvirtual.com/bib\\_autor/Cervantes/](http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/Cervantes/), p. 4, 1-07-05.

<sup>3</sup> Marco Tello, “Entre la divagación y el molimiento” en revista COLOQUIO, 25 (abril-junio 2005) p. 10.

<sup>4</sup> Juan Bautista Avalué-Arce, Don Quijote como forma de vida, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002, <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=7176>, 11-07-05, p. 74.

<sup>5</sup> Martín Heidegger, Carta sobre el humanismo, Alianza Editorial, Madrid, 2001, p. 21.

<sup>6</sup> Ibidem, p. 23.



**LOS CUATROCIENTOS AÑOS DE DON  
QUIJOTE**

**José Serrano González**



En realidad es poco lo que se sabe sobre la vida del autor de El Quijote, si bien los hechos salientes que conformaron el transcurso de sus días son, en su mayor parte, conocidos: Pierde el uso de su mano izquierda en la batalla de Lepanto, en la que los cristianos al mando de Don Juan de Austria, hermano bastardo de Felipe Segundo, y del Almirante Andrea Doria, triunfan sobre la flota naval de los turcos; lisiadura de su mano que ha hecho que se le conozca universalmente con el sobrenombre de el Manco de Lepanto; de regreso es hecho prisionero por piratas argelinos y al cabo de cinco años recupera la libertad contra el pago de seiscientos ducados. En España da a conocer la primera edición del Quijote, que se publicó en Madrid, en la imprenta de Juan de la Cuesta, el 16 de enero de 1605, y que le produjo a su autor muy poco dinero, permaneciendo en la pobreza hasta el día de su muerte, a pesar de que en su patria se han vendido en pocos años más de treinta mil ejemplares y que es traducida a distintos idiomas y que el libro que fue un éxito de librería desde el comienzo; interpretándolo sus primeros lectores como un libro cómico, es decir como una obra para hacer reír. ¿Por qué lo interpretaban así? Porque era, indudablemente, lo más externo que tenía el libro. Hay, ciertamente, un proceso en el espíritu de Cervantes durante la elaboración del Quijote que es paralelo al que ha ocurrido en el espíritu universal de este libro.

La elaboración del Quijote le toma a Cervantes más de diez años. La primera Parte sale en 1605, cuando el autor ya tienen cincuenta y ocho años, que era una edad avanzada en su tiempo, y la Segunda Parte sale casi diez años después, cuando Cervantes se acerca a los setenta, casi un año antes de morir, sabiendo que en esos diez años, y aún

en la Primera Parte, hay una continua profundización del tema en el ánimo del autor, y así como en su creador el tema va adquiriendo profundidad, ha ocurrido lo mismo en el transcurso de los siglos. El libro, que comenzó haciendo reír a las gentes, el libro cómico, el que servía para desatarse en carcajadas, se fue convirtiendo en una obra trágica y poética, en uno de los libros que más profundamente han calado en la condición humana.

Cervantes empezó escribiendo el Quijote como una novela corta. Por la época en que lo comienza estaba escribiendo aquellas novelas cortas que se llamarán luego Novelas Ejemplares. Si se lee con atención la Primera Parte del Quijote se puede caer en la cuenta de cómo en el camino el autor cambió de intención, una novela corta que debía parecerse, probablemente, a otra en que figura un loco, que se llama El Licenciado Vidriera, pero poco a poco, como ocurre en las creaciones verdaderamente geniales, el personaje se le fue imponiendo, se le fue creciendo; le fue pidiendo, le fue exigiendo, le fue planteando nuevos problemas y la narración corta se convirtió insensiblemente en una novela larga, y la Primera Parte requirió una Segunda todavía más extensa y profunda, que se publica diez años después.

Este proceso de profundización es el resultado de cómo Cervantes descubre las posibilidades de su personaje. Don Quijote aparece al comienzo como un maniático, como un viejo mentecato, que vive en una aldea de la época de Felipe II; un hidalgo al que le da por leer libros de caballería, que eran los que narraban las aventuras fabulosas de los caballeros andantes, y leyéndolos, a aquel viejo enfermizo y enclenque, se le ocurre un anacronismo, es decir salir vestido de caballero andante a repetir en el mundo de Felipe II las hazañas que los libros de caballería situaban en la fabulosa época de los Amadises de Gaula y de la legendaria Corte del Rey Arturo. Este es un recurso cómico muy usual, el recurso

de lo anacrónico, el hombre que en una época posterior y cambiada quiere resucitar costumbres o maneras de épocas ya pasadas y definitivamente muertas. Cervantes parte de un recurso cómico sencillo, pero este truco se va enriqueciendo y va a convertirse en otra cosa, que es lo que ha hecho del Quijote lo que es.

Asimismo, como en el ánimo de Cervantes, a medida que adelanta en la escritura del Quijote, va cambiando la calidad del personaje, así ha pasado en las distintas épocas. Los más de los contemporáneos de Cervantes no vieron sino un libro cómico, pero cada época posterior ha ido viendo en él otra cosa: una imagen de sus propias preocupaciones, y así el Quijote ha sido uno de los libros más inagotables que el hombre haya conocido nunca.

Cada siglo ha encontrado en él una imagen de sus propios temas, de sus propios valores, de sus propias maneras de entender al hombre.

En la primera edición no había ninguna representación gráfica de los personajes. Cervantes los describe, pero la edición salió sin ilustraciones. A Don Quijote lo presenta como un hombre viejo, endeble, flaco, huesudo, y el otro personaje, que es Sancho, era un labrador rechoncho, comilón, contrapuesto a él en todo sentido.

Según conocemos la primera y más antigua representación gráfica no es española sino inglesa, y se publicó en una edición del año 1618, hecha en Londres. Esto es realmente importante porque muy pocos personajes literarios han sido más representados gráficamente que Don Quijote y Sancho. Y en la primera vez que un artista representa a Don Quijote y Sancho, su figuración no se parece a la que nosotros tenemos por más familiar. En ella, Rocinante, parece un caballo normal, no el penco en forma de arpa que estamos acostumbrados a ver en las

representaciones más modernas. Don Quijote mismo se ve como un hombre vigoroso, y Sancho no hace tan grande contraste, en lo físico, con su señor. Esta primera representación no capta lo que nosotros vemos hoy en los dos personajes. Pero esa imagen va a cambiar con el tiempo.

¿Cómo era y quién era Don Quijote? Cervantes lo sitúa: “En un lugar de la Mancha”, “no ha mucho tiempo”. Quiere decir que era un hidalgo contemporáneo suyo, un hombre que llegó probablemente a los postrimeros años del reinado de Felipe II.

¿Y qué era un hidalgo? Un hidalgo pertenecía a la clase más moderna de la nobleza. En la época de Felipe II había muchos hidalgos en España, habían proliferado y era una clase que representaba una contradicción dramática. Eran gentes que aspiraban a vivir como nobles, porque eran hidalgos y se tenían por tales, pero no tenían los medios económicos para hacerlo. De modo que por definición, el hidalgo era un ser lleno de arrogancia, de orgullo, de prejuicios nobiliarios y de hambre y de necesidad, generalmente ocultos con vergüenza. Este contraste entre lo que se aparentaba ser y lo que en realidad se era, entre la necesidad de trabajar y la imposibilidad de hacerlo, puesto que un noble no podría trabajar, hacían de la casta de los hidalgos un caso de parasitismo social tragicómico muy abundante en esa época española.

Don Quijote es un hidalgo, y de los hidalgos más pobres. Un hidalgo viejo que vive en una aldea y que tiene todos los prejuicios de su casta. Este hidalgo resuelve resucitar la Orden de Caballería. Se busca unas viejas armas y sale a los caminos españoles, a las ventas, a las gentes que poblaban esa España, gente de todas las clases, porque él va a encontrarse con arrieros, con venteros, con duques, con mozas del partido, con gente noble y con gente ruin, con ladrones, con gendarmes, con cómicos. Todo el mundo

español de su tiempo va a desfilarse ante este hombre, y en contacto con él van a revelar mucho de su naturaleza profunda. Sancho, en cambio, el otro personaje, es la antítesis. Es un hijo del pueblo, un labrador, un hombre de mentalidad sana, con muy buen sentido, apegado al suelo, que está viendo constantemente las realidades, incluso en su forma inmediata y llana, y hay siempre una contraposición, que es la constante del libro, entre estos dos personajes: Don Quijote, que no ve sino lo que está en su cabeza, y Sancho, que no puede ver sino lo que está ante sus ojos.

Sin embargo, esta contraposición no es tan absoluta, porque si no sería demasiado simple el juego de los dos personajes. Lo que ocurre es que, poco a poco, Don Quijote va entrando en las razones de Sancho y, lo que es más admirable aún, poco a poco Sancho se va quiijotizando, y hay un punto en el que Sancho ya está enteramente absorbido y metido con su burro, su gran panza y sus necesidades de hombre elemental, dentro de la fragilísima estructura del mundo quiijotesco.

Esta visión de contrapunto de los dos personajes, tan rica en posibilidades, se va desarrollando en las interpretaciones sucesivas que los hombres han ido haciendo del libro, porque en él está todo, sólo que cada quien ve lo que puede y cada época, a su vez, encuentra lo que puede, es decir, las épocas que han tratado de encontrar en el hombre contradicciones y riqueza de contrastes, han encontrado allí un material muy rico para expresar este fenómeno.

Esta evolución del personaje que pasa por distintas épocas se va acentuando a medida que se acerca a nosotros y en el transcurso de los tiempos a veces se hacen representaciones que en realidad ni penetran ni tocan lo profundo del libro.

Lo profundo del libro para nosotros, hoy, reside en el contraste. ¿Qué ocurre?, ¿qué hace Don Quijote? Don Quijote se decide por realizar algo insólito: resucitar la Caballería Andante. Es cómico, no hay duda, el que un hombre viejo, enfermo, enclenque, en un mal caballo, se ponga una armadura anticuada, enarbole una lanza y se proclame representante de algo que existió siglos antes y que desapareció, que eran los caballeros andantes. Eso es cómico y hace reír y las gentes que lo encontraban le veían como una figura grotesca que provocaba risa. Pero ¿qué hay en el fondo de todo esto? En el fondo hay otra cosa que quienes por primera vez lo van a ver son los románticos, que es el espíritu del contraste.

Pero ¿qué se propone Don Quijote? Realmente es un acto heroico. Alguien definió el heroísmo como la vocación de lo imposible, lo que parece irrealizable o lo que es realmente irrealizable. Don Quijote se propone resucitar la Caballería Andante, y la Caballería Andante tenía un propósito que él afirma constantemente, que es hacer justicia. Lo heroico y lo cómico andan juntos y en el Quijote siempre se está como sobre el filo de un cuchillo entre lo heroico y lo cómico.

Siempre existe lo que más tarde los románticos llamarán el conflicto entre la poesía y la realidad. Este es, precisamente, uno de los aspectos más importantes del libro, porque todo él gira en torno a un tema básico. Don Quijote es un hombre que está lleno de poesía, pleno de imágenes que están en su mente y que no están en el mundo real que le rodea. La confrontación de lo que él mira, de lo que él siente, con lo que él halla y tropieza es el conflicto de la poesía y la realidad.

El caballero andante era el hombre que se consagraba a hacer justicia, “a enderezar entuertos”, decían ellos, es decir, a enderezar lo que está torcido, a proteger a los débiles,

a oponerse al atropello de los poderosos, a darle a cada uno su bien y su justicia. Y ésa es una misión desesperada en un mundo como aquel en que le toca vivir a Don Quijote, al comienzo de la decadencia española. Allí sale este hombre con medios desproporcionadamente pequeños; con su pobre caballo, su rota lanza y su mala armadura a poner justicia en el mundo. Visto así, ya no nos podemos reír del personaje; ya el personaje empieza a tomar para nosotros un tinte heroico. Don Quijote es un héroe, un ser que se consagra a algo que está más allá de las posibilidades de cualquier ser humano. Se consagra a hacer que reine la justicia, a proteger a los que no la tienen y a restaurar lo que debe ser el orden ideal del mundo, y eso es heroico y grandioso.

Cervantes en su inmortal libro nos manifiesta como la grandeza espiritual se pone por encima de la limitación material. Este es, precisamente, uno de los aspectos más importantes del libro, porque todo él gira en torno a un tema básico que es lo que llamaron los románticos más tarde “poesía” y “realidad”. Don Quijote es un hombre que está lleno de poesía, pleno de imágenes que están en su mente y que no están en el mundo real que le rodea. La confrontación de lo que él mira, de lo que él siente, con lo que él halla y tropieza es el conflicto de la poesía y la realidad. Este conflicto en Don Quijote se complica con otra cosa que constantemente ocurre y es el escamoteo de la realidad, porque no es que Don Quijote constantemente tome la realidad por otra cosa, no es que él llegue a la venta y crea que es castillo y se encuentre con un arriero o con un ventero y crea que es un conde o un duque, y se halle con una moza del partido y crea que es una nobilísima doncella, sino que hay un momento en que el poder de la poesía, y ese ha sido siempre el poder de la poesía en todas las ocasiones, transmuta y cambia la esencia y la sustancia de las cosas porque uno de los poderes más grandes que el hombre tiene, un poder que casi es sobrehumano, es el poder de nombrar,

el poder de la palabra, y los hombres al nombrar, al ponerle nombre a las cosas hacen casi un acto divino, es decir, logran, en cierta manera, cambiar, transmutar la naturaleza de la cosa en la imagen intelectual que el hombre crea.

Don Quijote ejerce constantemente ese don de poeta, y llega un momento en que la realidad misma desaparece y entonces todo el libro está girando en torno a un cierto número de apariencias de las que, finalmente, no llegamos nosotros a saber la cuál es la cierta.

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que es Cervantes el primero que crea los términos de la novela moderna, y los crea partiendo de un hecho genial, es decir, sacando el personaje del autor e independizándolo. Nunca nos dice que Don Quijote es loco o no es loco, él no sabe, porque nosotros tampoco sabemos nunca quién es loco y quién no lo es. Juzgamos a los hombres por sus palabras y por sus acciones, y las palabras y las acciones son muchas veces contradictorias.

Cervantes constantemente da la impresión de estar vacilando entre los momentos en que Don Quijote dice cosas que le producen admiración y los momentos en que dice mentecateces que le provocan risa, pero él no llega finalmente a saber nunca si es un loco o es un hombre de una inteligencia extraordinaria, que ve las cosas desde otro ángulo distinto. A tanto llega esto que lo independiza del autor, hasta el punto que el mismo autor no sabe ni siquiera cómo se llamó el personaje. Al comienzo dice que se llamaba Quijada, Quijano o Quezada, y, en la Segunda Parte, llega a más, y es que Don Quijote llega a tener noticias de que andan por allí unos libros que hablan de él, lo cual no es otra cosa que liberar totalmente al personaje de la obra en que vive y del autor que lo retrata.

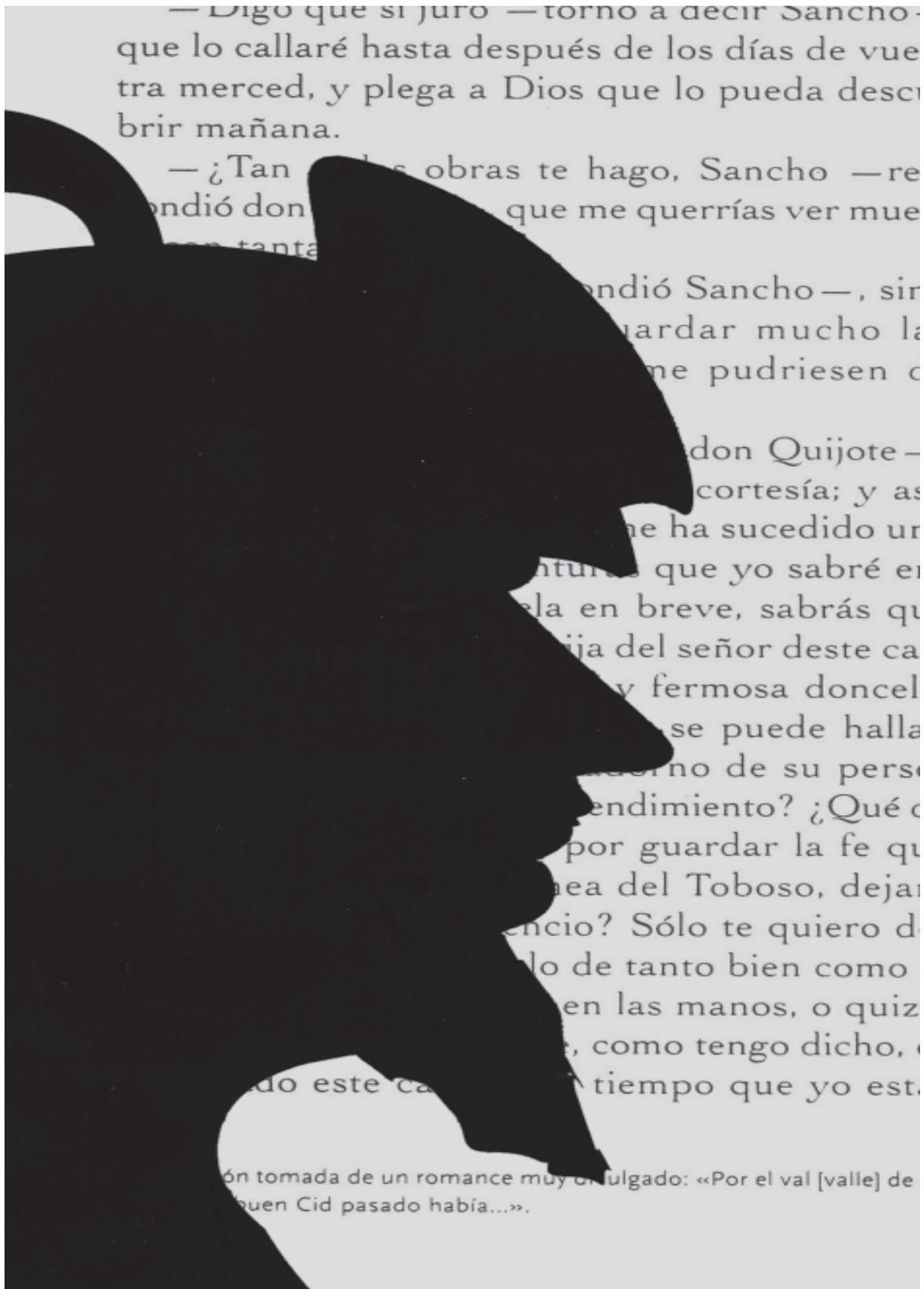
Al final Don Quijote, termina trágicamente. Termina trágicamente, porque Don Quijote se hace cuerdo, es decir, empieza a perder la poesía y a transformarse en la realidad de los demás. Llega a ser, no ya Don Quijote, sino, con la certidumbre del nombre, Alonso Quijano, el Bueno, porque después se convence que ha fracasado y de que por su obra la justicia no va a poder reinar en el mundo; no le queda a este caballero, a este hidalgo, a este héroe sino el consuelo de saber que ha sido bueno, y dice: “Yo soy Alonso Quijano, el Bueno”. Y con esa palabra, con esa exaltación de la bondad fundamental, que es la materia prima de lo poético, termina la obra monumental que Cervantes le regaló a la humanidad de todos los tiempos.

Concluamos manifestando que Herman Hesse, sostenía que el Quijote es uno de los libros más grandiosos y encantadores de todos los tiempos. La altura de Homero, transpuesta a los libros de caballería. Como Shakespeare, Cervantes transmite el sabor de la vida misma. Abarca el mundo del sueño, de la sinrazón, del inconformismo heroico y la evidencia de lo cotidiano.

Madre de novelas y prototipo de síntesis del alma del hombre de nuestra cultura; nostalgia de lo heroico y caídas y recaídas en la mera existencia.

Algún escritor decía que los españoles y los iberoamericanos deberíamos llamarnos “la familia de Cervantes”. Tanto se identificó el Quijote con nuestro ser (o con nuestra nostalgia de querer ser).





## **El mito: una renovada dimensión para la lectura de El Quijote**

**María Eugenia Moscoso C.**



–Desde un sentido convencional- el mito se concibe bien como una tradición, o bien como una narración que intenta explicar el antiguo orden del universo y la ubicación del hombre en el mundo, sus interrelaciones, la naturaleza de la sociedad, y el significado de los acontecimientos que en ella se producen. El mito pretende explicar los orígenes del mundo, del hombre, de las plantas, de los animales, de todo lo que nace y vive, de lo sexuado, de aquello que se organiza, crece, muere, pero vuelve y continúa. Narra una historia sagrada, un acontecimiento acaecido en un tiempo fabuloso desde su inicio; narra el proceso creativo merced a las hazañas de los seres sobrenaturales. Las raíces del mito intentan explicar el misterio de la existencia, puesto que dentro de la conciencia mítica todo debió haber tenido un origen. La imaginación podrá descifrar dicho origen pese a haber sido encubierto por el misterio y por el tiempo.

El mito es esa categoría sagrada que resiste al tiempo y lo supera, es esa fuerza mágica transmitida de generación en generación, representada por variados rituales. Los actos humanos adquieren valor a partir de su propia repetición, su origen es otro primitivo y paradigmático acto efectuado por alguien, un dios, un héroe mítico o un antepasado. Este acto primario es el que se denomina *arquetipo*, el cual sirvió de modelo al mundo civilizado circundante y es el que se repetirá a manera de rito simbólico. Así por ejemplo, se repite siempre el momento de la Cosmogonía o Acto Divino de la Creación cada vez que se establece una nueva edificación, una conquista territorial, o la ocupación de un espacio vital, por lo que el caos queda transformado y consagrado en Cosmos por efecto del ritual. La repetición deliberada es la que le otorga al hecho carácter de realidad y de significación.

A través de la concepción mítica, el hombre intenta explicar –ante su conciencia- al mundo, a los otros hombres, a la vida misma, ya no desde la común perspectiva del conocimiento y de la experiencia, sino asumiendo el gran ingrediente de la imaginación. El mito, entonces, se constituye en el camino de la verdad, de su propia verdad. Hoy, cuando transitamos por renovados senderos del conocimiento y de nuevas cosmovisiones, se confronta una nueva dimensión de análisis del mito, esto es aquella que ha de marcar el campo de la antropología.

El mito no es una explicación destinada a satisfacer una inquietud científica, es más bien un relato que responde a una profunda necesidad religiosa, a unas aspiraciones morales, a acciones e imperativos de orden social o a determinadas exigencias de carácter pragmático. El mito se traduce en una realidad viviente a la que se recurre, expresa y codifica las creencias, salvaguarda los principios morales, garantiza la eficacia de las ceremonias rituales y ofrece reglas prácticas para el uso del hombre en atención a la tesis sostenida por Bronislaw Malinowski. Los mitos primitivos brotaron de la imaginación que el hombre desarrolló en torno a los aspectos fundamentales de la vida: el nacimiento, el amor, la muerte, la paternidad o maternidad, la virginidad, etc. Este fenómeno complejo es una narración que describe y relata en lenguaje simbólico, el origen de los elementos y supuestos históricos básicos, y en esta función informativa-explicativa encontramos su necesidad fundamental.

La proyección mítica se traduce en la historia de aquellos acontecimientos que no tienen fin, que se repiten y permiten abreviar la distancia temporal, por ello la temporalidad de los acontecimientos interesa muy poco frente a la repetición perenne de los mismos. Por su propio carácter conserva hasta hoy profunda vitalidad y presencia, porque aborda aquellos problemas existenciales, morales y sociales que afligen al hombre, y por ello, él los continúa creando.

El mito se presenta ilimitado en su desarrollo y posibilita una dimensión de amplia cobertura: destaca los modelos ejemplares de todos los ritos y actividades humanas significativas. Al revivirlos religiosamente, se revela como una verdad o un hecho real de origen sobrenatural, significativo y real, según Mircea Eliade, no explica solamente por qué el hombre y el mundo son como se perciben. Aplaca o propicia los poderes sobrehumanos, permite el desarrollo de la cultura, comprende el sentido de las derrotas, de las victorias, de la muerte, del nacimiento, para enfrentar la fortuna o la miseria de la vida. Por ello existen infinidad de mitos que responden a una diversidad de interrogantes. El mito intemporal y perpetuo satisface la necesidad del hombre en torno a su pasado y a su presente, al vivir en armonía con su naturaleza mediante las directrices, apoyo y seguridad que le provee. Contienen esa porción lúdica que extirpa del mundo su aspecto doloroso, insufrible o anodino.

Se entiende por ritual la imitación de un modelo divino, traducido en un arquetipo que los dioses procuraron desde el principio del mundo. Esta última afirmación es una teoría que persiste en las culturas primitivas y evolucionadas y que resulta de la herencia de sus antepasados. Son acciones repetidas incesablemente, como por ejemplo los actos religiosos, matrimonio, liturgias, etc. Para los primitivos cualquier acción humana repite un hecho acaecido en el comienzo de los tiempos, y por tanto, el hombre repite, permanentemente, el Acto de la Creación.

Mediante una narración ceremonial del mito o la consumación de su ritual es posible conocer el 'origen' de las cosas y en consecuencia, se las domina y manipula a gusto. El mito sigue al ritual únicamente, en cuanto a su fórmula, pero en cuanto a su contenido es arcaico y se refiere a sacramentos: actos que presuponen una realidad absoluta, extraordinaria. Todo sacrificio repite el rito inicial y coincide

con él por la paradoja del rito: el tiempo profano y la duración quedan suspendidas. Los rituales entre los pueblos deben sus diferencias a que pertenecen a capas históricas o ahistóricas, es decir civilizadas o primitivas.

Todos los actos importantes de la vida corriente han sido revelados *ab origine* por dioses o héroes. Los hombres repiten infinitamente esas acciones ejemplares y paradigmáticas. Así, en las culturas primitivas se identifica el simbolismo de los precedentes míticos para ser introducidos a través del tiempo por las costumbre de los antepasados.

El sufrimiento constituye una de las dimensiones importantes del mito, está determinado por la falta a una norma, no es absurdo y, por esta razón se vuelve coherente y llevadero. Los dolores variarán en todas partes, lo único común es que su causa se la encontrará siempre. El acontecimiento cíclico reaparece: vida, muerte, dicha, sufrimiento, cualquiera de los elementos en sí mismo lograrán la reivindicación y salvación del individuo.

En esta proyección en torno al mito, Mircea Eliade en su estudio ya citado,<sup>1</sup> sostiene que existen otras formas de rituales como son el matrimonio, las regenera y en la repetición se sustenta el mito del eterno retorno.

### **El Quijote y Sancho Panza: por los caminos del mito.**

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme,  
no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero,  
adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”<sup>2</sup>

De conformidad con lo ya anotado, el mito se traduce en el cauce apropiado para explicar la esencia del Quijote – extraordinario personaje de la literatura y paradigma de hombres y de destinos- como una acertada manera para consignar sus peripecias, sus andanzas, sus salidas, su trayectoria, su cosmovisión.

Cuando Cervantes concibió a los personajes de la más grande novela en lengua español, de todos los tiempos: don Quijote y Sancho Panza, logró la creación de unos caracteres de tal naturaleza que con ellos llegó a la determinación de lo que habrían de ser sus héroes míticos. El quijotismo y el sancho-pancismo alcanzaron un sentido tan humano como universal, dignos de recreación general y de estudios particularizados. Con la identificación de este mito, Cervantes estableció los significados espirituales que delimitaron la realización e intención que, en su momento, engrandecieron al Ulises en la epopeya homérica, al Hamlet en el drama shakesperiano, al Dr. Fausto de Goethe, al Don Juan de Tirso de Molina, a la Trotaconventos del Arcipreste de Hita y a otros grandes de la literatura de todos los tiempos. Miguel de Unamuno fue uno de los escritores de la generación del 98 española que más se ha adentrado en el mito quijotesco estableciendo una entrada oportuna desde la dimensión histórica de la España de la época. Estas grandes creaciones facultaron que los lectores de las distintas épocas contaran con un punto de referencia en el ámbito de la literatura o de la cultura, a fin de lograr la reconstrucción de un mito tan trascendente que les permitiera asumir las características necesarias para la configuración de su identidad. No obstante, cabe aclarar que el alcance mítico del Quijote y de Sancho Panza y en menor medida de otros personajes como clérigos, licenciados, estudiantes, doncellas, igualmente insertos en la narración, ha requerido más de tres siglos para estructurarse como tal. Los personajes cervantinos con sus específicos problemas constituyeron -en su incomparable

transitoriedad histórica- materia indispensable para configurar –de alguna manera- el gran mito del Quijote como “caballero andante” o más conocido como “el caballero de la triste figura.” Se entendieron en su inicio como figuras producto de una ficción insólita que no contaron en su momento con sustento alguno como para poder dimensionar debidamente tan tremenda creación poética. Al alcanzar el Quijote la valoración de un mito, lo portentoso se identifica con lo sagrado, y se ha llegado, por tanto, a apreciar en el Quijote algo como un misterio, como sostiene Francisco Ayala “con su culto, sus exégetas, interpretaciones esotéricas, ministros y sectarios”<sup>3</sup>

La obra cervantina se destaca por asumir caracteres míticos desde la sátira literaria: la sátira de los libros de caballería –de actualidad en aquella época pero simultáneamente satanizados- y, por destacar, consecuentemente, la locura del héroe. El sufrimiento o lo patológico como un sustento del mito, permiten, en ese punto, una proyección cíclica del héroe: salida, regreso, dicha, sufrimiento, encantamiento, etc. y, por tanto, la confirmación del eterno retorno, punto focal que permita desarrollar la dimensión mítica en el Quijote. Según Martín de Riquer:<sup>4</sup> “Don Quijote, hidalgo de aldea, así que enloquece se cree de absoluta buena fe que es caballero... Don Quijote está convencido de que todo cuanto había leído en los libros de caballería es verdad histórica...Don Quijote cree que en su época...era posible resucitar la vida caballeresca de antaño y mantener los ideales medievales de justicia y equidad.” Hasta aquí la tradición y los presupuestos míticos confirman, una vez más este importante fundamento en el héroe y en su mundo.

La novela de Cervantes, parodia la vida del caballero andante, ratifica que los libros de caballería son narraciones que tienen como protagonista al caballero andante y cuyas acciones alcanzan el nivel de hazañas, insertas en su

perspectiva ficcional. Destacamos otro punto de enlace con la conciencia mítica de la novela, de sus personajes y de sus acciones.

El Quijote es un caballero andante, seguidor de los libros de caballería -derivados de la épica medieval que exaltaba a los héroes nacionales- defensor de su lengua por sobre todo y en esto se produce una de las grandes contradicciones con su escudero, rudo y vulgar en el hablar, tosco e inculto en el proceder, aspecto importante de enlace con el desarrollo del mito. El Quijote hace alarde de su oratoria en los discursos sobre la Edad de Oro, sobre las Armas y las Letras<sup>5</sup> y en la respuesta que éste ofrece a la autoridad religiosa en el Palacio de los Duques. No hay duda de que el Quijote incorpora profunda dosis de ironía y pretende mofarse de los grandes temas y de las notables personalidades de la época y, peor aún, de su propio escudero. Así apostrofa: “Ahora te digo, Sanchuelo que eres el mayor bellacuelo que hay en España.”. Al parodiar los libros de caballería – pervivencia del heroísmo novelesco medieval- no deja de burlarse de su lengua arcaizante y engrandecida. El estilo de Alonso Quijano permite entrever, con extrema certeza, que se constituye en un texto logrado por la inspiración cervantina para el entretenimiento y la recreación. Por ello Cervantes sostiene en su novela: “...le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante...”<sup>6</sup>

Un nuevo contrapunto que se genera en torno a los libros de caballería es aquel que atiende a los ataques y censuras de moralistas, de filósofos, procuradores en Corte y de autores encumbrados de la época, que desacreditaron, insistentemente el valor de los libros de caballería por creerlos como producto de personas ociosas y desocupadas y opuestos a la verdad y a la historia e incitadores de la sensualidad, del mal y del vicio, otro aspecto que redimensiona la capacidad mítica del texto cervantino. No

obstante, los libros de caballería seguirían siendo leídos con fruición y avidez.

En la concepción del mito del caballero andante, sometido a su locura, el autor no permite que su cordura se agote del todo y más bien, la intermitencia de su lucidez es constante, aflora con vehemencia en su expresión y en más de una ocasión parece encontrarse, tan solo, adormecida. Quizá, la mejor ilustración de su locura se expresa en la transfiguración que sufren los molinos de viento al asumir la condición de gigantes.<sup>7</sup>

Según Menéndez Pelayo, la configuración del héroe adolece de una profunda debilidad en la medida en que el personaje desvaría e imagina ser, en cada ocasión, un personaje diferente: el Valdovinos del romance del marqués de Mantúa, el Abencerraje que cuenta sus amores al alcaide de Antequera.<sup>8</sup> Vacilación en la mente de su autor, más no en la personalidad del caballero que va adoptando fuerza y vigor hasta constituirse en el caballero andante.

Las contradicciones entre los personajes de la acción novelesca se presentan de manera reiterada en el texto cervantino. En este punto es coincidente la alusión de Claude Lévi-Strauss cuando analiza “la concepción del héroe como un mediador entre proposiciones contradictorias.”<sup>9</sup> En estos términos se rescata un principio en torno a la “philosophie sauvage”, como una versión hegelianizada. Si este presupuesto lo queremos aplicar al Quijote, no falseamos el camino. El personaje protagónico de Cervantes si alcanza – con creces- la categoría de héroe y hasta ahí, el presupuesto mítico que sustenta a este personaje de la literatura. Ahora bien, no es un héroe aislado que ratifica su misión. Tan solo por su trayectoria, su valor se refuerza en atención a la confrontación natural que orienta al caballero de frente a su escudero. Don Quijote es caballero valiente e idealista.

Sancho Panza -el fiel escudero seguidor de su amo y señor-bellaco positivo y cobarde. Contrasta con él, entre otras cosas, porque estropea el idioma de Castilla y al querer mejorar su hablar es corregido por su amo, generando su enojo. Sancho acostumbra incorporar en su lenguaje un sinnúmero de dichos, refranes y frases hechas caracterizando a su hablar con un colorido singular. Sancho Panza es una transposición de Don Quijote en un estilo diferente. Justamente, en este paralelismo reiterado que se desarrolla en la extraordinaria novela de Cervantes, radica su mayor brillantez, como también se registra en otras grandes obras de la literatura, sobre todo en el teatro de Shakespeare. Pero las líneas de sus respectivos destinos – paralelamente- se atraen por mutua empatía: al parecer, la estrella del Quijote irradia sobre Sancho Panza y, la de éste sobre aquél.

Ya hemos sostenido que la obra cervantina está diseñada en función de las contradicciones de las dos figuras protagónicas que se presentan con absoluta dialéctica. Don Quijote es un hombre de razón y pensamiento; Sancho es un empírico, de sabiduría espontánea. El Quijote es espiritual y cifra su valor en el valor de su amada, Sancho empeña sus esfuerzos en el interés material por el gobierno de la ínsula Barataria. Surge una tríada importante: el Quijote cree en Dulcinea y por ella cobra fe en sí mismo, en tanto que Sancho cree en el Quijote y por él cree en su ínsula. La actitud de don Quijote frente a su propio destino es de duda secreta y de vencimiento frente a su recia voluntad y a su renovada imaginación, en tanto que la actitud del escudero Sancho frente a la personalidad trascendente de su amo es de credulidad y de incredulidad. “Don Quijote –según Schopenhauer- expresa alegóricamente la vida del hombre que no se contenta, como los otros, de perseguir su propia felicidad, pero quiere alcanzar un objetivo, un ideal...”<sup>10</sup>

El caballero andante no podía –en atención a lo establecido en los libros de caballería y superando su lucha interior entre la duda y la fe- prescindir de una mujer que sea la depositaria de sus amores, de su entusiasmo, de sus atenciones y desvelos. Debía ser ella, la encarnación de todos los valores a los que puede entregarse un caballero. En la concepción de este ser ideal, Don Quijote crea el mito de un personaje que viva en la memoria de los seres humanos y con ella conseguir su fama, su honor como lo expresara en su primer capítulo: “...le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante...”<sup>11</sup> Es así como, da rienda suelta a su imaginación y concibe al personaje que sería su compañera: “una Dulcinea, perfecta e impecable, digna de su sacrificio”<sup>12</sup> La configuración que Cervantes hiciera del mito de la Dulcinea –Aldonza Lorenzo- contempla la seguridad de que ella viviera en la memoria de los hombres, por su buen nombre, por su fama, por sus bienes y por su honor que engrandecieron su figura.

El Quijote al culminar la segunda parte de esta extraordinaria novela de caballería, llegará al ocaso del héroe como dice Madariaga: “Como las cosas humanas no son eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin...” La tristeza del héroe marca el final del texto, pero se consigna incluso desde sus primeras páginas: “Cuéntase, pues, que apenas hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad,...siento la ausencia de Sancho, pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste.”

Según Scheling, “Don Quijote y Sancho Panza se han vuelto personajes mitológicos a los ojos de todo el universo”.<sup>13</sup> “Ahora Don Quijote y Sancho Panza se elevan, no como meros representantes de determinadas cualidades y defectos españoles, sino también como mitos universales modernos,

como símbolos máximos y eternos de lo ideal y de lo real, de lo poético y de lo prosaico, de lo espiritual y de lo material... ”<sup>14</sup>

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha es un texto que confronta distintos estilos, orientaciones y puntos de vista por sus acciones, por sus personajes, por sus intereses: es pastoril cuando relata los amores de sus personajes, los pastores Grisóstomo y Marcela; asume características moriscas cuando el desarrollo de las aventuras del Cautivo; es picaresca, cuando se narra la acción de los galeotes; asume condiciones de novela ejemplar al estilo italiano en la interpolación de la novela “El curioso Impertinente”. Desde esta múltiple perspectiva se juega con la duplicidad de lo real y de lo ideal, de lo unilateral y de lo universal, de la restricción frente a la libertad, de la dialéctica que faculta un universo renovado a la manera de un verdadero juego de espejos. El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha es una obra universal, es un texto atemporal, es una novela que pervivirá por los siglos de los siglos en la memoria de los pueblos, obra en la cual el mito se constituye en el punto de atracción, en la cautivante razón de confirmar su supervivencia por sobre el tiempo y el espacio.

## Notas:

<sup>1</sup> Eliade, Mircea. El Mito del Eterno Retorno, Editorial Emecé, Buenos Aires, 1952.

<sup>2</sup> De Cervantes, Miguel, El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, Editorial Planeta, Madrid, 1990, pág. 31.

<sup>3</sup> Ayala, Francisco, La invención del Quijote, Alfaguara, Bogotá, 2005, pág. XXXIV.

<sup>4</sup> Ricquer, Martín, Cervantes y el Quijote, Introducción a Don Quijote de la Mancha, Bogotá, Alfaguara, 2005, p. LX)

<sup>5</sup> El Quijote, op. cit., Cap. XXXVIII, pág. 410.

<sup>6</sup> El Quijote, op. cit., Cap. 1, pág. 36.

<sup>7</sup> Ídem, Cap. VIII, pág. 89.

<sup>8</sup> Ídem, Cap. V, pág. 63.

<sup>9</sup> Girard, René, Literatura, mimesis y antropología, Editorial Gedisa, Barcelona, 1997, pág. 182.

<sup>10</sup> Rodríguez, Antonio y varios, El Quijote visto por grandes escritores, Secretaría de Educación, México, 1947. pág. 91.

<sup>11</sup> El Quijote, Cap. I, pág 36.

<sup>12</sup> De Madariaga, Salvador, Guía del lector del “Quijote”, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1943, p.140.

<sup>13</sup> Ídem, pág. 91.

<sup>14</sup> De Unamuno, Miguel, Vida de Don Quijote y Sancho, Cátedra, Madrid, 2004, p.45.

## **BIBLIOGRAFÍA**

ALCALÁ ZAMORA, Niceto, El pensamiento de “El Quijote”, Editorial Kraft, Buenos Aires, 1947.

AYALA, Francisco, La invención del Quijote, Alfaguara, Bogotá, 2005.

CASTRO, Américo, Hacia Cervantes, Taurus Ediciones, Madrid, 1967.

CERVANTES, Miguel, El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, Editorial Planeta, Madrid, 1990.

DE MADARIAGA, Salvador, Guía del lector del “Quijote”, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1943.

DE RIQUER, Martín, Cervantes y el Quijote. Introducción a Don Quijote de la Mancha, Bogotá, Alfaguara, 2005.

DE UNAMUNO, Miguel, Vida de Don Quijote y Sancho, Cátedra, Madrid, 2004.

ELIADE, Mircea, El Mito del Eterno Retorno, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1952.

GIRARD, René, Literatura, mimesis y antropología, Editorial Gedisa, Barcelona, 1997.

KOLAKOWSKI, Leszek, La presencia del mito, Editorial Cátedra, Madrid, 1990.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, Un aspecto en la elaboración del "Quijote", Ateneo Científico, Literario y Artístico, Madrid, 1928

PINEDA-BOTERO, Álvaro, De mito a la postmodernidad, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1990.

RODRÍGUEZ, Antonio y varios, El Quijote visto por grandes escritores, Secretaría de Educación, México, 1947.





# **El Quijote; ¿locura o cordura?**

**Gustavo Vega Delgado**



## **Cervantes, el más universal de los españoles**

Expreso mi gratitud a la Universidad el Azuay y al Museo de las Conceptas, por habernos convidado a un coloquio sobre El Quijote, en sus cuatrocientos años de vida.

Recuerdo todo un debate en Italia para señalar el principal personaje del segundo milenio. A pesar de que había gente tan importante como el Dante, Maquiavelo, Miguel Ángel, Vivaldi. Aparte de las ciencias y las otras artes -no olvidemos que la nomenclatura musical universal está en italiano- los expertos de las Academias se pronunciaron por Leonardo da Vinci, como el personaje del segundo milenio. Igual discusión hubo cuando en Gran Bretaña se trataba de descifrar cual sería el personaje que más aporte ha tenido a la historia durante el segundo milenio; tras un debate muy enconado entre los defensores de Newton, Shakespeare y Darwin, finalmente primó el nombre de Shakespeare, sin que la decisión haya sido suficientemente convincente porque los tres son columnas de influencia inusitada en el campo de las ciencias y las artes. España no hizo una gimnasia semejante, pero quizá Cervantes –a través de El Quijote precisamente- sea el más universal de los seres humanos que ha dejado España. Alguien podría decir que América es el otro legado, por haber dado el campanazo del Descubrimiento. Pero ya ven ustedes, este es un tema altamente controversial, dado que en América hubo sustancia gris antes de Colón, además de que la Colonia tuvo páginas oscuras y crueles para España.

## **Dos fuentes bibliográficas**

¿Cordura o Locura del Quijote?. Recomiendo una obra de José Ingenieros que se llama *Psicopatología en el Arte*. Trae un capítulo muy interesante sobre profundas observaciones que tiene este autor argentino-español sobre temas ligados a la psiquiatría, a la psicología y a la psicopatología en conexión con el arte. Recuérdese de él además su obra *El Hombre Mediocre*. Además, por ser muy nuestro, también quiero citar la obra *Abismos Humanos* de Agustín Cueva Tamariz, que trae dos capítulos muy interesantes sobre el tema de la biotipología, la psicotipología del Quijote y Sancho y unas aproximaciones psiquiátricas a la locura del Quijote. Ambas obras sirven de base para esta conferencia.

## **Monomanía y soliloquios**

Según Esquirol -uno de los más relevantes psiquiatras, que inauguró una nueva época- el Quijote padeció de una monomanía, la monomanía de los caballeros andantes. Esquirol junto con Pinel fueron quienes inauguraron la psiquiatría moderna, quitándoles cadenas y grillos a los locos. Hay que recordar que en el tiempo manicomial todos los relegados de la sociedad, incluidos los alienados estaban encadenados, literalmente. Pinel que más que un psiquiatra fue un estadístico y administrativo del Hospital de París, notó que cuando sacaba a los alienados de caminata, éstos no se le fugaban; pero cuando estaban encadenados, hacían todos los intentos por escaparse. Esquirol procesó las proposiciones de Pinel, constituyéndose en uno de los revolucionarios de la psiquiatría moderna. Filósofos y epistemólogos se han ocupado del tema como Michel Foucault quien tiene algunas obras sobre epistemología de la psiquiatría, particularmente *El Nacimiento de la Clínica*. *Una arqueología de la Mirada Médica* e, *Historia de la locura en la*

*época clásica*, en cuyo último libro aborda los tres momentos por los que atravesó la psiquiatría: el asilo, el manicomio y el hospital, etapas y pasos que traducen el hilo conductor de la historia de la psiquiatría.

Para Esquirol, el Quijote es un monomaniaco. Los soliloquios del Quijote son una cuestión que interesa a lingüistas y psiquiatras. Los soliloquios expresan monólogos sobre el procesamiento de la enfermedad y la salud mental. Por ejemplo, *La Chute*, una obra de Camus, es un monólogo duro que transcurre en el lapso de pocas horas en Amsterdam. En esta obra, además de riquísimas expresiones literarias y existenciales, son materia de estudio los efectos ligados a la psicopatología. Otro monólogo, *Diatribas contra un hombre en un sillón sentado*, de Gabriel García Márquez, exhibe la carga psicológica de una mujer que tiene acumuladas expresiones de denuncia y encono contra su marido. Los soliloquios son una herramienta estupenda para la psiquiatría.

## **Delirios y locura a dos**

En El Quijote se encuentran delirios sistematizados, delirios en donde ya no son solamente deshilvanados, sino que podrían encajar dentro del pensamiento psicótico: podría tratarse de una esquizofrenia paranoide, con locuacidad, verbalización, conducta expansiva, verborrea. El autismo es propio de la esquizofrenia simple que cursa con introversión exagerada, pero los delirios son propios de la esquizofrenia paranoide. Podría además estudiarse la contaminación de la locura del Quijote hacia Sancho, pues se ha descrito en la psiquiatría la denominada locura a dos, *folie a deux*. Se sabe que cuando existe una persona enferma de psicosis en casa, es conveniente separarles a los miembros íntimos porque la situación es muy contaminante; una locura de pronto se vuelve una enfermedad contagiosa -como si fuera varicela u otra eruptiva-. En efecto, ustedes notarán en la lectura

profunda del Quijote, que Sancho empieza a defender las delusiones y las alucinaciones del Quijote. Ello podría ser interpretado desde la psiquiatría como una *folie a deux*, como la escuela francesa la ha descrita.

## **Del poco dormir y el mucho leer**

La clásica frase del Quijote “del poco dormir y mucho leer se le secó el cerebro y vino a perder el juicio”, ha sido una especie de justificativo de los estudiantes. Cuando no tienen éxito, dicen que entraron en *surmenage*, que tienen que descansar. Si repiten el año, tienen la bendición del diagnóstico porque así justifican que su enfermedad se debió al estudio. Actualmente se sabe que el *surmenage* -un término francés que quiere decir sobre-movimiento, a la letra más bien es un disfraz de la depresión, porque la persona puede rendir sin cansarse trabajando muchas horas al día, siempre que tenga agrado de lo que hace. Pero si es que tiene estrés descomedido, el estudio puede llevar a una neurosis ocupacional. En efecto, ahora se ha cuestionado al *surmenage* como entidad clínica independiente, hablándose más bien de que se trata de un equivalente depresivo, una especie de neurosis ocupacional. Tanta gente que no está disfrutando de lo que hace en su trabajo y esa desadaptación, enferma; situación que antes se atribuía a que del pensar y el mucho estudio se podía perder el juicio.

## **Ilusiones, alucinaciones y delusiones**

Por otro lado, hay muchas cosas en el Quijote que entran dentro de lo que podría llamarse una delusión, un conjunto de signos y síntomas en donde el pensamiento, la inteligencia y la sensopercepción se afectan y se transforman organizando un afecto psicopatológico complejo. Podría ser una delusión, *el pasaje del agujero en el pajar*, que es confundido con *una ventana del castillo* para el Quijote. Por

otro lado, Rocinante de Quijano es comparado en su megalomanía con el Babieca del Cid o El Bucéfalo de Alejandro. Hay una distinción elemental entre ilusión y alucinación: la ilusión es una transformación de la sensopercepción con base; yo puedo ver una nube que tiene una forma humana; tal distorsión es una ilusión; una figura que se mueve en la penumbra es un monstruo, lo que también es una ilusión. Pero una alucinación es una transformación de la sensopercepción sin objeto, sin base real. Pueden haber alucinaciones negativas o positivas: uno ve alguien que no existe o, aunque esté ese alguien allí, no se lo ve; es una alucinación negativa. También pueden haber alucinaciones auditivas, olfativas, táctiles, gustativas, en todos los órganos de los sentidos. Hay en el Quijote ilusiones y alucinaciones, ambas. Un rebaño sacrificado es Agamenón, Ulises y Menelao; los tambores son los validos de las ovejas y los carneros.

## **Erotomanía y delirio del tocamiento**

Toda la erotomanía combinada con la megalomanía del Quijote, es una erotomanía platónica por Dulcinea, que también está dentro de lo que es un amor ideal. Sobre el tema Quienes han amado saben que el amor es una especie de locura. La diferencia entre pasión y amor está en que la pasión no tiene acceso a la razón. Por lo menos en el amor hay un cuarto muy pequeño, en donde la razón nos permite de vez en cuando devolvemos a la realidad. El amor puede asumir la forma de una locura creativa o puede ser tremendamente negativa -si se vuelve pasional, paranoico, celoso, lo que puede devenir en homicidio y en suicidio-. Es el eterno problema de los celos, relatado en la *Sheresada* y los cuentos de *Las mil y una noches*, tanto como en el *Otelo* de Shakespeare.

En el amor romántico se crea también lo que se llama el tabú del tocamiento; también aquí hay una terminología francesa, el *delire de toucher*, que es una especie de tabú sobre la piel, la que siempre presenta niveles escondidos de prohibición y cuando en el romanticismo, el tocamiento se vuelve casi una ilusión; esta búsqueda del tocamiento se convierte psicopatológicamente en el *delire de toucher*. Claro, habíamos mencionado que en Sancho, hay una visión delirante por sugestión, por el temor reverencial -que llamarían los abogados- del escudero a su amo, pues empieza a defender por alineación, por expropiación, por influencia de autoridad, los mismos delirios de su maestro, de su amo. Esto se ve mucho en la expropiación -que lingüísticamente quiere decir sacarse el propio yo- y defender situaciones que no le corresponden a su persona; es una suerte de mirarse al espejo y no descubrirse a sí mismo, es mirarse al espejo con ojos ajenos. Este delirio de sugestión en Sancho es interesante y se puede aplicar parcialmente al llamado temor reverencial que describe el derecho, cuando hay una persona de bajo nivel educativo que puede cometer un ilícito, por influencia directa de alguien que con alto nivel intelectual induce a ese supuesto delito.

## **Biotipología y psicotipología**

Es interesante a su vez pasar revista a la biopsicotipología del Quijote. Según Kretschmer, él sería un dólicocefálico. Se trataría en cuanto biotipo de un leptosomasténico -que a la letra quiere decir cuerpo alto y delgado- y en cuanto psicotipo sería un esquizotímico -que a la letra quiere decir alma dividida- pues el esquizotímico puede amar y odiar simultáneamente. La esquizofrenia ya es prácticamente el salto a la enfermedad, pero la esquizotimia es parte todavía de la normalidad. Recordemos que para los griegos el alma estaba ubicada en el músculo diafragma -y su nervio frénico- porque la respiración estaba centrada en

él. Alma se traduciría como frenia. Es interesante la clasificación de Kretschmer al momento de elaborar una biosicotipología del Quijote. Sancho sería, según Kretschmer, el biotipo pícnico -el grueso, braquicefálico, con tendencia a la calvicie- y el psicotipo ciclótímico. La ciclotimia se refiere a la tendencia a girar entre alegría y tristeza en su humor.

Sheldon, clasificó de otra forma los biotipos. Los seres humanos tienen una preferencia somática de acuerdo a qué hoja del blastodermo se ha desarrollado más, cuando el sujeto ha crecido dentro del útero materno. Hay tres hojas del blastodermo: endodermo, ectodermo, mesodermo. Del endodermo nacen las vísceras; del mesodermo, huesos, músculos, articulaciones y, del ectodermo, nacen el cerebro y la piel. Entonces, según Sheldon, el que ha sido predominantemente desarrollado a partir del ectodermo, es el biotipo ectomorfo correspondiendo al psicotipo cerebrotónico, que sería compatible con el Quijote de Cervantes. El que se ha desarrollado sobre todo a expensas del mesodermo, el mesomórfico-somatotónico -lo que para Kretschmer correspondería el atlético-. El viscerotónico es el que se ha desarrollado sobre todo a expensas del endodermo -el endomorfo- que es la hoja del blastodermo que producen las vísceras, y sería el caso de Sancho Panza.

En la clasificación italiana de Penede y Viola, el brevilíneo es la persona gruesa, de estatura baja y el longilíneo es el alto y delgado. El brevilíneo es bradipsíquico, es decir de reacciones lentas, mientras el longilíneo es de reacciones rápidas -taquipsíquico. El Quijote sería longilíneo y Sancho sería brevilíneo. Las escuelas son distintas, no hay que confundirlas, pero hay proximidades; hay vasos comunicantes entre sí. Las glándulas de secreción interna tienen que ver, porque por ejemplo cuando una persona es hipotiroidea tiende a engrosar; cuando es hipertiroidea tiende a adelgazar; el hipertiroideo es de reacciones rápidas, enérgicas, a veces

violentas, agresivas; el hipotiroideo es de reflexivas, lentas, secundarias, no primarias. El longilíneo es hipertiroideo y el brevilíneo es hipotiroideo.

## **Quijote y Sancho: símbolos dialécticos**

El Quijote padece de psicoestesia, es decir tiene migraciones entre hiper e hiposensibilidad. Sancho padece de diastesia, es decir, migra entre alegría y tristeza. El Quijote juega y masculla con ideas introvertidas. Sancho es manifiesto y extrovertido. El Quijote es idealista. Sancho es realista. El Quijote es serio, a veces grave. Sancho es jocundo, eufórico, burlón. El Quijote es racionalista, Sancho es hedonista. El Quijote es un aristócrata, versus lo plebeyo y lo vulgar de Sancho. Kretschmer decía de los esquizotímicos que son los aristócratas de la forma. El Quijote representa lo apolíneo. Sancho lo dionisiaco. Quijote es célibe y sin hijos. Sancho es padre de familia. Quijote tiene la fuerza espiritual. Sancho la fuerza vegetativa. El Quijote tiene el nervio de la guerra, el predominio del sistema simpático, mientras Sancho tiene el nervio de la paz, el predominio del sistema parasimpático.

## **Sansón Carrasco funge de psiquiatra**

No olvidemos otra escena, importante en la interpretación psiquiátrica del Quijote. El Bachiller Sansón Carrasco funge de psiquiatra y le aplica a su paciente, Alonso Quijano, el principio del similia similibus curantur de la homeopatía, dando cuerda a su delirio. Cuando el Quijote empieza a delirar, lo que hace el Bachiller es darle piola a que siga delirando, fungiendo de psiquiatra. Dicha descripción en el Quijote va de la mano con lo que recomienda la ciencia, pues se sugiere a un psiquiatra cuando alguien está en delirio que debe escuchar, que no se ponga en la antípoda, tratando de hacerle razonar por la lógica de que está delirando. Se

recomienda que haya una prudente catarsis del paciente, antes de poder procurar cambios sobre sus dislates.

## **Bipolaridad, esquizofrenia, filosofía**

No es correcto buscarle diagnósticos psiquiátricos estrictos al Quijote, porque el arte rebasa la ciencia y no podemos encuadrarle mecánicamente el arte a la ciencia. Se podría discutir sin embargo desde la parcialidad de la ciencia, si el Quijote exhibe una enfermedad bipolar; si la bipolaridad va de la depresión a la manía. A veces hay cambios tremendamente drásticos en la novela, pues el Quijote pasa de la agitación a la melancolía, pues es *el caballero de la triste figura*. Luego de los embates de los molinos de viento y de las calamidades que ocurren en la secuencia del argumento de la obra, hay en este juego una elación extremada, una euforia descomulgada y una depresión extrema -la tristeza es normal, ocurre con todos los seres humanos, pues quienes no tienen tristeza no son normales, en tanto que la depresión sí es patológica, porque es la exacerbación de una tristeza que se vuelve permanente, crónica-. Antes a la depresión se llamó melancolía -de melanos, negro y colia, humor y. es lo mismo cuando se llamaría atrabiliario -atra, negro, bilis, humor-, pues se trataba de la bilis negra de los latinos. Usamos mal las palabras, decimos que alguien es un atrabiliario, cuando motejamos a alguien que está trasnochado, pues en verdad y de acuerdo a psiquiatría y lingüística, se trata de alguien que padece de humor negro o depresión. La discusión si se trata de una esquizofrenia o de una manía del Quijote, siempre quedará para ulteriores discusiones psiquiátricas.

Por supuesto y lo grande del Quijote es que hay un salto del delirio a la filosofía, un salto de la psicosis a la sabiduría. La escena final es quizá la más discutible desde la clínica pura. Después de un sueño se sana -a lo mejor

puede ser la terapia del sueño de la psiquiatría, pues hay pacientes muy graves que después de inducirles un sueño de varios días, de pronto curan-. Está descrito en la psiquiatría, pues induciendo un sueño prolongado -casi una hibernación- en pocos días algunos pacientes psicóticos despiertan lúcidos. En el caso de la novela, el sueño del Quijote dura 6 horas y al hacerlo, no despierta el Quijote, recuérdelo, sino despierta Alonso Quijano nuevamente, y claro, es Quijano que empieza a aborrecer a los caballeros que estaban personificados en el Quijote: Amadis de Gaula, etc.

Se ha discutido mucho si es que un loco en trance de muerte puede recuperar la razón; se ha mencionado que la agonía es una especie de un resumen de experiencias en donde toda la memoria de la biografía se concentra en un momento; la agonía ha sido muy interesantemente estudiada desde la clínica y parece ser que allí ocurre una especie de examen de conciencia que dirían las religiones, que en súbitos instantes se pasa a sí mismo revista la persona cuando está en ese tránsito hacia la trascendencia. Se podría aplicar tal referencia al Quijote, cuando recupera la razón, quizá próximo a o cerca de la agonía.

No hay que dejar de pensar en algo que trae Agustín Cueva Tamariz; dice el autor cuencano que cuando estuvo preso Cervantes cinco años por deudas en Argel, habrá percibido el trato humanitario que la medicina árabe, bastante mejor en ese tiempo que el Occidente hacia con sus pacientes. Posiblemente por ello, en la novela hay elementos relatados muy interesantes de conducta humanitaria frente a los dislates, a la digresión, a la locura.

Según Bleuler, quien propuso el nombre de esquizofrenia para la academia, hay cuatro clásicos signos en el esquizofrénico; por razones nemotécnicas llamamos las cuatro As: trastornos en la asociación de ideas, trastornos en el afecto, autismo y ambivalencia; estos cuatro signos no

se cumplen certeramente en el Quijote, pero tampoco se cumplen exactamente los síntomas de la enfermedad bipolar -este juego de balanza o de báscula entre depresión y manía-. Por eso es que no cabe, no es pertinente buscarle un diagnóstico psiquiátrico clínico exacto a la locura del Quijote.

## **Cervantes y la psiquiatría**

Es interesante mencionar en la parte ya filosófica el Quijote, que vive cuando enloquece y muere cuando recobra el juicio y esto tiene un paralelismo con las novelas ejemplares del Quijote. El Licenciado Vidriera mientras era de cristal, era hombre creativo, hacía obras pías, estudiaba, era un buen estudiante, mientras era alumno en Alcalá; pero cuando se cura y ya no es de vidrio, el Licenciado Vidriera, se vuelve torpe, áurea mediócritas. Existe la locura creativa, cito varias obras al respecto, por ejemplo, el *Elogio de la locura* de Erasmo y *Locos Egregios* de Vallejo Nájera, en donde se demuestra que es la estulticia la aparente normalidad, mientras que es la creatividad la aparente locura. John Nash, premio Nóbel de economía fue un paciente esquizofrénico (Recuérdese la obra cinematográfica *Una mente brillante* en base a su biografía.) Hay además límites imprecisos, en donde se confunden los bordes mismos -fronterizos y en transición- entre la normalidad y la locura.

Para Ortega y Gasset el Quijote no es una interrogación, es una proyección de la humanidad; el quijotismo no es una fantasía sino un imperativo. Hay otras referencias psiquiátricas de Cervantes en donde trata temas psiquiátricos con mucha profundidad. Quiero citar al *Celoso extremeño* y al *Celoso impertinente*, dos obras interesantísimas en donde se aborda el problema de los celos, que ya son tomados también en la literatura por varios clásicos.

Hay una referencia sobre la locura de *Cardenio*. Revítese al *joven Crisóstomo* y los *Trabajos de Persilis y Segismunda*. Se describe alguien que simula una locura. Éste es otro tema sugerente -que no pasa en el Quijote pero sí en otras obras de Cervantes-. Se trata de gente que finge de loco (sabemos que aquí fue cesado un Presidente por mentalmente incapaz, aunque en dicho caso se trataría más bien de una psicopatía real y no de una psicosis “usada” y beneficiada por quien la padecía.) La simulación de la locura pasó por ser un tema dominante también de la antisiquiatría. La antisiquiatría no acepta que hay una enfermedad mental, tampoco que deba ser internado un paciente, ni que deba ser tratado ese paciente; sus tres principios: antinosológica, antiinstitucional, antiterapéutica, a pesar de lo radical de la propuesta, sirvió para humanizar a la medicina. Ya se acordarán ustedes de Jack Nicholson cuando protagonizó un clásico del cine, *Atrapado sin salida* -se tradujo al español- para tratar sobre alguien que fingió ser loco, se lo puso dentro y en efecto enloqueció en el hospital. La simulación que trata Cervantes está en de la locura fingida de *Cardenio*, en los *Trabajos de Persiles y Segismunda*. En el *curioso impertinente*, se describen los ataques de celos, la lesión emocional, la obsesión, la histeria, la neurosis. El triángulo afectivo entre *Anselmo, Lotario y Camila*, es descrito con suprema maestría psicológica además de literaria.

Cervantes incursionó en todos los géneros literarios o casi en todos, pero no fue experto sino en uno, en la novela. Tiene un *entremés* muy interesante que se llama el *Retablo de las Maravillas*, que describe el caso de las ilusiones ópticas colectivas, por sugestión de los charlatanes -un tema tremendamente actual en donde somos testigos de que en varios lugares del mundo se ha vendido la idea de determinada fantasía religiosa o profana cuando es en definitiva un manejo o manipulación de la multitud-. Honorio Delgado, el psiquiatra peruano clásico, una de las autoridades latinoamericanas,

menciona que es interesante en la personalidad del Quijote, la hipertrofia de la voluntad del poder, las ideas de grandeza, las ideas de persecución también, lo que estaría más ligado al tema de la paranoia. Podría estar eventualmente también ligado el Quijote a la discusión del diagnóstico de la epilepsia, pues podría hablarse en el Quijote de un probable estado crepuscular. El estado crepuscular no es ni vigilia ni sueño, es un estadio intermedio de conciencia, en donde se pueden cometer actos alterados, que por otro lado no dejan necesariamente huellas en la memoria.

## **Perplejidad y catatonía**

Los pacientes que tienen generosidad desmedida pueden ser sometidos a un recurso de interdicción –se dice en leyes- porque de repente se quedan sin casas, autos, sin propiedades, porque lo venden a precio de huevo o lo regalan; esta tendencia al despilfarro puede ser patológica en algunas expresiones de la psiquiatría, particularmente en los estados maníacos. Ello se ve en efecto en Quijano cuando vende sus tierras para comprar armas y su indumentaria de caballería. También hay expresiones de catatonía o sea esta inmovilidad total cuando en algunas partes de la obra *-la Cueva de Montesinos-* existe una especie de parálisis del yo y perplejidad, una especie de cataplejía o catatonía (que se describe en la histeria o en la esquizofrenia catatónica.) Sin embargo siempre hay que recordar ante todo, que Cervantes no es un hombre de ciencia, es un hombre de artes, aunque pueden trazarse vasos comunicantes en la discusión; la ciencia psiquiátrica sin duda se ha nutrido muchísimo de la intuición brillante que desde las artes propuso Cervantes.

## Sabiduría del Quijote

Hay ciertamente más tinta en el tintero, pero no quiero cansarles (de repente la contaminación de la locura es riesgosa.) Quiero terminar saltando de la psiquiatría a la música y nuevamente a la literatura, con esta extraordinaria producción que han hecho tanto León Felipe como Juan Manuel Serrat, al cantarle al Quijote. Quisiera también recomendarles una poesía breve que tiene Machado dedicada *A un loco*, del cual sentencia que purga un pecado ajeno, el pecado de la estulticia de los otros -como para salvarle el cuero al loco, pues sería como el chivo expiatorio de la locura del mundo-. En una línea semejante, cabe recordar esa locura utópica de Tomás Moro, cuando subiendo al cadalso, le tomaba el pelo al verdugo diciéndole que cuando le produjera la pena capital con el arma afilada sobre el cuello, cuide de mancillar su barba que había sido bien tratada. En esa misma ironía, la locura creativa puede ser una condición para la creatividad, por ese legado iluso de creer en algo más que lo que es la realidad terráquea. Seguirá siendo esto precisamente el aliento fundamental de la sabiduría del Quijote, pues es necesario recobrar la cordura, estimulando la locura creativa.

## Epílogo

León Felipe en poesía y Juan Manuel Serrat en partitura dicen:

“Por la manchega llanura/  
se vuelve a ver la figura/  
de Don Quijote pasar/  
y ahora odiosa y abollada/  
va en rucio su armadura/  
que allá encontró sepultura su  
amoroso batallar/  
Cuantas veces Don Quijote por esa  
misma llanura así te veo pasar/  
y cuantas veces te  
grito: hazme un sitio en tu montura caballero

derrotado/ hazme un sitio en tu montura/ que yo también voy cargado de amargura./”.....

El Quijote implica una necesaria introyección en todos de esta estupenda lección de creer en algo más que lo que puede ser la burda situación de la realidad. Sancho se volvió algo Quijote al final y el Quijote se volvió algo Sancho, buscando un realismo, una especie de punto intermedio. En este tiempo de tanta irrealidad de mundos absurdos, de cordura aparente, la locura del Quijote nos coloca ante una dimensión distinta. La psiquiatría se siente absolutamente incompleta al momento de hacer una interpretación sobre la locura quijotesca, que rebasa la ciencia. El Quijote es un ser universal, una propuesta que desde las artes, supera la ciencia y la filosofía, y ensaya una visión trascendental sobre el hombre y su lucha.



# El Quijote



**EL HUMOR Y LOS EUFEMISMOS EN EL  
QUIJOTE**  
Oswaldo Encalada Vásquez



## **LAS NARICES DE TOMÉ CECIAL**

**(Un sumarísimo acercamiento al humor cervantino)**

El contacto con los clásicos y con las otras literaturas de la época provocó en España la aparición de los grandes escritores del siglo de oro: Cervantes, Quevedo, Góngora, Garcilaso, Lope de Vega, Gracián, Valdez, Gutierre de Cetina, Calderón de la Barca, Mateo Alemán, etc. Toda una pléyade de escritores de primera magnitud que, con sus obras, llevaron a la lengua castellana a sus más altas cimas de expresión.

De entre los muchos rasgos que caracterizan a los autores de esta época, uno de los más notables y fascinantes es el tema del humor.

He aquí una sumarísima muestra del humor cervantino.

En el capítulo XIV de la segunda parte del EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA se produce el encuentro de don Quijote con el Caballero del Bosque (Sansón Carrasco), quien, para acomodarse en todo a los ideales caballerescos, lleva también un escudero que, al principio, es designado únicamente con la perífrasis de “el escudero del del bosque”.

El encuentro se produce en la noche, de modo que, al principio de la relación, Sancho no puede distinguir claramente el rostro del otro escudero. Los dos han comido y bebido en exceso y se quedan dormidos. Al amanecer

Sancho descubre el rostro del escudero y recibe un gran susto:

“La primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacía sombra a todo el cuerpo. Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado, como de berenjena; bajábale dos dedos más abajo de la boca, cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó a herir de pie y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazón de dejarse dar doscientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo”. II, 14.

El temor es tal que Sancho pide a don Quijote que, antes de entrar en combate con el Caballero del Bosque, lo ayude para subirse a un árbol desde el cual podrá mirar mejor la batalla; pero don Quijote entiende muy bien la verdadera intención, y le dice:

“\_Antes creo, Sancho- dijo don Quijote-, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros.

-La verdad que diga –respondió Sancho-, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo a estar junto a él.

-Ellas son tales dijo don Quijote-, que a no ser yo quien soy, también me asombraran”. II, 14.

Naturalmente que narices de esa calidad y de ese volumen solo podían ser falsas. Efectivamente, más adelante, cuando es vencido el Caballero del Bosque, el escudero muestra las narices guardadas en una faltriquera, y comenta que son hechas de pasta y barniz, de máscara.

El tema de los abusivamente narigudos es algo frecuente en la literatura universal, tanto en verso como en prosa. Lo primero que se nos viene a la mente es el soneto satírico de Quevedo:

Érase un hombre a una nariz pegado,  
érase una nariz superlativa,  
érase una alquitara medio viva,  
érase un peje espada mal barbado;

era un reloj de sol mal encarado,  
érase un elefante boca arriba,  
érase una nariz sayón y escriba,  
un Ovidio nasón mal narigado.

Érase el espolón de una galera,  
érase una pirámide de Egipto,  
las doce tribus de narices era;

érase un naricísimo infinito,  
frisón archinariz, caratulera,  
sabañón garrafal, morado y frito.

Estas descripciones parecen calzar perfectamente con lo que dice Cervantes: “casi le hacía sombra a todo el cuerpo”.

Para los ejemplos en prosa la mejor fuente es Benito Feijoo, quien en sus CHISTES DE N nos cuenta lo siguiente: “Chiste es también atribuido a Quevedo, el que encontrándose en la calle con ciertas damiselas achuladas, y diciéndole estas, que embarazaba el paso con su nariz (suponiéndola muy grande), él, doblando con la mano la nariz a un lado, *pasen*, les dixo, *ustedes señoras*. P. Cuspiniano hace autor de este gracejo al Emperador Rodolfo. Encontrase con él un decidior en calle estrecha. Advirtiéndole los ministros, que se apartase, él, motejando de muy grande la nariz del Emperador,

les replicó: *¿Por dónde he de pasar, si la nariz del Emperador llena la calle?* A lo que Rodolfo, doblando la nariz, como acaba de referirse de Quevedo, le dixo con rara moderación, y humanidad en tan soberano personaje: *pasa, hijo*".

Cascales, en sus CARTAS FILOLÓGICAS dice, en relación al soneto de Quevedo, que es "copia de un original muy antiguo. Léntulo era de muy corta estatura. Viendo en una ocasión su suegro, que tenía ceñida una espada grande, preguntó festivamente: Quis huic gladio generum meum alligavit?" (¿Quién ató mi yerno a esa espada?)

¿De dónde tomó Cervantes la idea y la imagen del narizotas? Ciertamente que no es de Quevedo, porque este autor, para el tiempo en que Cervantes escribía la segunda parte del Quijote, no era conocido, como sí lo era, en cambio, por ejemplo, Garcilaso, a quien admiraba.

Cervantes era un humanista, conocía a los autores latinos, la prueba de ello está en sus varias citas en latín, sobre todo en el prólogo de la primera parte. Por esta razón suponemos que la referencia es clásica. El original verdadero de todos los narizones es muy antiguo, proviene de unos epigramas de Luciano de Samosata:

Tiene Nicón nariz superlativa  
y a distancias enormes huele el vino;  
pero le es imposible llegar pronto  
al tonel donde se halla contenido.

Teniendo su nariz doscientos codos,  
no le bastan tres días del estío.  
¡Bella nariz! Para pescar le sirve  
muy buenos peces al pasar los ríos.

Creemos que el modelo de Tomé Cecial se encuentra en Nicón y no en ningún otro autor español, ni anterior ni contemporáneo de Cervantes.

## II

### UN BREVE ELOGIO A LA DELICADA LENGUA DEL QUIJOTE

EL EUFEMISMO.- Según el diccionario académico, el eufemismo es la “manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca exposición sería dura o malsonante”. Es decir se trata de una designación oblicua o perifrástica para decir o nombrar algo; pero de una manera aceptable y no grosera ni ofensiva.

Hay eufemismos en todas las lenguas, y se los usa en todos los momentos. Actualmente entre nosotros usamos: *amigo de lo ajeno* para nombrar al ladrón. Se dice *no vidente* para llamar al ciego –afortunadamente el ciego tiene al lazarillo para que lo guíe. Al que es pobre se le dice: *de escasos recursos económicos*. Sin embargo, como la riqueza ni el ser rico son aspectos negativos, no existe eufemismo en este caso. A la prostituta se la mejora con una mano de gato, llamándola *trabajadora sexual* y, en alguna ocasión escuché a una de estas damas, que se autodenominaba *asistente de matrimonio*. La directora de la cárcel de varones de Cuenca llama *malcriados* a los presos, donde hay violadores, asesinos, narcotraficantes, etc.

De los ejemplos presentados se puede comprobar que los eufemismos pueden ser perífrasis. Es decir, dos o más palabras en lugar de una sola; pero sí hay casos de eufemismos formados por un solo término. Por ejemplo: *cementerio*, propiamente quiere decir dormitorio. Por

supuesto, el dormitorio para el *sueño eterno*. Como se ve, aquí he usado sueño eterno para referirme a la muerte.

La lengua del Quijote es la lengua de la delicadeza, de la cortesía, de la honestidad y de la buena crianza, por eso es que en la mejor novela del mundo encontramos con frecuencia eufemismos que están puestos ahí para suavizar el posible significado áspero y duro de algunos términos, o también para nombrar aquellas cosas que la decencia pide que se las nombre con tino y suavidad.

En esta breve exposición de eufemismos vamos a hablar de algunas partes del cuerpo, de algunas acciones que tienen que ver con esas mismas partes, de algunas excreciones, y finalmente, de otros elementos.

Cuando se trata de describir el cuerpo de una dama, Cervantes se refiere únicamente a las partes visibles. Por ejemplo, en el retrato que hace de Dulcinea dice: *Sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que solo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.* (I, 13)

Esto en lo que se refiere al cuerpo femenino, aunque imaginado de Dulcinea; pero también el cuerpo masculino, en este caso el de don Quijote, nos es descrito con eufemismos. He aquí: *Y desnudándose a toda priesa los calzones, quedó en carnes y pañales; y luego sin más ni más dio dos zapatetas en el aire, y dos tumbas, la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante.* (I, 25)

¿Cuáles son estas “cosas” y las partes encubiertas por la “honestidad”? Es fácil responder. Son aquellas partes del cuerpo que se encuentran desde debajo del ombligo hasta los muslos; tanto desde la vista anterior como de la posterior.

He notado que mientras más alta e idealizada es la persona, el nombramiento es más eufemístico. Si la persona es baja socialmente, o es hombre -lo cual es una forma de ser bajo- se nombra con más realismo. Ejemplo: *Salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecía, según era de corta, que se le habían cortado por vergonzoso lugar.* (II, 50). En el mismo capítulo hay una referencia a las piernas de Sanchica, la hija de Sancho: *Sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgredada, saltó delante de la cabalgadura.*

En dos partes diferentes Cervantes usa la palabra posaderas. La primera ocasión ocurre durante la temerosa aventura de los batanes. *Se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela dieron luego abajo y se le quedaron como grillos; tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas.* (I,20)

La segunda ocasión en que se manifiesta es cuando el supuesto mago Merlín señala el procedimiento que habrá de seguirse para desencantar a Dulcinea. Este es el texto, que está en verso:

*Que para recobrar su estado primo  
La sin par Dulcinea del Toboso  
Es menester que Sancho, tu escudero,  
Se dé tres mil azotes y trescientos  
En ambas sus valientes posaderas,  
Al aire descubiertas, y de modo  
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.* (II, 35)

La palabra posadera ha aparecido con todas sus letras; pero cuando Sancho habla de su propio cuerpo es cuando asoma el verdadero eufemismo: *Válate el diablo por modo de desencantar; yo no sé qué tienen que ver mi posas con los encantos.* Y líneas más adelante, en el mismo capítulo dice: *Parí yo, por ventura, a la señora Dulcinea del Toboso para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos.* Y capítulos más adelante vuelve a presentarse la misma situación. Antes de emprender el viaje en Clavileño don Quijote pide que Sancho se azote. Sancho responde: *-Por Dios –dijo Sancho- que vuesa merced debe ser menguado; esto es como aquello que dicen: en priesa me vees y doncellez me demandas. Ahora que tengo que ir sentado en una tabla rasa ¿quiere vuesa merced que me lastime las posas?* (II, 41)

Dentro del círculo semántico de las posaderas hay otro eufemismo, muy delicado.

- *Paréceme respondió sancho- que vuesa merced es como lo que dicen: dijo la sartén a la caldera: quítate allá ojinegra. Estame reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.* (II, 67). Aquí el verdadero refrán retira el ojinegra y pone el culinegra.

Las partes encubiertas de una mujer son designadas con una gracia extraordinaria cuando Altisidora acusa a Sancho y don Quijote, de que le han robado unas ligas. Esta es la cita: *Y si esta doncella quisiere mirar sus escondrijos, a buen seguro que las halle.* (II,57)

La virginidad es también tema de designación oblicua. En el cuentecillo de Leandra y Vicente de la Roca encontramos lo siguiente. El narrador habla de Leandra. *Contó también cómo el soldado, sin quitalle su honor, le robó cuanto tenía y la dejó en aquella cueva y se fue: suceso que de nuevo puso admiración a todos.* (I, 51) Y líneas más

adelante, en el mismo capítulo, aparece otro eufemismo: *Para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habían dejado a su hija con la joya que, si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre.*

En el cuentecillo del porquerizo y la mujer vuelve a aparecer el mismo asunto, y es resuelto con otra fórmula más elegante y graciosa. Aquí está: *Este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y, ¡desdichada de mí!, me ha llevado lo que yo tenía guardado más de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre, dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego o como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias a manosearme.* (II, 45)

¿Huelen el uno y el dos?

Veamos ahora como Cervantes elude el escollo de las excreciones, entendiéndolas como cualquier cosa que sale del cuerpo. Pido que no se echen atrás en sus asientos, ni pongan cara de enojo porque no van a percibir ningún olor. El siguiente diálogo ocurre luego de que don Quijote ha sido “encantado” y enjaulado: *Después que vuestra merced va enjaulado y, a su parecer, encantado en esa jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores, como suele decirse.*

*-No entiendo eso de hacer aguas; aclárate más si quieres que te responda derechamente.*

*-¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa.* (I, 48)

En el siguiente capítulo Sancho vuelve a usar otro eufemismo: *De donde se viene a sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene.* (I, 49).

En la temerosa aventura de los batanes, ya citada, aparecen cuatro eufemismos, que son estos: El narrador habla de Sancho: *A él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él.* Pocas líneas más adelante dice, (luego de haber echado al aire entrambas posaderas) *Le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía.* (I,20)

Y continúa:

*-Apostaré –replicó Sancho- que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.* (I, 20)

Y finalmente, don Quijote, que tenía el sentido del olfato muy vivo dijo:

*-Paréceme, Sancho, que tienen mucho miedo.*

*-Sí tengo- respondió Sancho-; más ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?*

*-En que ahora más que nunca hueles, y no a ámbar – respondió don Quijote.* (I,20)

¿Es posible orinarse de gusto? Sí. Cervantes lo dice. La cita corresponde a una acción de Sanchica, la hija de Sancho, luego de que recibe la carta de la duquesa: *A Sanchica, tu hija, se le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento.* (II, 52)

Nosotros, en nuestros hogares también hemos inventado algunos eufemismos para estas excreciones. Cuando hay niños, sobre todo, se usa nombrar y decir el uno y el dos.

Otra excreción es la “costumbre”, definida en el DRAE como término poco usado con el significado de “menstruo o regla de las mujeres”. Veamos con qué elegancia y cortesía la nombra Cervantes. Se habla de la encantada Belerma, que se encuentra en la cueva de Montesinos: *Las malas noches y los peores días que en aquel encantamento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario de las mujeres, porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón.* (II,23)

En referencia a esta misma materia mensual el insigne Francisco de Quevedo dice *Para no decir: estoy con el mes o con la regla, se acordará de que las fiestas de guardar se escriben con letra colorada, y dirá: “Estoy de guardar”; y si el interlocutor es graduado, dirá: “Tengo calendas purpúreas”* (la cultalatiniparla). Como se puede ver, la intención es, naturalmente, distinta. Quevedo quiere burlarse, mientras que Cervantes trata de rodear lo escabroso y salir con decencia.

¿Suspiran los burros? Respecto de los suspiros, en el Quijote hay algunos que son real y verdaderamente suspiros, como en el caso siguiente: *Don Quijote estaba a caballo, recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros que parecía que con cada uno de ellos se le arrancaba el alma* (I,43). Pero hay otros suspiros pícaros y mal educados, que suelen escaparse por contravía; además de que son suspiros chistosos, porque –como dice Quevedo– dondequiera que suelta anda la risa. Por supuesto Cervantes usa el eufemismo y los llama suspiros. Aquí están dos ejemplos: *Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó a relinchar Rocinante y a sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fue tenido*

*a buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura habría de sobrepujar y ponerse encima de la su señor. (II, 8)*

La otra cita corresponde al mismo don Quijote: *Cerró tras sí la puerta, y a la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse (¡Oh desgracia indigna de tal persona! Se le soltaron, no sospiros ni otra cosa que desacreditasen la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. (II,44)*

Los dos extremos del aparato digestivo también son nombrados como elementos que sirven para ejecutar acciones no ordinarias, como es el lamentable caso del vómito y de su odiada compañera, la diarrea. La situación es la siguiente. Don Quijote ha bebido ya el fantástico -e inventado por él- bálsamo de Fierabrás; consecuencia de ello es que ha vomitado. A Sancho le va peor. Esta es la cita: *En esto hizo su operación el brebaje, y, comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelo a echar, ni la manta de anjeo con que se cubría fueron más de provecho. (I,17)*

También los besos y el besar, cuando implican una actividad amorosa son vistos eufemísticamente. El contexto es el siguiente: ya Dorotea (la que hacía de reina Micomicona) ha conseguido que don Fernando se reconociera como su esposo, y la reconociera a ella como su esposa. La cita dice, en palabras de Sancho: *Yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que dice ser reina del gran reino Micomicón, no lo es más que mi madre; porque a ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de lo que están en la rueda, a cada vuelta de cabeza y a cada traspuesta.*

*Parose colorada, con las razones de Sancho, Dorotea, porque era verdad que su esposo don Fernando, alguna vez, a hurto de otros ojos, había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos. (I,46).*

Hocicar es besar y hacer hociquito, y hacer hociquito es poner la boca en posición de pronunciar la letra U, es decir, con los labios redondeados y salidos. Aunque en esto los franceses se llevan la palma. Hacer hociquito se dice en francés: *faire le cul de poule* (hacer culo de gallina)

En cambio, cuando el beso es de reverencia y de respeto, se pueden besar las manos, o los pies; pero ya no se usa el eufemismo. Primer caso: Beso de pies. La circunstancia es que don Quijote y Sancho se han encontrado con don Diego de Miranda, el caballero del verde gabán. Sancho ha escuchado con atención las cualidades de don Diego y como consecuencia de ello: *Se arrojó del rucio, y con gran priesa le fue a asir del estribo, y con devoto corazón y casi con lágrimas le besó los pies una y muchas veces. (II,16)*

Segundo caso: beso de manos. *El cura fue por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano a su amo, y él se la dio, y después de habérsela dejado besar, le echó la bendición. (I,46)*

E inclusive hay una tercera clase de beso, la que dedica el borracho a la botella- en este caso a la bota de vino-. El contexto es el encuentro de Sancho con Tomé Cecial, el escudero del caballero del Bosque. Tomé lleva tantas provisiones que causa a envidia del pobre Sancho; naturalmente la provisiones se refieren a lo comible y a lo bebible. Esta es la cita: *Fiambreras traigo y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí o por no, y es tan devota mía y quiérola tanto que pocos ratos se pasan sin que le dé mil besos y mil abrazos. (II,13)*

Si en el acto de besar en los labios no hay disposición cooperante, tampoco puede ser visto como un hecho de amores, y por tanto no se necesita del eufemismo. Es el caso siguiente. Se trata de la historia de Gaiferos y Melisendra, representada por los títeres de Maese Pedro: *¿No ven aquel moro que callandico y pasito a paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo le da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da a escupir y a limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio.* (II,26)

El último elemento de excreción es el eructo; pero no la excreción en sí misma, sino la palabra que lo nombra. Así dice don Quijote a Sancho: *Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de erutar delante de nadie:*

*-Eso de erutar no entiendo –dijo Sancho.*

*Y don Quijote le dijo:*

*-Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y a los regüeldos, erutaciones.* (II,43)

El rechazo al regüeldo era general en el siglo de oro español. En Quevedo encontramos expuesta esta situación: *El regüeldo aun no ha salido de la boca, cuando todos le dan una barahúnda de coches* (El siglo del cuerno).

Otro tema con censura para Cervantes es el de las relaciones sexuales. Con mucha sutileza toca este asunto y sale triunfante. La primera situación se produce cuando don Quijote se encuentra con la cadena de galeotes. Uno de estos pícaros le dice: *Yo voy aquí porque me burlé demasadamente con dos primas hermanas mías, y con otras*

*dos hermanas que no lo eran mías: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay diablo que la declare.* (I,22)

En la segunda parte, doña Rodríguez, que es una dueña de honor de la duquesa, y que es, además, bastante boba, sostiene una discusión con Sancho, quien odia a las dueñas. Aquí el eufemismo se traslada a una metáfora: *Y nadie diga mal de las dueñas, y más de las antiguas y doncellas; que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella a una dueña viuda, y quien a nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano.* (II,37). Esto es tan absurdo como decir: a quien me apaleó, el palo le quedó en la mano.

Otro eufemismo tenemos en una cita anterior, cuando se hablaba de la virginidad. Este es el lugar: *Para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias a manosearme.* (II,45) Si el manoseo hubiese sido real, no se hubiera perdido nada; pero obviamente hay algo más que eso.

Pero aun hay otra fórmula mucho más elegante. Habla Claudia Jerónima, luego de haber herido a Vicente Torrellas, su novio: *El me prometió de ser mi esposo, y yo le di palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante.* (II,60)

Pero dentro de esto no siempre se usan eufemismos. Hay dos ocasiones en que Cervantes usa las palabras directas. La primera ocurre en el cuentecillo ya citado del porquerizo y la mujer. Dice así: *Topé en el camino a esta buena dueña, y el diablo que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos.* (II,45) Yogar es una derivación de yacer, y significa tener relaciones sexuales, aunque también significa holgarse, divertirse, y quizá esta segunda significación sea la más acertada por aquello de “juntos”, como si se dijera: “nos divertimos juntos”.

La segunda ocasión es más elegante, y en ella aparece nuevamente el verbo yacer, que significa estar acostado, tendido. El contexto es que don Quijote ha sido “encantado” y encerrado en la jaula para llevarlo de regreso a su pueblo. El barbero hace el papel de la sabia Mentironiana y le pronostica este futuro. Habla de una supuesta aventura. Dice: *La cual se acabará cuando el furibundo león manchego, con la blanca paloma tobosina, yacieren en uno, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco.* (I,46). Como se puede ver yacer en uno significa claramente estar acostados como un solo cuerpo; pero antes del matrimonio, nada.

Hay otra cita que refuerza esta opinión: *En cumplimiento de la palabra que le dio de ser su esposo antes y primero que yogase con ella.* (II,52) Aquí doña Rodríguez habla de su hija.

Y aun hay una fórmula algo diferente. Habla Altisidora, en tono de venganza y de reproche: *Nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tu la goces ni llegues a tálamo con ella.* (II,46)

El embarazo también es visto –pero no siempre– como un tema que debe tratarse con rodeos y eufemismos. Es el caso de la infanta Antonomasia y el caballero Clavijo: *Hasta que me pareció que la iba descubriendo a más andar no sé qué hinchazón del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo a los tres, y salió del que antes que se saliese a luz el mal recado, don Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer a Antonomasia.* (II,38)

Antes de salir de esta zona del cuerpo y de estas acciones es necesario precisar que aun en el caso de los animales Cervantes usa eufemismos. La primera cita corresponde a la aventura de los leones. El león *después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las*

*espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula. (II,17)*

El segundo ejemplo es más gracioso y galante. Se trata de la historia de un loco que hinchaba perros. ¿Por dónde hinchar a un perro? Cervantes nos responde: *Hizo un cañuto de caña, puntiagudo en el fin, y en cogiendo algún perro en la calle, o en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole le ponía redondo como una pelota, y en teniéndole desta suerte le daba palmaditas en la barriga y le soltaba. (Prólogo a la segunda parte)*

La actividad sexual de los animales también es vista con la misma elegancia y delicadeza, cosa que no es nueva para nosotros. También aquí se dice “cruzar a un animalito con otro”; pero cruzar quiere decir ir de un lado para otro, hacer cruces atravesar una cosa sobre otra, etc. Cervantes usa otro eufemismo. El contexto es la breve historia de la perrita y del astrólogo: *De una señora sé yo que preguntó a uno de estos figureros que si una perrilla de falda pequeña que tenía si se empreñaría y pariría y cuántos y de qué color serían los perros que pariese. A lo que el señor judicial, después de haber alzado la figura respondió que la perrica se empreñaría y pariría tres perricos: el uno, verde; el otro, encarnado, y el otro de mezcla; con tal condición que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día o de la noche y que fuese en lunes o en sábado, y lo que sucedió fue que de allí a dos días se murió la perra de ahíta. (II,35)*

Y hay un ejemplo más gracioso y fino. La circunstancia es que Rocinante, saliéndose de los términos de su honestidad caballuna quiere aprovechar y pasar el rato con las hacas galicianas (cuyos dueños son los desalmados yangüeses). *Sucedió, pues, que a Rocinante le vino en deseo*

*de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó un trocico algo picadillo y se fue a comunicar su necesidad con ellas.* (I, 15). Luego de la paliza que reciben de los yangüeses Sancho se queja y dice: *Jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo.*

Y para tratar de salir definitivamente de esta zona caliente traemos el caso de un gracioso equívoco provocado por la significación de dos palabras. ¿Cuál es la diferencia entre el rabo y la cola? La duda que seguramente se extiende por la mente es la que queda flotando también en el texto de Cervantes. El antecedente es que la posadera de la venta ha prestado al cura y al barbero la cola de buey donde el marido colgaba el peine, cola que sirvió como barba. Ahora la reclama con indignación. Esta es la cita: *Para mi santiguada que no se ha aún de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza; digo el peine, que solía yo colgar de mi buena cola.* (I, 32)

De verdad, antes de abandonar este campo conviene hablar de una vez de las *asistentas de matrimonio*, como decíamos al principio, a quienes el gran Francisco de Quevedo llamaba las *hermanitas del pecar*. Cervantes usa un eufemismo muy elegante, las llama *mozas del partido*. La cita exacta es: *Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros.* (I,2) Mozas porque son jóvenes, y del partido porque siempre estaban dispuestas a aceptar el partido que se les ofreciere.

Pregunto: ¿Y cómo tratar o cómo llamar a los hijos de las trabajadoras sexuales? Porque llamarle a alguien: hijo de trabajadora sexual no tiene sal, ni gracia, ni fuerza. Cuando

don Quijote está poseído de la ira, no mira en chiquitas y lanza las recias y ofensivas palabras castellanas, y además enteras. El contexto es el siguiente: ha liberado ya a los galeotes y quiere que se carguen nuevamente de cadenas y grillos para que vayan donde Dulcinea. Naturalmente que los galeotes no aceptan el envite. Esta es la cita:

*-Pues voto a tal-dijo don Quijote, ya puesto en cólera-, don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llaméis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestras. (I,22)*

Este mismo concepto, aunque algo recortado en su expresión sirve como fórmula de alabanza, dependiendo del contexto. Después de haber bebido durante un cuarto de hora Sancho dice:

*-¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!  
-¿Veis ahí –dijo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho-, cómo habéis alabado este vino llamándole hideputa?  
(II, 13)*

Pero no siempre es tan duro este lenguaje. Nosotros también usamos eufemismos de idéntica factura. En lugar de decir lo que ya está dicho, decimos: ¡Hijueperra, hijuepato, hijuetanque, hijuepulgas! y más hijues.

El ejemplo de Cervantes es que el bachiller Sansón Carrasco ha contado que en la primera parte de la novela, el autor ha mezclado otras narraciones con la de don Quijote. A esto dice Sancho: *\_Yo apostaré-replicó Sancho –que ha mezclado el hideperro berzas con capachos (II,3)*

Aquí se nos presenta un espinoso problema de género. ¿Cómo se debe decir hideperro o hijueperra, en femenino?

Y ya para terminar con el cuerpo humano notamos también que las orejas, en algún caso son llamadas con eufemismos. El hecho se presenta cuando la dueña Dolorida cuenta su historia a los duques, y sus huéspedes, entre los cuales se encuentran don Quijote y Sancho: *Pero antes que salga a la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas.* (II,38) Y llamar oído a la oreja también es un eufemismo, porque el oído es el sentido, mientras que la oreja es el pabellón externo. Esta es la cita: *-Sea en buena hora-respondió Clara, y por no oírle se tapó con las manos entrambos oídos.* (I,43)

Pero en muchos otros casos la oreja es nombrada sin recelo. Por ejemplo: *Sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.* (I,11)

El hecho de recibir un castigo, sea con palos, patadas o de otra manera, es descrito también con eufemismos. He aquí dos casos de palizas. Se trata de la historia de los yangüeses: *No me dieron a mí lugar –respondió Sancho – a que mirase en tanto, porque apenas puse mano a mi tizona cuando me santiguaron los hombros con sus pinos:* (I,15)

La segunda cita trae otro eufemismo; habla Sancho: *a buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos, porque nunca a su merced le tomaron la medida de las espaldas que no me la tomasen a mí de todo el cuerpo.* (II,3)

Y para terminar tenemos el caso de algunos eufemismos puntuales. Por ejemplo la muerte es aludida de algunas maneras. Esta es la primera: *A buena fe, señor –respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero.* (II,20)

El segundo ejemplo nos presenta un eufemismo más desarrollado y elegante. La situación es que Sancho explica a la duquesa las razones por las cuales no abandona a su amo, aun sabiendo que es un loco, aunque sea un loco cuerdo. Esta es la cita: *Somos de un mismo lugar; he comido su pan; quiérole bien; es agradecido; diome sus pollinas, y, sobre todo, yo soy fiel; y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la palay el azadón.* (II,33)

Si la muerte es mala, el estar muerto, también, y por eso se busca un eufemismo para resolver la situación. El contexto es la narración del cuentecillo en el que interviene la hija de Diego de la Llana. La madre de esta muchacha ha muerto hace diez años. La cita es la siguiente: *Mi padre me ha tenido encerrada diez años, que son los mismos que a mi madre come la tierra.* (II,49)

Hay otro momento de la historia en que se vuelve a nombrar a la casi innombrable. El contexto es cuando los personajes se enfrentan con la cabeza parlante. La cabeza responde: *Yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.* (II,62)

Y la última cita relacionada con la muerte es la siguiente: *-Al paso que llevamos-respondió Sancho-, antes que vuestra merced se muera estaré yo mascando barro.* (II,20)

El diablo también es nombrado con cuidado; aunque no siempre: *Pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado y el poco fruto que había granjeado de haberlos puesto a todos en tal confuso laberinto, acordó otra vez probar la mano resucitando nuevas pependencias y desasosiegos.* (I, 45)

La segunda cita ocurre cuando don Quijote llega a Barcelona: *Al entrar en la cual, el malo, que todo lo malo*

*ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo.*  
(II,61)

Cervantes tenía muy buena opinión de los alcahuetes y de la alcahuetería, tanto es así que dice lo siguiente: *porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida, y aun había de haber veedor y examinador de los tales.* (I,22)

Uno de los truhanes que va preso como galeote al referirse al alcahuete dice: *la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo; en efecto, Quero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener así mesmo sus puntas y collar de hechicero.* (I, 22)

Los puercos, quizá por la connotación de inmundos que les da la Biblia, también son nombrados con algo de recelo y asco. Es más, cuando se los nombraba había que pedir perdón a la audiencia.

Primer caso: *Un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se llaman), tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen.* (I,2).

Segundo caso. El contexto es el cuentecillo del porquerizo y la mujer, ya citado en otros momentos.: *-Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía de este lugar de vender, con perdón sea dicho, cuatro puercos.*  
(II,45)

Y si no se pide perdón, se usa un eufemismo que no los nombra directamente: *El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión.*  
(II,68). Sin embargo no siempre ocurre esto.

Y finalmente también nombrar al sastre era considerado como inadecuado, y junto a su nombre debía ir el perdón: *Yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito.* (II,45)

Hay para preguntarse por qué un oficio como el del sastre podía ser tan mal visto. La razón es que los sastres eran considerados como ladrones y mentirosos por antonomasia. Esta situación puede verse claramente en dos lugares de don Francisco de Quevedo:

El primero: *Un sastre, porque dijo que había vivido de cortar de vestir, fue aposentado con los maldicientes.* (El alguacil alguacilado)

El segundo: *¿A quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos? Y son tales, que para llamar a la desdicha con peor nombre, la llaman desastre, del sastre.* (Visita de los chistes o el sueño de la muerte).





**EL QUIJOTE INTEMPORAL**  
Claudio Malo González



En el final de su segunda parte, Cervantes decidió que Don Quijote de la Mancha, retornado ya a la condición de Alonso Quijano, muera oleado y sacramentado dejando sus bienes en un testamento a sus personas allegadas. Anticipándose a las complicadas normas que regulan la propiedad intelectual y son fuente de dolores de cabeza en las negociaciones de los tratados de libre comercio, terminó de esta manera su obra para evitar que, algún otro Avellaneda intentara seguir adelante con las aventuras de quien decidió restaurar la orden de caballería. Este desconcertante personaje salió a luz pública hace cuatrocientos años, cabalgando en aquel vehículo que nunca necesitó caminos carrozables para trasladar el pensamiento a todas las distancias y en todas las direcciones: la imprenta. De nada sirvieron los últimos sacramentos, Don Quijote de la Mancha sigue vivo, con más vigor y de múltiples formas, reencarnado en millones de personas que gustan de aventuras a su estilo.

Toda vida –en el sentido biológico del término- tiene una duración limitada. Los seres humanos sobrevivimos algo en el recuerdo de los demás, de los seres queridos las personas comunes y corrientes, para luego diluirnos en la penumbra del olvido. Hay quienes superan con más vigor las fronteras del tiempo y persisten con tenacidad recibiendo alabanzas o vilipendios. Para el propósito de este artículo es intrascendente si Don Quijote fue un personaje que sólo existió en la genial mente de Miguel de Cervantes; para la memoria colectiva es casi tan real como Alejandro Magno o el policía de la esquina. El Caballero de la Triste Figura se ha tornado intemporal y no creo que deliro si afirmo que continuará existiendo mientras existan seres humanos en nuestro planeta.

León Felipe, poeta español de casta que por ser republicano tuvo que vivir largos años de su vida en el exilio en América, escribió unos hermosos versos que se difundieron con más fuerza cuando el inigualable Joan Manuel Serrat los puso en música que él mismo la interpretó; su título: Vencidos.

Por la manchega llanura  
Se vuelve a ver la figura  
De Don Quijote pasar

Y ahora ociosa y abollada  
Va en el rucio la armadura  
Y va ocioso el caballero  
Sin peto y sin espaldar.

Va cargado de amargura  
Que allá encontró sepultura  
Su amoroso batallar

Va cargado de amargura  
Que allá quedó su ventura  
En la playa de Barcino  
Frente al mar

Cuantas veces Don Quijote  
Por esa misma llanura  
En horas de desaliento  
Así te miro pasar

Y cuantas veces te grito  
Hazme un sitio en tu montura  
Y llévame a tu lugar

Hazme un sitio en tu montura  
Caballero derrotado

Que yo también voy cargado de amargura  
Y no puedo batallar

Ponme a la grupa contigo  
Caballero del honor  
Ponme a la grupa contigo  
Y llévame a ser contigo  
Contigo pastor.

Por la manchega llanura  
Se vuelve a ver la figura  
De Don Quijote pasar  
Va cargado de amargura  
Va vencido el caballero  
De retorno a su lugar.

Los versos y la música fueron compuestos hace unos cuarenta años, demostrando con firmeza que este personaje sigue vivo inspirando la creatividad de muchas personas como lo testimonia este ejemplo. A primera vista se trata de un canto a la derrota, pero de una derrota aparente ya que, víctima de las incomprensiones de su tiempo y sus ideales, León Felipe nos dice que en estos casos lo deseable es buscar nuevos caminos como se vio forzado a hacerlo el defraudado caballero manchego. El ánimo de luchar por los ideales y mantenerlos, sean cuales sean las condiciones del momento, da sentido a la vida. Una derrota real solo tiene lugar cuando se renuncia de manera consciente y definitiva a los ideales, sea porque triunfan ambiciones materiales que se presentan en la vida, porque la comodidad invita a los “placeres” de la tranquilidad o porque un cuestionable pesimismo lleva a concluir que no vale la pena seguir luchando.

A su regreso, luego de la derrota en Barcino, y cumpliendo los códigos de honor de la caballería andante, se

ve obligado a poner en práctica la disposición del Caballero de la Blanca Luna y, temporalmente hacer una pausa a sus aventuras caballerescas. Piensa en este triste retorno en incursionar en otra de las alternativas idealistas de esos tiempos: la vida pastoril e inclusive piensa en el nombre que en esta etapa tomará: Quijotiz. Cuando retoma el sentido común y muere en su población con todos los rituales propios de la gente de la época, podemos hablar de una derrota pues sus incomprensidos ideales, por insensatos que muchos juzguen, desaparecen. Morir en la cama, rodeado de sus seres cercanos confesándose ante un cura y recibiendo la extremaunción, es algo fuera de los esquemas de un caballero cuya gloria habría sido pasar a otra vida en brava y descomunal batalla, inundado de gloria y pensando en su dama. La muerte de Don Quijote fue un triunfo para el Bachiller Sansón Carrasco, el cura, el barbero, la sobrina y el ama de llaves, pero una derrota para el Caballero de la Triste Figura.

Desde el poco afortunado y contemporáneo Avellaneda, Don Quijote ha vivido en la mente de pensadores y escritores que han inspirado sus creaciones o sesudos pensamientos. Ecuador no ha sido una excepción; el escritor que con mayor maestría ha manejado el idioma según muchos críticos: Juan Montalvo, escribió “Los Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes”, teniendo el buen sentido de añadir “Ensayo de imitación de un libro inimitable”. Se han intentado versiones de diversa índole, ha llegado este personaje a escenarios a través del ballet y la ópera, ha irrumpido de diversas maneras en las pantallas cinematográficas y se ha escabullido a las intimidades de los hogares vía pantalla chica. El idioma en que fue escrito, consagrando la excelencia en el lenguaje, tampoco ha sido un limitante; con su lanza en ristre, su armadura, su celada y su fiel escudero, invadió Don Quijote la torre de Babel, pues su lucha por la justicia y su afán de desfacer tuertos, tuvo como meta la humanidad pese a sus diferencias lingüísticas.

## Ser humano y tiempo

Hace unos años, curioseando una de las múltiples versiones del Quijote, cayó en mis manos un “comic” dedicado a los niños, sentí defraudación cuando terminé de leerlo ya que abordaba sólo su aspecto superficial al relatar las aventuras desatinadas de un loco que confundía las cosas ante la sorpresa y desconcierto de las personas comunes y corrientes que vivían un mundo normal. Más allá de esta intrascendencia graciosa, El Quijote ha roto las limitaciones del tiempo y se ha proyectado a un futuro cuyos límites desconocemos porque apunta a unos cuantos elementos que son esenciales a la condición humana. Por el hecho de ser humanos todos llevamos en nuestro interior un Don Quijote y un Sancho Panza, lo que hace que nuestras vidas se desarrollen entre tensiones y problemas que, bien o mal, los superamos quijotesca o sanchopancinamente, disfrutando de triunfos o sufriendo por derrotas, pero siempre con el afán de seguir adelante. Si todos somos, en mayor o menor grado, hechos de esta índole, Don Quijote y Sancho nunca desaparecerán ni se tornarán anticuados.

Cuando he tratado de profundizar sobre el problema de la intemporalidad de estos personajes cervantinos, he tenido que incursionar por los campos de la Filosofía siguiendo la guía de mi maestro Francisco Álvarez González, quien, al analizar las diferencias entre el ser humano y los demás integrantes del reino animal, sintetiza su punto de vista en dos afirmaciones: el animal responde, el ser humano actúa. La respuesta es una reacción ante un estímulo proveniente del exterior que se manifiesta en forma de conducta ante tal o cual situación en la que toma la iniciativa lo externo al animal. Ortega y Gasset habla de “alteración en el sentido etimológico del término latino “alter” que quiere decir lo otro. Si vivir supone coexistir o convivir con la realidad, en el caso de los animales esa vida implica una adaptación lo más apropiada posible a

las condiciones que el entorno físico exterior determina. Debido a que todo ser vivo nace con instinto, programado según cada especie por usar un término que la informática ha puesto de moda, sus respuestas se encuentran condicionadas desde su nacimiento.

Actuar, en cambio, supone tomar algún tipo de iniciativa en las actividades que realizamos para lo que es necesario anticipar de alguna manera los resultados que esperamos obtener de nuestros actos. También los seres humanos tenemos instintos, pero pasan a segundo lugar en nuestro comportamiento que los organiza y regula. Buena parte de nuestra conducta se da mediante respuestas –nunca debemos olvidar que somos parte del reino animal- pero el que tengamos algún espacio de actuación es suficiente para explicar la enorme diferencia que se ha dado en el comportamiento humano y el animal. Para comenzar, los humanos estamos en condiciones de adaptar el entorno circundante a lo que nosotros esperamos, lo que es un giro copernicano a la vida animal que se adapta a lo establecido en la naturaleza con la consiguiente diferencia entre cambio y aceptación<sup>1</sup>.

La conducta se da en función del tiempo, podemos hablar de un tiempo inorgánico que se mide por las vueltas que da la tierra alrededor del sol y otros componentes astronómicos, con cambios muy lentos, imperceptibles para la percepción que de la transformación tenemos los seres humanos; usamos en este caso medidas de millones de años o de años luz. El tiempo biológico está circunscrito al fenómeno vida que se inicia, en el caso del reino animal, con la fecundación de un óvulo y termina con la muerte. Limitándonos a este ámbito, la vida de cada especie tiene una media en horas, días y años a lo largo de la cual se da un proceso de cambios orgánicos perceptibles para nuestra condición. La muerte es un elemento del que no se puede prescindir sin que haya organismo alguno capaz de superarlo.

Si extendemos la dimensión del tiempo orgánico a la evolución de las especies, se amplía notablemente, pues partimos de la aparición de la vida, pero es mucho más restringido que el tiempo inorgánico.

Dotados como estamos de psiquismo superior, el sentido del tiempo humano es diferente. Podemos en nuestras relaciones con elementos externos hacer una pausa, analizarlos en nuestro interior y volver hacia ellos con estrategias diferentes para introducir cambios. “Ensimismamiento” llamó Ortega y Gasset a esta forma de relación propia de nuestra condición. La memoria que poseemos, nos permite traer a nuestro presente experiencias del pasado y anticipar con un razonable grado de certeza lo que esperamos que ocurra en el futuro. Nuestras experiencias vitales se dan en el presente, pero no cabe entender la vida como una sucesión de presentes ya que cada experiencia se encuentra condicionada por acontecimientos que antes tuvieron lugar.

Me encuentro en este momento en el auditorio del Museo de las Conceptas hablando sobre el Quijote porque hace algunas semanas personas de esta institución y de la Universidad del Azuay decidieron organizar un ciclo de disertaciones con motivo de los cuatrocientos años de la circulación de la primera parte del Quijote y porque, en un pasado más lejano, los que nos encontramos aquí hemos leído esta obra que ha despertado interés y, más lejos en el tiempo, porque hace miles de años alguien trasladó a signos gráficos sonidos propios del lenguaje. Desde otra dimensión, muchos de los actos que realizamos en un momento dado tienen sentido, se justifican, en función de los efectos que esperamos tengan en el futuro. Venciendo el cansancio y dificultades, a veces realizamos –como cuando estudiamos una carrera- actividades ante la expectativa de mejores condiciones para nuestra vida.

La capacidad de anticipar el futuro y de modificar la realidad natural y humana, según nuestras preferencias, se denomina creatividad que puede manifestarse en múltiples campos. No nacemos hechos, nos hacemos a lo largo del tiempo ya que, contando con diversas opciones nos es posible, aunque sea parcialmente, elegir. Al no nacer hechos, carga o privilegio humano es la capacidad de hacernos a lo largo del tiempo lo que conlleva la existencia de libertad y capacidad para ejercerla. El tiempo humano, dentro de este contexto, deja de ser un elemento externo y ajeno a la persona como en el caso de las piedras y los demás animales y se convierte en parte sustancial de nuestras existencias puesto que vivir significa cambiar y cambiar hacerse permanentemente.

Hacerse en el tiempo no se limita a vivir en un entorno natural, ante todo, en un humano que es el resultado de la creatividad colectiva. Cuando Aristóteles calificó al ser humano como “zoon politikon”, no se refirió tan sólo al interés de las personas por el manejo de los bienes que pertenecen a la colectividad y a la gestión destinada al bien común, nos quiso también decir que buena parte de nuestras facultades, entre ellas la de hablar, sólo se desarrollan en la medida en que formamos parte de una comunidad siendo la vida un permanente y sistemático proceso de comunicación con los demás. Al ámbito de las aspiraciones y preferencias individuales que tratamos de transformarlas en realidad, hay que añadir el de la sociedad de la que formamos parte, separados de la cual difícilmente podríamos vivir. La historia de Robinson Crusoe es hermosa, pero poco real y, en caso de aceptarla, su supervivencia abandonado en una isla fue posible por una serie de elementos que aprendió e incorporó a su persona mientras formó parte de una colectividad.

La posibilidad de hacernos de una manera u otra, apunta al futuro, a lo que queremos ser y a cómo quisiéramos

que fuera el mundo para nosotros y para los que nos sucedan en el tiempo. Las aventuras, venturas y desventuras de Don Quijote buscan un cambio del maltrecho y aporreado mundo en el que vive y un mejoramiento de las condiciones de quienes son víctimas de estas deformaciones sociales y los abusos de quienes disponen de más poder. La tarea que se auto impuso al cambiar su tranquila y rutinaria vida de hidalgo por la de caballero es inextinguible e interminable, de allí que, aunque hayan transcurrido cuatrocientos años, los males continúan por lo que, bien está cambiar las cosas a lo largo del tiempo, conscientes de que estos cambios jamás podrán ser definitivos, como definitiva es la presencia del Quijote.

## **Circunstancia y circunstancias**

En sus meditaciones del Quijote, José Ortega y Gasset escribió la frase “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo” que con buena o mala fortuna ha sido citada en múltiples ocasiones. Para llegar a esta afirmación hace una serie de reflexiones sobre este concepto que en cierto sentido está fuera de mí, pero que es parte de mi existencia. Hago algunas citas sobre estas reflexiones:

*“El hombre rinde al máximo de su capacidad cuando adquiere la plena conciencia de sus circunstancias. Por ellas comunica con el universo.*

*¡La circunstancia! ¡Circum-stantia!. ¡Las cosas mudas que están en nuestro derredor. Muy cerca, muy cerca de nosotros levantan sus tácitas fisonomías con un gesto de humildad y de anhelo, como menesterosas de que aceptemos su ofrenda y a la par avergonzadas por la simplicidad aparente de su donativo<sup>2</sup>*

.....

*“Hemos de buscar para nuestra circunstancia, tal y como ella es, precisamente en lo que tiene de limitación, de peculiaridad, de lugar acertado en la inmensa perspectiva del mundo”*

*“Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo....Y en la escuela platónica se nos da como empresa de toda cultura, ésta: salvar las apariencias, los fenómenos. Es decir, buscar el sentido de lo que nos rodea”.<sup>3</sup>*

Nacemos en un entorno físico que está allí por mucho tiempo, nacemos en un entorno humano que nos precedió y que fue creado por quienes nos antecedieron. Nuestras vidas se desarrollan en medio de ellos, y en virtud de la comunicación con otras personas incorporamos a nuestro ser una serie de elementos que ya están dados, comenzando con el idioma que aprendemos. Al hacernos en el tiempo no podemos prescindir de estos entornos, pero no nos determinan aunque encuadran la práctica de nuestra libertad. La condición cambiante del ser humano hace que la circunstancia cambie de manera que, aplicando este concepto a la historia, si queremos comprender con acierto a personas, interpretar acontecimientos y emitir juicios de valor sobre ellos, tenemos que hacerlo dentro de la circunstancia en que ocurrieron. La esclavitud en nuestros días es algo que merece condena y censura y cuando, alguna noticia nos habla de que existen brotes en alguna parte, nos horrorizamos. Mal podemos aplicar este enfoque a épocas en las que se consideraba su existencia como algo normal, no sería acertado analizar el tráfico de esclavos que se dio durante la colonia con la estructura intelectual y emotiva de nuestra época ni condenar a la ligera a Aristóteles porque la justificó.

Pienso que el concepto circunstancia, con las diferencias del caso, puede en nuestros días aplicarse a la cultura, en el sentido antropológico de este término, y que no

es otra cosa que el conjunto de ideas, creencias, actitudes, pautas de conducta, tecnologías etc. propias de un conglomerado humano, que han sido creadas colectivamente a lo largo de los años y que configuran la identidad de esa colectividad al hacerla diferente de otras. La capacidad creativa de la especie humana ha hecho que estos entornos por ella creados sean diferentes ya que, al margen de la diferencia de entornos físicos, es posible resolver un mismo problema de manera diferente, como ocurre con el de la comunicación mediante un idioma cuya gran diversidad testimonia esta característica humana.

Somos los seres humanos, como personas y comunidades, cambio y continuidad por lo que lo efímero que es parte de nuestras vidas se agota en la circunstancia, pero hay componentes esenciales y profundos que trascienden las vidas personales, que superan las circunstancias y perduran por mucho tiempo más allá de las limitaciones de una vida. Al abordar la temática del Quijote es evidente que tenemos que entender de la mejor manera posible la circunstancia de la época en que fue escrito y el entorno físico y humano en que ocurrieron sus aventuras junto con las ideas predominantes sobre el ordenamiento social, la iglesia, el amor, la familia, etc. Pero el Quijote fue más allá de la circunstancia en cuanto aborda elementos invariables o poco variables de la condición humana, aquellos que frente al cambio representan la continuidad. Miguel de Unamuno, en su “Vida de Don Quijote y Sancho” escrita en 1910, al narrar una de las más promocionadas aventuras del caballero manchego, la de los molinos de viento, nos dice:

*“En tales pláticas iban cuando **descubrieron treinta o cuarenta molinos que hay en aquel campo.** Y Don Quijote los tomó por desaforados gigantes, y sin hacer caso de Sancho, encomendose de todo corazón*

*a su señora Dulcinea, y arremetió a ellos, dando otra vez con su cuerpo en tierra.*

*Tenía razón el Caballero: el miedo y solo el miedo le hacía a Sancho y nos hace a los demás simples mortales ver molinos de viento en los desaforados gigantes que siembran mal por la tierra. Aquellos molinos molían pan, y de ese pan comían hombres endurecidos en la ceguera. Hoy no se nos aparecen ya como molinos, sino como locomotoras, dínamos, turbinas, buques de vapor, automóviles, telégrafos con hilos o sin ellos, ametralladoras y herramientas de ovariectomía, pero conspiran al mismo daño. El miedo y sólo el miedo sanchopancesco nos inspira el culto y la veneración al vapor y a la electricidad; el miedo y sólo el miedo sanchopancesco nos hace caer de hinojos ante los desaforados gigantes de la mecánica y la química, implorando de ellos misericordia. Y al fin rendirá el género humano su espíritu agotado de cansancio y de hastío al pie de una colosal fábrica de elixir de larga vida. Y el molido Don Quijote vivirá, porque buscó la salud dentro de sí y se atrevió a arremeter a los molinos”<sup>4</sup>*

De haber escrito Unamuno esta obra noventa y cinco años después, en nuestros días, hablaría de naves espaciales, redes de Internet, aviones Concorde, centrales atómicas, misiles, trasplantes de órganos, bombas de hidrógeno etc. Habrían cambiado estas circunstancias, pero Don Quijote seguiría intacto.

## **Vida, proyecto y valores**

Toda vida humana es un proyecto, de una manera u otra todos organizamos nuestra conducta hacia el futuro, anticipamos lo que queremos hacer y nos ponemos metas a

corto o largo plazo que pretendemos alcanzarlas mediante una serie de acciones. Vivir es actuar para hacer realidad lo que nos proponemos, lo que deseamos. Esenciales en los intentos de realizar los proyectos son los valores que los consideramos como deseables y que esperamos que, de ideales que guían nuestra conducta, se transformen en hechos concretos que satisfagan nuestras aspiraciones. Que nuestras aspiraciones se hagan, que sean, pero que también valgan. La riqueza de la condición humana se manifiesta, entre otras cosas, en la diversidad de aspiraciones, de preferencias y de ideales y en la posibilidad de elegir entre diversas opciones para realizar aquello que más queremos, que preferimos.

Si hablamos de preferir, de alguna manera estamos haciendo alusión a una de las características de los valores: su jerarquía, es decir los niveles de preferencia en determinadas épocas y en diversas personas. En los tiempos que vivimos es claro que los valores económicos se encuentran en la cúspide de la pirámide y que es una tendencia generalizada juzgar el nivel de éxito de una persona por la cantidad de riqueza que ha acumulado y a considerar como meta prioritaria en la vida el bienestar en este sentido que va más allá de la holgada satisfacción de necesidades, la ausencia de escasez y llega a la acumulación por la mera satisfacción de acumular. En otras épocas, la realización de las personas en la vida se medía partiendo de otros valores como los religiosos en la Edad Media. El predominio de algún tipo de valor en una época, no quiere decir que en todas las personas se de la misma forma de jerarquización, en alguna medida, el tipo de personalidad de cada individuo depende, como lo afirmó Eduardo Spranger, de la manera como cada quien jerarquiza, es decir da prioridad en su proyecto de vida, a los valores.

En la obra sobre la que versa este artículo, se presenta un dueto de personajes que, a su diferente y contrastante apariencia física, se añade un no menos contrastante y aparentemente contradictorio proyecto de vida. Valores prácticos que no sobrepasan las satisfacciones corporales como el buen comer y el buen dormir se han centrado –quizás con ligereza y afán simplificador- en Sancho Panza, mientras que valores que ponen en un muy secundario plano al bienestar material y priorizan la realización de ideales que sobrepasan la persona y se manifiestan en el bienestar de los demás se encarnan en Don Quijote. No importan los grados ni los niveles de preferencia, pero los seres humanos organizamos nuestras conductas en dos esferas: la del ser y la del deber ser. Con más o menos satisfacción nos acoplamos a las condiciones que nuestra circunstancia nos impone, pero con más o menos decisión nos proyectamos hacia una realidad que la consideramos mejor, ideal para nuestra concepción de la vida. No podemos dejar de hacer concesiones al mundo tal cual es, pero tampoco podemos dejar de rendir algún tipo de culto al mundo como quisiéramos que sea.

En toda vida hay una contraposición entre conformismo o conformidad con las condiciones en que toca vivir y de inconformismo y esfuerzo, por mínimo que sea, para lograr cambios. Aquellas personas en las que predomina el conformismo, viven menos humanamente en el sentido de que se dejan arrastrar a lo largo del tiempo, con placer o resignación, por las condiciones que el entorno vital ha establecido. El inconformismo lleva, en cambio, a proyectar las energías de que se dispone para superar esos condicionamientos y tratar de que el mundo que quisiéramos que sea se haga realidad. Somos seres temporalizados, somos continuidad y cambio, el predominio en la búsqueda del cambio define a unas personas mientras que la satisfacción con la continuidad define a otras. Don Quijote

es un personaje entregado de manera total al cambio, a la búsqueda de un mundo como él cree que debe ser y vive con tanta intensidad esta realidad ideal que se gana en su entorno la imagen de orate ya que vive en un mundo diferente. Sancho Panza, en cambio está tan centrado en su realidad que se convierte en un modelo de sentido común y mediana sensatez rayana en la mediocridad.

Sancho Panza -por lo menos la imagen simplificada que de él se ha divulgado- tiene sus ideales y decide acompañar a su amo con el propósito de lograrlos: el mejoramiento hasta los mayores niveles posibles de las satisfacciones materiales desterrando definitivamente de su vida y la de su familia cercana –Teresa y Sanchica- la escasez que como un fantasma ronda sus vidas, pero más allá del “buen yantar y el buen dormir”, sueña en posiciones que le den alguna forma de poder, de reconocimiento de los otros y de disfrutar de símbolos externos de mando y rango como carruajes y lujosa vestimenta; lo que demuestra su obsesión por la ínsula en cuyo gobierno sueña. Los ideales de Don Quijote superan definitivamente las reducidas limitaciones de la materia, El mundo en el que sueña es uno en el que impere de manera absoluta la justicia y la gran compensación a que aspira es el bienestar de los demás como consecuencia de la eliminación de abusos y abusadores de toda índole. Un mundo en el que el amor supere los materiales atractivos de la carne y se idealice en sentimientos nobles. Si alguna recompensa espera, es la gloria que no se mide en doblones.

Egoísmo y solidaridad son dos posiciones que se enfrentan en esta obra. La satisfacción de mi bienestar -con frecuencia prosaico y pedestre- usando a los demás para este propósito o lograr satisfacción cuando se da el bienestar de los otros para lo cual mi persona es un instrumento. Servirse de los otros o servir a los otros como lo hizo esa gran Quijote del siglo XX, Teresa de Calcuta. Generalizada

idea es identificar la renuncia individual para beneficio de los demás como un sacrificio, habría que pensar si es que quienes así actúan sufren o sienten satisfacción. Aristóteles dijo que el ser humano por naturaleza busca la felicidad, lo que varía es el camino que elige para alcanzarla. La recompensa en satisfacción cuando se renuncia al egoísmo es mucho mayor y rica que la que se obtiene para el placer personal que es transitorio e insuficiente. Gloria es una de las palabras que suele darse a esta forma de satisfacción y hay consenso para considerarla como de mayores kilates que los pequeños goces individuales y, sobre todo, que rompe las limitaciones del tiempo y perdura en la conciencia de los demás.

El inconformismo y la solidaridad de Don Quijote se fundamentan en su creencia de que este mundo, que alguna vez fue feliz, ha sido pervertido por una serie de instituciones y pautas de conducta establecidas por los propios seres humanos, como nos dice en el capítulo XI de la primera parte:

*“Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta edad de hierro tanto se estima se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su necesario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que libremente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la*

*fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para la defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían<sup>5</sup>*

Cree Don Quijote en que el mundo fue mejor y que es posible restaurar sus valores perdidos, además de las cómicas aventuras que se dan a lo largo de la obra, como las batallas contra los molinos de viento y los odres de vino, hay una serie de razonamientos sobre temas que destilan sensatez y sabiduría que salen de sus labios y que llevan a pensar en quienes los escuchan, cómo de una persona tildada de excéntrico puede salir tanta sapiencia. Además de estas ideas de los “viejos buenos tiempos” que parcialmente las he citado, hay otras disertaciones como aquella sobre las armas y las letras o los consejos que da a Sancho cuando ha sido nombrado gobernador de la tan apetecida ínsula y que deberían leerlos con cuidado todos quienes van a desempeñar funciones públicas.

Las ideas de cómo fue en el pasado el mundo y como se quiere que sea en el futuro; la secuencia fue, es y será nunca desaparecerá de la vida humana ya que siempre, por aceptables que sean las condiciones en un momento dado, siempre se buscará mejorarlas pues lo humano nunca es perfecto, pero sí perfectible y, por mucho que domine el egoísmo, siempre habrá alguna chispa de solidaridad. Estas

insatisfacciones y peculiaridades nuestras hacen que el Quijote, no importa los cambios y los progresos que se den, siempre será actual pues el camino hacia la perfección es interminable. Las lacras que la “civilización” ha dejado en la vida colectiva invitan a cambiarla como en el caso de los caballeros andantes o a evadirlas buscando una vida más cercana a las bondades de la naturaleza. El estilo pastoril hace presencia en varias ocasiones en esta obra y se la entiende como una forma de vida pura mediante la cual se logra un tipo de felicidad que las intrigas y tuerzos de la vida civilizada no pueden ofrecer. Cuando derrotado por el Caballero de la Blanca Luna se ve forzado a regresar a su tierra y permanecer por un año en su casa, considera con seriedad como alternativa de vida la pastoril. Es otro camino difundido en aquellos tiempos para superar la inconformidad con la organización social hipócrita e injusta.

## **Realismo mágico y caballerías**

Al leer algunas de las obras de esta corriente literaria, sobre todo las novelas con las que autores latinoamericanos fascinaron al mundo, con frecuencia pensé que, con las debidas distancias, los libros de caballería alguna similitud tenían con el realismo mágico y, por su puesto, con el mejor de todos, El Quijote. Para bien o para mal poseemos el don de la fantasía, de crear en nuestras mentes realidades distintas y de, de alguna manera, vivir esas experiencias. Frente al pensamiento científico que nos ata a una realidad condicionante e ineludible, el pensamiento mágico o mítico es también parte de nuestra existencia por mucho que se lo llame superstición o ingenuidad. En unas personas más que en otras, este tipo de realidad da sentido a la vida y proporciona satisfacciones o decepciones. Aunque no resistan a los rigores de la comprobación científica, muchas de estas creencias y experiencias juegan un papel en la estructuración de la vida y son tan reales como la ley de la

gravedad o la segunda ley de la termodinámica o entropía creciente. En buena medida, la realidad depende de la fuerza con que creamos en sus componentes, al margen de sus calificativos de científicos o fantasiosos.

La fuerza de lo mágico en la vida individual y colectiva, no es patrimonio de los pueblos “primitivos”, funciona también en los países considerados altamente civilizados. La creencia de que el número trece es portador de mala suerte carece de cualquier sustento racional, pero es tan difundida que en Estados Unidos y otros países del primer mundo, es frecuente encontrar hoteles que no tienen el piso con ese número y dentro del piso que las habitaciones pasan de la doce a la catorce. En un país tan pragmático que tiene como meta el éxito en los negocios y la satisfacción de los clientes, prescindir de estos números es una sabia estrategia de “marketing” ya que sería perder el tiempo tratar de convencer a los posibles clientes de lo absurdo de su creencia en los poderes negativos de este número, siendo preferible aceptar su irracional planteamiento y que se lleve una buena imagen de la organización.

Cuando algunos trataban de localizar físicamente a Macondo, una respuesta sensata era que esta población estaba esparcida en muchas partes de América Latina, pues la fuerza de la aceptación de componentes mágicos como elementos de la vida es algo generalizado. La cantidad de monstruos o gigantes descomunales de los libros de caballería son tan reales para las personas que vivieron esos tiempos como las interminables lluvias en Macondo en Cien años de Soledad de García Márquez o los prodigiosos efectos de las recetas de cocina preparadas en Como Agua Para Chocolate de Laura Esquivel. La transformación de la rústica Aldonza Lorenzo en la incomparable belleza de Dulcinea del Toboso, fue tan real para el caballero manchego como la ascensión al cielo de Remedios la Bella para los habitantes

de Macondo. Dejando a un lado el universo de estas novelas, más allá de lo que digan las fotografías, todo adolescente y joven tiene el poder mágico de convertir en Dulcinea a la chica que le quita el sueño, siendo esta coincidencia de lo externo e interno tan real en sus vidas, como cualquiera de las aventuras quijotescas. Poco afortunada es la tendencia a querer hacer una drástica separación en nuestras vidas de lo ficticio y lo real ya que la realidad depende, en buena medida, del peso e influencia que tenga en la planificación de las acciones, en el intento de hacer realidad el proyecto vital. Ortega y Gasset en sus meditaciones del Quijote nos dice:

*“Si se nos dice que Don Quijote pertenece íntegramente a la realidad, no nos enojaremos. Sólo haríamos notar que con Don Quijote entraría a formar parte de lo real su indómita voluntad. Y esa voluntad se halla henchida de una decisión: es la voluntad de la aventura. Don Quijote, que es real, quiere realmente las aventuras. Como el mismo dice: Bien podrán los encantadores quitarme la aventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible. Por eso con tan pasmosa facilidad transita de la sala del espectáculo al interior de la patraña. Es una naturaleza fronteriza, como lo es, en general, según Platón, la naturaleza del hombre”<sup>6</sup>*

.....

*“Verdad es que Don Quijote no anda en su juicio. Pero el problema no queda resuelto porque Don Quijote sea declarado demente. Lo que en él es anormal ha sido y seguirá siendo normal en la humanidad. Bien que esos gigantes no lo sean; pero....¿y los otros?, quiero decir, ¿y los gigantes en general? ¿De dónde ha sacado el hombre los gigantes? Porque ni los hubo ni los hay en realidad. Fuere cuando fuere la ocasión en que el hombre pensó por vez primera los gigantes*

*no se diferencian en nada esencial de esta escena cervantina. Siempre se trata de una cosa que no era gigante, pero que mirada desde su vertiente ideal tendía a hacerse gigante”<sup>7</sup>.*

Imposible renunciar a lo mágico en la vida, si la magia es parte de nuestra realidad, el realismo mágico que hay en los libros de caballería y de manera especial en el Quijote contribuirá a que esta obra nunca pierda actualidad. Por siglos, una rígida visión racionalista de la vida ha hecho que nos separemos de la realidad y la analicemos como algo ajeno para sacarle el mayor provecho posible minimizando los aspectos mágicos con los que estamos más involucrados. Hace falta que se dé, como dice Morris Berman en su libro un “Reencantamiento del Mundo”.

El choque de la realidad caballerescas que existe en la mente de Don Quijote y la realidad común por la que deambulan Sancho y los demás personajes, es la tónica de esta novela, pero hay algunas escenas que sobrepasan este realismo mágico y llevan a mundos diferentes como es el caso de la Cueva de Montesinos a la que descende el restaurador de la caballería andante y lo que en ella dice haber visto, que es puesto en duda por su escudero, que cada vez va creyendo más en los personajes y hechos imaginarios de su caballero. El vuelo en clavileño sobrepasa la fantasía, pero es en este caso Sancho Panza el que cuenta haber visto realidades insólitas que son puestas en duda por Don Quijote, poniéndose de manifiesto el proceso que tiene lugar a lo largo de la obra: la quijotización de Sancho y la sanchificación de Don Quijote, es decir el debilitamiento del contenido mágico del mundo en el caballero y el robustecimiento en el escudero. Luego de que Sancho termina de narrar sus visiones en el cielo, Don Quijote le hace un aparte y le propone una transacción para que la credibilidad de los dos no quede en duda:

*“Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más”* <sup>8</sup>

## **Novela de humor o humor en la novela**

La vida humana, cualquiera sea su forma de organización, está sujeta a normas que, al rebajar lo biológico, tienen su dominio en el campo de lo social. La expectativa de que esas normas sean cumplidas por todos con rigidez genera tensiones y, reales o supuestas fallas en su cumplimiento, conducen a que se den una serie de alteraciones síquicas que se engloban en nuestros días en el término “stress”. Cuando se producen hechos insólitos que de alguna manera alteran el orden establecido, una reacción humana, muy humana es la risa que es una respuesta festiva ante estas rupturas que dan lugar a un alivio o mitigación de esas tensiones, surgiendo en torno a esta posibilidad de reacción lo que en los últimos tiempos se conoce con el nombre de humor, ya que la risa como respuesta puede darse ante algo que no ha tenido la intención de provocarla o algo que ha sido planificado con este propósito.

El humor tiene diferentes niveles y puede darse desde la aparición de un payaso de circo con enormes zapatos y vestimenta exagerada que se tropieza y cae en el escenario, hasta formas de replanteamientos de la manera como está organizada la existencia humana al hacer del ridículo un instrumento de crítica o manifestación de inconformidad. Si la vida es un proyecto para realizar valores, las personas que en ello se empeñan pueden alcanzar la categoría de héroes por los avances realizados y los esfuerzos puestos, o pueden caer en el ridículo al fracasar estruendosamente en sus metas. Los caminos hacia la realización de ideales

parten de lo vulgar y común y aspiran a llegar a lo excelente y fuera de lo común. En el campo del teatro como género literario, la tragedia busca la personificación del héroe que suele ser víctima por su persistencia y afán en plasmar un ideal, mientras que la comedia resalta lo cómico que es otra forma de fracaso por haber escogido los caminos no acertados. En la misma obra, Ortega y Gasset nos dice:

*“Solemos abrigar una grande desconfianza hacia todo el que quiere hacer usos nuevos. No pedimos justificación al que no se afana en rebasar la línea vulgar, pero la exigimos perentoriamente al esforzado que intenta trascenderla. Pocas cosas odia tanto nuestro plebeyo interior como el ambicioso. Y el héroe, claro está, que empieza por ser un ambicioso. La vulgaridad no nos irrita tanto como las pretensiones. De aquí que el héroe ande siempre a dos dedos de caer, no en la desgracia, que esto sería subir a ello, sino de caer en el ridículo. El aforismo de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso formula este peligro que amenaza genuinamente al héroe. ¡Ay de él como no justifique con exuberancia de grandeza, con sobra de calidades, su pretensión de no ser como los demás, como son las cosas!”*

.....

*“Como el carácter de lo heroico estriba en la voluntad de ser lo que aún no se es, tiene el personaje trágico medio cuerpo fuera de la realidad. Con tirarle de los pies y volverle a ella por completo, queda convertido en un carácter cómico. Difícilmente, a fuerza de fuerzas, se incorpora sobre la inercia real la noble ficción heroica: toda ella vive de aspiración. Su testimonio es el futuro. La vis cómica se limita a acentuar la vertiente del héroe que da hacia la pura materialidad”.<sup>9</sup>*

.....

*Eso acontece con Don Quijote cuando, no contento con afirmar su voluntad de la aventura, se obstina en creerse aventurero. La novela inmortal está a pique de convertirse simplemente en comedia. Siempre va el canto de un duro, según hemos indicado, de la novela a la pura comedia. A los primeros lectores del Quijote debió parecerles tal aquella novedad literaria”.<sup>10</sup>*

¿Es el Quijote una novela de humor? La respuesta es sí y de los más altos niveles en este campo de la creatividad humana. Es posible que para algunos, como en ese “cómic” para niños al que hice referencia, el humor se agote en chanzas y para otros en las graciosas pláticas de Sancho con su amo u otros de los integrantes de la obra. Hay quienes aplaudirán el ingenio de los Duques para tramar toda suerte de situaciones y divertirse a costa de la ingenuidad o demencia de estos personajes. Pero el Quijote va mucho más lejos en cuanto el humor disperso en la obra nos lleva a meditar en las posibilidades y límites de la condición humana, en cómo los indiscutibles grandes ideales, cuando se toman medidas para realizarlos, se vuelven risibles, cómo, según lo dijo Ortega y Gasset entre el heroísmo y el ridículo puede haber un espacio mínimo. En cómo es una salida fácil para evadir compromisos con algunos tipos de cambio, considerarlos irrealizables o “cosas de locos”. Se dice con frecuencia que el ser humano es el único animal que ríe porque su capacidad de razonar y reaccionar emotivamente ante la realidad le permite esta forma de evasión festiva. El Quijote invita a la risa y a la reflexión que ronda entre el heroísmo y el ridículo de allí que, mientras existan seres humanos, por mucho que cambien las circunstancias, Don Quijote estará presente.

## El Quijote y el amor

Es casi imposible que exista una novela en la que, de una manera u otra, esté desterrado el amor. Tiene esta palabra tantos sentidos y es susceptible de tantas interpretaciones que hace referencia a un fenómeno universal esencial a la persona humana. En su dimensión más difundida, la que se da entre el atractivo y relación íntima entre personas de diferente género –en nuestros días, si se proyecta al mismo, ha dejado de ser considerada una obra de Satán– encontramos en esta obra, la casi visión platónica con la idealización de Dulcinea y los códigos que para los caballeros andantes implican la vinculación a la dama de sus sueños, hasta la prosaica relación sexual por paga como es el caso de la Maritornes que comparte por horas el lecho con los arrieros en una de las ventas y mantiene un tipo de encuentro íntimo, que en nuestros días se denomina “hacer el amor” y que no es otra cosa que un eufemismo para referirse a meras relaciones sexuales al margen de si es la culminación de vinculaciones afectivas o mero apetito carnal.

En mayor o menor grado las dos formas, con una amplia gama de matices perduran y la idealización del ser amado –no importa el grado– es una experiencia que casi todos la hemos tenido. La transformación de Aldonza Lorenzo en Dulcinea del Toboso, con las debidas distancias y niveles se sigue dando, no sólo en personalidades superiores, sino en gentes comunes y corrientes. El aserto que tanto repetimos: el amor es ciego no es otra cosa que la diferencia que existe en cómo el ser amado es realmente, visto desde fuera y la manera cómo lo transformamos interiormente. La ceguera hace que exaltemos interiormente a la persona amada y si realmente hay amor, es normal que exageremos sus méritos y cualidades y minimicemos sus limitaciones y defectos. El Quijote distingue entre deseo y amor; lo usual es que los dos elementos estén unidos pero también es

verdad que puede en este tipo de relación existir deseo sin amor y, a la inversa, aunque con menos frecuencia, amor sin deseo.

El amor no se limita a la atracción entre personas, normalmente de distinto género, existe de hecho como una forma de renuncia a las aspiraciones e intereses personales para lograr el bienestar de aquello que se ama que, además de personas concretas, de Dulcineas, puede proyectarse hacia grupos, la humanidad global, la naturaleza a la manera de San Francisco de Asís o a entes abstractos como la patria. Ortega y Gasset, en la obra que guía este artículo nos dice:

*“El amor nos liga a las cosas aunque sea pasajera. Pregúntese el lector ¿qué carácter nuevo sobreviene a una cosa cuando se vierte sobre ella la calidad de amada? ¿Qué es lo que sentimos cuando amamos una mujer, cuando amamos la ciencia, cuando amamos la patria? Y antes que otra nota hallaremos ésta: aquello que decimos amar se nos presenta como algo imprescindible, ¡Imprescindible! Es decir, que no podemos vivir sin ello, que no podemos admitir una vida donde nosotros existiéramos y lo amado no –que lo consideremos como una parte de nosotros mismos- Hay, por consiguiente, en el amor una ampliación de la individualidad que absorbe otras cosas dentro de ésta, que las funde con nosotros. <sup>11</sup>*

.....

*Llámase en un diálogo platónico, a este afán de comprensión locura erótica. Pero aunque no fuera la forma originaria, la génesis y la culminación de todo amor un ímpetu de comprender las cosas, creo que es un síntoma forzoso. Yo desconfío del amor de un hombre a su amigo o a su bandera cuando no le veo esforzarse en comprender al enemigo o a la bandera hostil.*

.....  
*Con aguda mirada ya había Nietzsche descubierto en ciertas actitudes morales formas y productos del rencor. Nada que de éste provenga puede sernos simpático. El rencor es una emanación de la conciencia de inferioridad. Es la supresión imaginaria de quien no podemos con nuestras propias fuerzas realmente suprimirle. Lleva en nuestra fantasía aquel por quien sentimos rencor, el aspecto lívido de un cadáver; lo hemos matado, aniquilado con la intención.*"<sup>12</sup>

El amor llega a una de sus mayores expresiones cuando su objeto son todos los demás y se renuncia a aspiraciones legítimas personales para lograr alguna forma de bienestar de los otros. Esto hace Alonso Quijano cuando, renunciando inclusive a su nombre para llamarse Don Quijote de la Mancha, deja su pueblo en el que había vivido largos años en la cómoda condición de hidalgo que encontraba solaz en la caza y la lectura, para recorrer sus mundos combatiendo la injusticia y buscando la manera de hacer un bien a los otros. Sus enemigos son los causantes de esos daños y contra ellos arremete, siendo su única meta combatir la explotación y la injusticia, en otras palabras hacer el bien. No hay personas concretas contra las que busca combatir, salir en búsqueda de aventuras para desfacer tuertos es impersonalizar el amor en el sentido positivo del término ya que todo aquel que es víctima de un daño de cualquier índole es objeto de su acción y, si es que el rencor -antípoda del amor- según afirma Ortega y Gasset, implica la muerte en la mente de aquel por quien sentimos este rechazo, todos los causantes del mal y la injusticia son objeto de este rencor quijotesco.

El amor entre parejas, en sus múltiples manifestaciones, aparece en el Quijote a lo largo de sus dos

partes; Grisóstomo y Marcela, Cardenio y Luscinda, Dorotea y Fernando, Anselmo, Lotario y Camila en la novela del “Curioso Impertinente” que se inserta en la obra, Zoraida y el cautivo, Quiteria la Hermosa, Camacho el Rico y Basilio el Pobre; la Dueña Dolorida, Altisidora y Doña Rodríguez, Claudia y Roque desfilan por las páginas de esta obra mostrándonos las venturas y desventuras a que puede llevar esta pasión, los engaños y desengaños, el triunfo del auténtico amor sobre las conveniencias de un matrimonio planificado en función de ventajas económicas. Los malsanos afanes por probar hasta el extremo la fidelidad de la mujer querida y la excesiva confianza en la lealtad de un amigo que, como todo ser humano, no es ajeno a las repetidas oportunidades que la cercanía, rayana en la intimidad, de una mujer genera, es la moraleja del Curioso Impertinente que bien podría ser una de las Novelas Ejemplares. Las pruebas a la lealtad caballeresca urdida por los Duques a través de Altisidora y el triunfo de Dulcinea en el espíritu de Don Quijote son escenas que muestran las casi inagotables dimensiones del amor.

## **Los caminos del Quijote**

Bien está el deleite que nos regala la lectura del Quijote, digo más bien las lecturas, pues es de aquellas obras que nos invita a volver sobre sus páginas para encontrar en cada incursión cosas nuevas que pasaron desapercibidas. Más allá del deleite, el Quijote es una obra que incita a la reflexión, es decir a pensar qué se encuentra más allá de las escenas jocosas y de la manera de sortearlas por parte de los que su autor considera gente cuerda. El Quijote es una obra llena de lecciones que no se agotan con el paso de los años sino que siguen vigentes al margen de los cambios tecnológicos y culturales, inevitables en el ser humano y su gran creatividad que se expresa en los tipos de cultura y las diferentes respuestas que se dan a los mismos problemas en épocas distintas o a problemas que antes no existieron pero que hoy irrumpen en la vida.

En los años cincuenta del pasado siglo, cuando estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca, me sumergí en las páginas de Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset para intentar comprender de mejor manera las ideas que tenían sobre la realidad de los finales del siglo XIX y primera mitad del XX. Me impresionó el poder y la fuerza que Don Quijote mantenía en quienes se esforzaban en pensar cuando leí Vida de Don Quijote y Sancho de Unamuno y Meditaciones del Quijote de Ortega. Con motivo de este cuarto centenario he vuelto a leer estos libros encontrando que no han perdido un ápice de su lozanía y profundidad. En las mentadas Meditaciones nos dice Ortega la casi inagotable dimensión de esta obra cuando la leemos y releemos:

*“Pero el secreto de una genial obra de arte no se entrega de este modo a la invasión intelectual. Diríamos que se resiste a ser tomado por la fuerza, y sólo se entrega a quien quiere. Necesita, cual la verdad científica, que le dediquemos una operosa atención, pero sin que vayamos sobre él rectos, a uso de venadores. Una obra del rango del Quijote debe ser tomada como Jericó. En amplios giros, nuestros pensamientos y nuestras emociones, han de ir la estrechando lentamente, dando al aire como sonos de ideales trompetas”.* <sup>13</sup>

Ni de lejos pretendió Cervantes al escribir esta obra darnos una verdad o lo que él creía acerca de la problemática del ser humano y el entorno social en el que se desarrolla. Es frecuente que el autor no anticipó el efecto que en el público iba a tener, y peor aún que el público se ampliara de manera gigantesca. Tuvo el Quijote un éxito editorial inmediato en una época como la del Siglo de Oro de la Literatura Española en que abundaron escritores de primera calidad, pero su obra maestra, al generar inquietudes e incitarnos a

pensar en el sentido profundo de sus planteamientos que sobrepasan lo festivo, nos lleva a dar pasos por el interminable camino por el que intentamos acercarnos a la verdad, robusteciendo nuestra voluntad en esta búsqueda.

*“Quien quiera enseñarnos una verdad que no nos la diga: simplemente que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, deslizándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la nueva verdad. Las verdades, una vez sabidas, adquieren una costra utilitaria; no nos interesan ya como verdades, sino como recetas útiles”.* <sup>14</sup>

.....

*Pero estas realidades superiores son más pudorosas; no caen sobre nosotros como sobre presas. Al contrario, para hacerse patentes nos ponen una condición: que queramos su existencia y nos esforcemos hacia ellas. Viven, pues, en cierto modo, apoyadas en nuestra voluntad. La ciencia, el arte, la justicia, la cortesía, la religión son órbitas de la realidad que no invaden bárbaramente nuestras personas, como hace el hambre o el frío; sólo existen para quien tiene la voluntad de ellas.”* <sup>15</sup>

La voluntad de justicia, de cambiar al mundo es lo que da consistencia a las aventuras de Don Quijote al margen de sus fracasos y del triunfo de las tretas usadas por el cura, el barbero y el Bachiller Sansón Carrasco para devolverle la magra voluntad de disfrutar de los cansinos placeres de la vida de hidalgo, sin contar siquiera con su biblioteca de caballería que fue sometida a un sui géneris tribunal de la inquisición. Una gran lección de esta novela consiste en que no es suficiente pensar en ideales sino en actuar para que abandonen el cómodo mundo de la elucubración, sin dejarnos atemorizar por fracasos o juicios negativos que otros hagan de las obras que se intenta realizar.

En 1965, hace cuarenta años, basada en una obra escrita por Dale Wasserman, con música de Match Leigh y versos de Joe Darion, se estrenó en New York la revista musical “Man of la Mancha” basada en el Quijote con los mismos personajes principales y variaciones que justifican la necesidad de reducir la extensa novela, pero manteniendo el mismo espíritu idealista, la ruptura del sentido común y exaltando la nobleza de ideas y metas y su importancia en la vida humana. El éxito de esta revista musical fue notable y en 1972 se hizo una película de muy alta calidad en la que actuaron Peter O Toole, Sofía Loren y James Coco. Fue una demostración más de la vitalidad del Quijote cuya manera de ser y actuar es y será motivo de nuevas versiones. Uno de los poemas, con excelente música, que impactó fue “The Quest”, La Misión, en la que el caballero de la Mancha da a conocer a Dulcinea la razón de ser de la forma de vida que eligió:

Soñar un sueño imposible  
Luchar con un enemigo invencible  
Soportar una pena insoportable  
Correr donde los más valientes no se atreven  
Enderezar el error más torcido

Amar con pureza ideal  
Intentar cuando se está agotado  
Alcanzar la estrella inalcanzable.

Esta es mi misión,  
Seguir a esa estrella  
No importa si sin esperanzas,  
No importa cuan lejana esté,  
Pelear por lo justo  
Sin dudas ni descanso,  
Estar dispuesto a ir al infierno  
Por una causa celestial.

Si persisto en esta gloriosa misión  
Mi corazón estará en paz y calma  
Cuando termine mi vida.  
Y el mundo habrá mejorado  
Cuando un hombre incomprendido y lleno de cicatrices  
Trató con su última chispa de coraje  
De alcanzar la estrella inalcanzable

## **Notas:**

<sup>1</sup> Estos planteamientos del Dr. Álvarez González se encuentran en su libro “Las Exclusivas del Hombre” publicado por la Universidad de Cuenca el año 2003

<sup>2</sup> Ortega y Gasset, José, Meditaciones del Quijote, Obras Completas Tomo VII, 1963, Revista de Occidente, Madrid, Pág. 319

<sup>3</sup> *Ibíd.* Pág. 322

<sup>4</sup> Unamuno Miguel, Ensayos, Vida de Don Quijote y Sancho, Tomo II, 1951, Aguilar S.A. de Ediciones, Madrid. Pág. 115

<sup>5</sup> El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, 1963, Pérez del Hoyo Editor, Madrid, Págs. 69 70.

<sup>6</sup> *Ibíd.* Pág. 382.

<sup>7</sup> *Ibíd.* Pág. 385.

<sup>8</sup> *Ibíd.* Pág. 433.

<sup>9</sup> *Ibíd.* Pág. 395.

<sup>10</sup> *Ibíd.* Pág. 396.

<sup>11</sup> *Ibíd.* Pág. 312.

<sup>12</sup> *Ibíd.* Pág. 314.

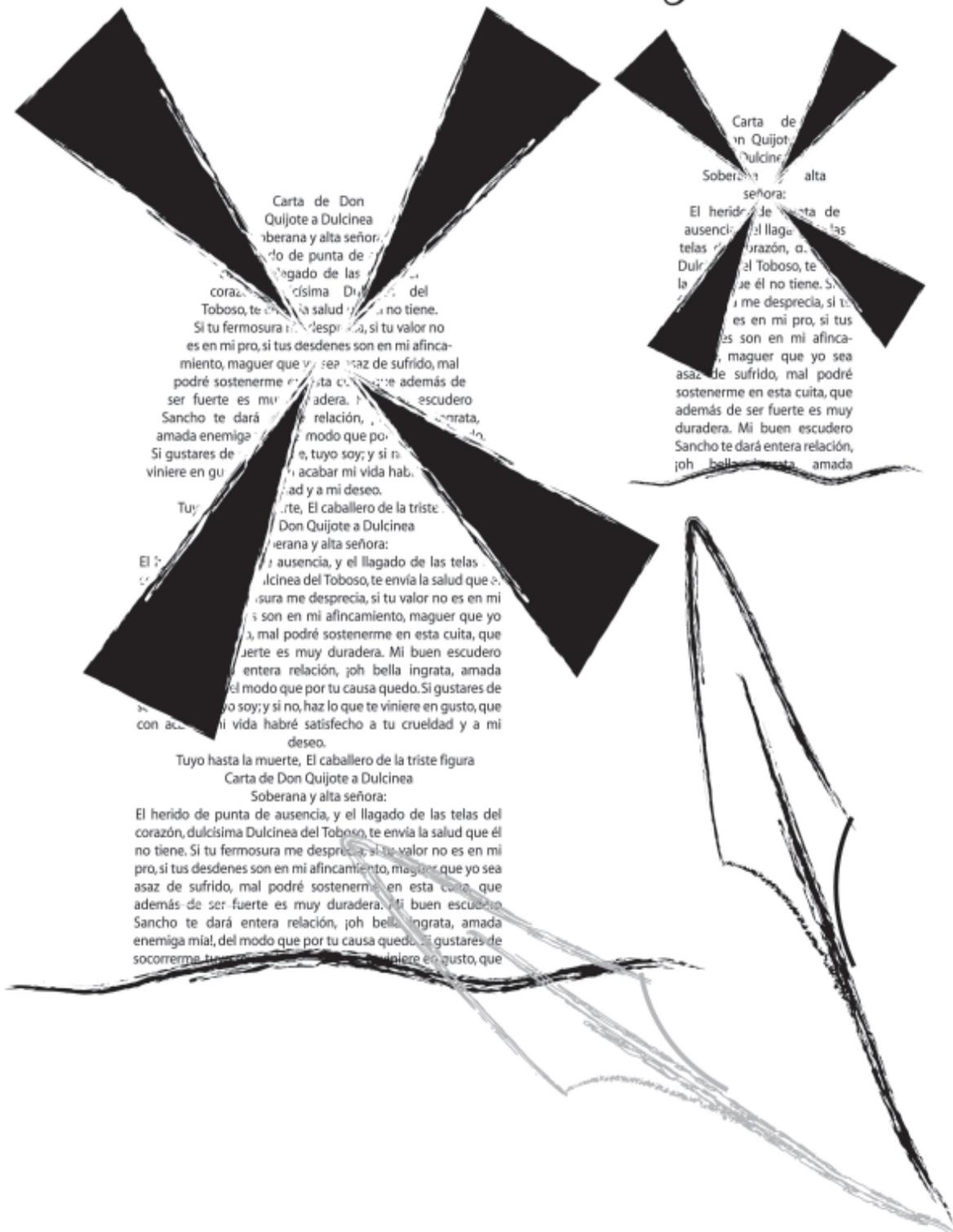
<sup>13</sup> Ibíd. Pág. 327.

<sup>14</sup> Ibíd. Pág. 335.

<sup>15</sup> Ibíd. Pág. 336.



# EL QUIJOTE



## EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA (Ensayo Iconológico) Miguel de Unamuno



“Yo apostaré -dijo Sancho- que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado a éstas”.

“Tienes razón, Sancho -dijo Don Quijote-; porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le preguntaban qué pintaba respondía: “lo que saliere”. Y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: “este es gallo”, porque no pensasen que era zorra.”  
(Del cap. LXXI de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.)

Tarea es la de pintar a Don Quijote harto más difícil que la de hinchar un perro, y empresa de las más dignas de pintor español. No es de *ilustrar* la obra imperecedera de Cervantes, sino de vestir de carne visible y concreta un espíritu individual y vivo, no mera idea abstracta; empeño nunca tan oportuno como ahora, en que anda por esos mundos de Dios revolviéndose y buscando postura el simbolismo pictórico. Tiene éste en España un símbolo que ni pintado, y es Don Quijote, *símbolo* verdadero y profundo, símbolo en toda la fuerza etimológica y tradicional del vocablo, concreción y resumen vivo de realidades, cuanto más ideales más reales, no mero abstracto engendrado por exclusiones.

Invito al lector a que divaguemos un poco acerca de la expresión pictórica de este símbolo vivo.

Los datos para pintar a Don Quijote hay que ir a buscarlos en la obra de Cide Hamete Benengeli, dentro de ella y fuera de ella también; en la obra de Cide Hamete, por

haber éste sido su biógrafo; dentro de ella se descubren honduras que el buen biógrafo no caló siquiera; y fuera de ella, porque fuera de ella vivió y vive el ingenioso hidalgo.

Con escrupuloso cuidado me he entretenido en entresacar de las páginas vivas de *El Ingenioso Hidalgo* cuantos pasajes se refieren más o menos directamente a los caracteres físicos de Don Quijote.

Helos aquí, numerados; advirtiendo que el lector poco paciente puede muy bien pasarlos por alto:

I. “Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza”  
(Part. I, Cap. I)

II. “Por otro nombre se llama *El Caballero de la Triste Figura*.... verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto”.  
(Part. I, Cap. XIX)

III. “....viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente.”  
(Part. I, Cap. XXXVII).

IV. “Tomad, señora, esa mano... No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene”.  
(Part. I, Cap. XLII)

V. “.... tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia”.  
(Part. II, Cap. I)

VI. "... es un hombre alto de cuerpo seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, los bigotes grandes, negros y caídos."

(Part. II, Cap. XIV)

VII. "Admiróle (al caballero del Verde Gabán)... la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro."

(Part. II, Cap. XVI)

VIII. "Comenzó a correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote... Después de haberse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada."

(Part. II, Cap. XVII)

IX. "Quedó Don Quijote después de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubón de gamuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por dentro se besaban la una con la otra, figura que, a no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa, reventaran riendo."

(Part. II, Cap. XXXI)

X. "Púsose Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban..."

(Part. II, Cap. XXXI)

XI. "llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote; el cual, sin hablar una palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos lavar las barbas; y así, tendió la suya cuanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, mas por todo el rostro, etc."

(Part. II, Cap. XXXII)

XII. “Como no tenía estribos (subido en *Clavileño*), y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada o tejida en algún romano triunfo.”  
(Part. II, Cap. XLI)

XIII. “Y si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán a la sepultura. Yo me pelaría las mías, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras.”  
(Part. II, Cap. XL)

XIV. \_ “le saltó (uno de los gatos) al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes-”  
(Part. II, Cap. XLVI)

XV. “Así como le vió (Doña Rodríguez) tan alto y tan amarillo.”  
(Part. II, Cap. XLVIII)

XVI. “Vió Roque Guinart a Don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza.”  
(Part. II Cap. LX)

XVII. “Era de ver la figura de Don Quijote: largo, tendido, flaco; amarillo, estrecho en el vestido, desairado y, sobre todo, no nada ligero.”  
(Part. II, Cap. LXII)

Con estos diecisiete pasajes a la vista puede ya componer cualquier Orbaneja un Don Quijote para salir del paso. El sexto de ellos, que es la descripción que del hidalgo manchego dio el socarrón del bachiller Carrasco cuando la aventura del caballero del bosque, ha servido de pasaporte clásico para todas las pinturas que de él se han hecho. Y ni aún la tal cédula se ha respetado siempre, pues a menudo le retratan con bigotes de retorcidas y apuntadas guías y no “caídos”.

El más exigente documentista espero haya de darse por contento con tan minuciosa documentación como la de los diecisiete pasajes preinsertos. De seguro no la llevaban más cumplida los cuadrilleros de la Santa Hermandad que habían tomado sus señas para prender a aquel “salteador de caminos”, y cuidado si es escrupulosa la justicia oficial en todo esto del documento humano y el realismo de rastro.

Datos hay en los expuestos que a primera vista parecerán impertinentes, como el del pasaje XIV; mas pronto echará de ver por él el discreto lector que tal debían de andar de tamaño las narices de Don Quijote cuando se las pudo asir un gato con las uñas y los dientes a la vez. No hay hecho insignificante, y bien lo prueba el registro antropométrico recién instalado en la Cárcel Modelo (1),

Datos también de excepcional interés, aunque no constan en la preinserta documentación, son los de que fuera “opinión” que Don Quijote “muchos años fue enfermo de los riñones” (Cap. XVIII de la segunda parte); a lo que añadido que su color amarillo y sus actos le acreditan de bilioso, y el de que tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos (P. I. Cap. XX), porque venteadando bien estos rastros podría tal vez un buen sabueso mental poner en claro el temperamento y la idiosincrasia quijotesca. ¡Lástima que no haya emprendido aún algún ducho cervantista la tarea de un estudio fisiológico acerca de Don Quijote! Creo, por mi parte, sin haber ahondado el punto, que debió de ser su temperamento caliente y seco, y que con esto y el *Examen de ingenios*, del doctor Huarte, se podría ir muy lejos.

Cide Hamete Benengeli debió de ser biógrafo puntualísimo y documentista de los más nimios, como buen árabe; pero su traductor, el bueno de Cervantes, al llegar al pasaje aquel en que Don Quijote llega a la casa de don Diego

Miranda, el Caballero del Verde Gabán (Cap. XVIII, de la segunda parte), nos dice:

“Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras menudencias en silencio, porque no venía bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene fuerza en la verdad que en las frías digresiones”.

La verdad con su fuerza a un lado; a otro, las menudencias y frías digresiones, las circunstancias que pintan con tan escribanesca fidelidad en sus *estudios* literarios los documentistas de todos los tiempos.

¿Y qué es la verdad? ¿Qué es aquí la verdad y su fuerza?

La verdad es el hecho, pero el hecho total y vivo, el hecho maravilloso de la vida universal, arraigada en miserias. Los hechos (2), las menudencias, redúcense con el análisis y la anatomía a polvo de hechos desapareciendo su realidad viva.

La fuerza de la verdad de Don Quijote está en su alma, en su alma castellana y humana, y la verdad de su figura, en que refleje ésta tal alma. Pero ¿hemos de sacar de su alma su semblante o de su semblante su alma? Preguntará alguien, añadiendo que de los rasgos de su fisonomía y caracteres físicos podremos, mediante su temperamento, vislumbrar algo más de la verdad de su alma. A lo cual contesta el mismo Don Quijote al describir (en el capítulo I de la segunda parte) las facciones de Amadís, Reinaldos y Roldán, que, “por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar en buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas”.

*¡En buena filosofía!* No peor, por lo menos, que la de querer sacar de las facciones, del color y de la estatura las hazañas que se han cumplido y la condición que se tiene; que si de aquellas se deducen éstas, de éstas se deducirán aquéllas. Convertibilidad es ésta que escapa a los que a nombre ya del idealismo, ya del realismo, convertibles también, pelean por una y otra doctrina como lo hicieran dos caballeros por el color de un escudo de que sólo vió cada cual un lado, según profunda parábola de Carpenter. Para Don Quijote, la buena filosofía era, como es natural, la suya, la castellana, el realismo que saca de las hazañas las facciones, que procede de dentro a afuera, centrífugo, volitivo, el que convierte los molinos en gigantes, no más insano que el que hace de los gigantes molinos, ni menos realismo que él, ni menos que él idealista. En fin de cuentas, ni las facciones hacen hazañas ni éstas a aquéllas, como no precede el órgano a la función ni la función al órgano, sino que todo hace a todo; fluyendo incesante de la gran causa total, causa y efecto a la vez, causa-efecto o ni causa ni efecto, como se quiera, que, en llegando acá, todo es uno y lo mismo. Y basta de libros de caballerías metafísicas, que al buen Alonso Quijano “del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”.

El pintor que quiera, pues, pintar a Don Quijote *en buena filosofía* quijotesca ha de sacar de sus hazañas y condición sus facciones, su color y su estatura, sirviéndose de los datos empíricos que Cide Hamete nos proporciona como de comprobantes a lo sumo. Para conseguirlo ha de descubrir el pintor su alma, siendo el medio el que inspirado por aquellas estupendas hazañas y sublime condición desentierre de su propia alma el alma quijotesca, y si por acaso no la llevara dentro, renuncie desde luego a la empresa, guardada para otro, teniendo en cuenta aquello que dijo el mismo Don Quijote:

“Retrátame el que quisiere, pero no me maltrate que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias”

(P. II, Cap. LIX)

Retratar a Don Quijote sin maltratarle es vestir su alma con cuerpo individual transparente, es hacer simbolismo pictórico en el grado de mayor concentración y fuerza, en un hombre símbolo. Y para hacer esto hace de buscar el alma de hidalgo manchego en las eternas páginas de Cide Hamete, pero también fuera de ellas.

Don Quijote vivió y vive fuera de ellas, y el pintor español digno de retratarlo puede sorprenderle vivo en las profundas honduras de su propio espíritu, si busca en él con amor y lo ahonda y escarba con contemplación persistente. Cide Hamete no hizo otra cosa que trazar la biografía de un ser vivo y real; y como hay no pocos que viven en el error de que jamás hubo tal Don Quijote, hay que tomarse el trabajo que se tomaba él en persuadir a las gentes de que hubo caballeros andantes en el mundo.

Tan luego como una ciencia analítica y anatomizadora hunde el escalpelo en la trama, viva, en que se entretajan y confunden la leyenda y la Historia, o trata de señalar confines entre ellas y la novela y la fábula y el mito, con la vida se disipa la verdad, quedando sólo la verosimilitud, tan útil a documentistas y cuadrilleros de toda laya. Sólo matando la vida, y la verdad verdadera con ella, se puede separar al héroe histórico del novelesco, del mítico, del fabuloso o del legendario, y sostener que el uno existió del todo o casi del todo; el otro, a medias, y el de más allá, de ninguna manera; porque existir es vivir, y quien obra existe.

Existir es obrar, y Don Quijote, ¿no ha obrado y obra en los espíritus tan activa y vivamente como en el suyo

obraron los caballeros andantes que le habían precedido, tan activa y vivamente como tantos otros héroes, de cuya realidad histórica no falta algún don Alvaro Tarfe que atestigüe? (3).

El alma de un pueblo se empreña del héroe venidero antes que éste brote a luz de vida, le presiente como condensación de un espíritu difuso en ella, y espera su advenimiento. En cada época, se dice, surge el héroe que hace falta. Claro está; como en cada época respira el héroe las grandes ideas de entonces, las únicas entonces grandes; siente las necesidades de su tiempo, únicas en su tiempo necesarias, y en una y otras se empapa. Y todo otro héroe que el que hace falta acabaría en la miseria o el desprecio, en la galera o la casa de orates, en el cadalso tal vez.

No es el héroe otra cosa que el alma colectiva individualizada, el que, por sentir más al unísono con el pueblo, siente de un modo más personal; el prototipo y resultante, el nodo espiritual del pueblo. Y no puede decirse que guíen a éste, sino que son su conciencia y el verbo de sus aspiraciones.

El héroe, presentido en preñez augusta, es muchas veces harto sublime para vestir carne mortal, o sobrado estrecho el ámbito que haya de recibirle; brota entonces ideal, legendario o novelesco, no de vientre de mujer, sino de fantasía de varón. Héroes son éstos que viven y pelean y guían a los pueblos a la lucha, y en ella los sostienen, no menos reales y vivos que los de carne y hueso, tangibles y perecederos. El gran Capitán, o Francisco Pizarro o Hernán Cortés, llevaron a sus soldados a la victoria; pero no es menos cierto que Don Quijote ha sostenido los ánimos de esforzados luchadores, infundiéndoles brío y fe, consuelo en la derrota, moderación en el triunfo. Con nosotros vive y en nosotros alienta; momentos hay en la vida en que se le ve surgir caballero en su *Rocinante*, viniendo a ayudar, como Santiago, a los que le invocan. Obrar es existir, y ¡cuántos vivientes

carnales, aprisionados en el estrecho *hoy* obran menos que el sublime loco en que renació glorioso Alonso Quijano al perder, secándosele el cerebro, el juicio! Cuando volvamos a la tierra, de que salimos, ¿quedará de nosotros mucho más que de Don Quijote queda? ¿Qué queda de Cide Hamete, su Biógrafo? El mundo pasajero y contingente va produciendo el permanente y necesario de nuestro espíritu, es su mayor realidad ésta; la Historia toda es la idealización de lo real por la realización del ideal. ¿Hizo Homero a Aquiles, o éste a aquél?

“Porque querer dar a entender a nadie que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta; porque, ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir a otro que no fué verdad lo de la Infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno? Que voto a tal que es tanta verdad como es ahora de día; *y si es mentira, también lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los Doce Pares de Francia, ni el rey Artús de Inglaterra..*” (Parte I, Cap. XLIX)

Tenía razón en esto Don Quijote, y los que, motejándole de loco de remate, le apedrean al verle enjaulado, pecan de qui jotismo más de siete veces al día; porque, ¿Quién de esos censores no aplica a cada paso la máxima oculta del qui jotismo: es hermoso, luego es verdad? (4).

Personajes novelescos hay que no pasan de *homúnculos*, por brotar de la fantasía virgen de su autor; pero otros son hijos de verdadera generación sexuada, de una fantasía fecundada y hecha madre por el alma de un pueblo. El héroe legendario y novelesco es, como el histórico, individualización del alma de un pueblo, y como quiera que

obra, existe. Del alma castellana brotó Don Quijote, vivo como ella.

Sumergiéndose con recogido espíritu en el alma quiijotesca, es como mejor el pintor llegará a la visión del sublime hidalgo, sacando *en buena filosofía*, de la condición de aquélla, las facciones, el color y la estatura del cuerpo en que se encarnó.

Más también vió Cide Hamete, por su parte, a su héroe, en tejido visible, con facciones, color y estatura, y lo vió con visión prodigiosa, que es lo que da singular importancia a los pasajes que van a la cabeza de ese ensayo. Porque sucede a las veces que un revelador de un héroe no ve bien la figura de éste por falta, tal vez, de genialidad visiva. Así, Shakespeare, en la escena II del acto V del *Hamlet*, cuando luchan éste y Laertes, hace decir a la reina que está aquél gordo y es escaso de aliento, ofreciéndole el pañuelo para que se enjугue la frente:

*He's fat, and scant of breath  
Here, Hamlet, take my napkin, rub thy brows.*

Y ¿quién se representa ni pinta a Hamlet gordo? (5) ¿Qué más? ¿Quién reconocería a Sancho si se le pintase con largas zancas? Y, sin embargo, cuenta Cervantes que entre las pinturas que adornaban el manuscrito de Cide Hamete Benengeli retrataba una la batalla de Don Quijote con el vizcaíno, y a los pies de Panza decía : *Sancho Zancas*, porque:

“... debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas que con esos dos sobrenombres le llama algunas veces la Historia” (P. I, Cap. IX)

Mas Cide Hamete debió de ver bien a Don Quijote, por una parte, y por otra debió de ser la figura de éste no borrosa ni ambigua, sino la única posible para su alma, porque tan compenetrado estaba con su espíritu su semblante, que no fuera menester, si hoy resurgiera a vida, que ningún don Antonio Moreno le pusiera rótulo a las espaldas.

Todos, al ver ciertos rostros, decimos: “¡Como se parece a Don Quijote!” Y por apodo llevan este nombre no pocos, tan sólo por su continente corporal, no por su contenido espiritual.

La figura de Don Quijote debió de ser de las que, una vez vistas no se despintan jamás, y su biógrafo la vió con toda realidad.

Lo que más impresionó a Cide Hamete en la figura de Don Quijote fue su tristeza, revelación y signo, sin duda, de la honda tristeza de su alma seria, abismáticamente seria, triste y escueta como los pelados páramos manchegos, también de tristísima y augusta solemnidad, tristeza reposada y de severo continente, Sancho, le bautizó con el nombre de “Caballero de la Triste Figura” (pasaje II) Roque Guinart le halló “con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la tristeza” (pasaje XVI), y cuantos con él topaban admirábanse y se espantaban de lo triste de su extraña catadura, bien así como vislumbrando a su través aquel espíritu inmenso empeñado en moldear a sí el mundo. Aquel Cristo castellano fue triste hasta su muerte hermosísima.

Los rasgos mismos de su fisonomía son melancólicos: caídos los bigotes, la nariz aguileña, seco y avellanado rostro.

Más no era la suya tristeza quejumbrosa y plañidera, de las de rostro pálido y melenas en ordenado desorden,

tristeza física, de egoísmo sentimental, sino que era tristeza de luchador resignado a su suerte, de los que buscan quebrar el azote del Señor besándole la mano; era una seriedad levantada sobre lo alegre y lo triste, que en ella se confunden, no infantil optimismo ni pesimismo senil, sino tristeza henchida de robusta resignación y simplicidad de vida.

Tristísimo era el aspecto del Caballero de la Triste Figura, hasta tal punto, que Sancho llamó a ésta *mala* (pasaje II), y que la desenvuelta doncella Altisidora, al deshogar su despecho tratándole de malandrín mostrenco, quería no ver delante de sus ojos “no ya su triste figura, sino su fea y abominable catadura” (Cap. LXX de la segunda parte). Lo cual nos lleva como de la mano a preguntar: ¿Era el Caballero de la Triste Figura feo?

“... No puedo pensar -le decía Sancho- qué es lo que vió esta doncella en vuestra merced, que así le rendiese y avasallase ¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por si destas o todas juntas la enamoraron? Qué en verdad, en verdad, que muchas veces me paro a mirar a vuestra merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar: y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé o de qué se enamoró la pobre.

“Advierte, Sancho -respondió Don Quijote- que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con las ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale a un hombre

de bien no ser un monstruo para ser bien querido, como tenga las dotes del alma que te he dicho” (Parte II, Cap. LVIII)

A Ser don Quijote más escudriñador de reconditeces, habría aducido aquello de que la belleza es el resplandor de la bondad, y habría podido alegar en su abono mucho más, algo de lo que late bajo el aforismo femenino de que “el hombre y el oso, cuanto más feo, más hermoso”.

Todo el mundo distingue entre una belleza de corrección y otra de expresión; todo el mundo habla de la insulsez de caras hermosas, y de la gracia de rostros feos. Y sucede que en el gusto de todos lucha un concepto tradicional de la belleza humana con otro que está en vías de formación. Porque siendo lo bello expresión inmediata y flor de la bondad, varía con ésta. Hay una belleza humana tradicional, más o menos atlética, expresiva de la bondad del animal humano, del bárbaro luchador por la vida, del apenas disfrazado salvaje, belleza de equilibrio muscular; y va por otra parte formándose el concepto de otra belleza humana, reveladora de la bondad del hombre racional y social, resplandor de la inteligencia. Un spenceriano diría que así como las sociedades militantes, basadas en la concurrencia y la ley produjeron su tipo de belleza humana, lo habrán de producir las sociedades industriales, basadas en la cooperación y la justicia.

Toda la historia humana no es otra cosa que una larga y triste lucha de adaptación entre la Humanidad y la Naturaleza, como la historia de cada hombre se reduce a las vicisitudes del combate que en su cuerpo, sanguinoso campo de batalla, riñen su espíritu y el mundo que le rodea; y a medida que el espíritu, penetrando en el mundo, lo penetra en sí, y van acordándose y organizándose uno en otro, va el cuerpo haciéndose cada vez más transparente vestidura carnal y letra del espíritu. Llegará tal vez día en que el cuerpo más hermoso sea el del alma más hermosa.

La fisiognomía es la ciencia única, base de las demás, pues sólo conocemos la fisonomía de las cosas - enseñaba Lavater-. Es no, tal vez será, pues como quiera que es el hombre tejido de contradicciones y parto de la lucha, su fisonomía, sólo en parte, ¡cuán mínima a menudo!, le pertenece y no es dable conocer por su cara su alma. Hay semblantes hipócritas, ¡y qué tremendas tragedias, verdaderamente esquilianas, las que engendra el engaño de las caras que mienten!

Como aún no es el cuerpo transparente vestido del alma, no ha acabado de formarse la futura belleza humana, y sigue dominando la del bípedo implume.

Mas hay que creer con la fe artística, como en dogma estético, que todo carácter profundo e íntimo, asentado en sus cimientos, puro, viva en adecuación perfecta con la túnica carnal que le revista, ajustándola a sus contornos.

Un rasgo fisonómico es un gesto petrificado y transmitido tal vez por herencia; el dolor persistente deja huella, la virtud embellece y el vicio afea. En España decimos que la cara es el espejo del alma, que genio y figura hasta la sepultura y que el hábito no hace al monje.

A medida que se hace el hombre más armónico, más *perfecto*, esto es, más acabado; a medida que va adecuándose más y mejor al ámbito en que vive y más íntimamente comulga en él, más espejo es del alma la cara. Porque reflejando ésta el resultado secular de la acción y reacción mutuas entre el sujeto y el ambiente, siendo sus rasgos ya heredados de diferentes y aun contrapuestos antepasados, ya adquiridos, se plegará la cara al alma, y será su expresión verdadera cuando se plieguen uno a otro y concuerden en uno el sujeto y el ámbito que le recibe.

“El hombre que se parezca más y menos a sí mismo -decía Lavater-, aquel cuyo carácter sea más simple y más variado a la vez, más constante y más desigual, aquel que a pesar de su viveza y gran actividad esté siempre concorde consigo misma, cuyos rasgos más móviles no pierdan jamás el carácter de firmeza que distingue a su conjunto, tal hombre sea sagrado para vosotros.”

En un carácter como el de Don Quijote, tan *puro*, tan de una pieza, tan definido frente al ámbito en que vivía, hay que admitir como axioma estético que la cara fuese limpísimo espejo de su alma hermosa. Y esta hermosura de su alma es la que debe penetrar el pintor que quiera retratar la cara que le espejaba.

Mas no es sólo el cuerpo la letra del espíritu en el hombre social, en el hombre vestido; lo es también la indumentaria.

“¡El desnudo es el arte!”, exclaman muchos.

Si, el arte de representar el bípedo implume, no al *homo politicus*, al hombre social o vestido (6), El desnudo de la estatutaria griega refleja en parte el alma helénica; pero la moderna, la que va surgiendo lenta y trabajosamente entre dolores y agonías, se expresa mejor con la riquísima complejidad de las plegaduras el traje, que es el ambiente adaptado a sí por el sujeto.

El traje no es el uniforme del *snobismo* y de la elegancia del día, no es el saco de corte irreprochable; lo vivo de él es la rodillera, el pliegue. Es difícil se comprenda lo profundo de él mientras se cierran puertas a quien no lleve sombrero de copa alta, estigma de esclavitud, símbolo y resto triunfante de todas las deformidades que imprimen ciertos salvajes a la cabeza.

Enseña Ruskin, en sus *Mañanas florentinas*, que el cuidado en la pleguería y la minucia, en su expresión son signos de idealismo y misticismo, citando los pliegues de las canéforas del Partenón y las sobrepellices de nuestros sacerdotes; mientras el amplio ropaje, por grandes masas, el del Tiziano verbigracia, revela artistas menos preocupados del alma que del cuerpo. Se ha dicho que, al pasar los pueblos del paganismo al cristianismo, vistieron imágenes de diosas desnudas, haciendo de ellas vírgenes. Las *vistieron*, he aquí todo, y este todo es mucho más de lo que creen los que citan con malicia el hecho.

Aquí vendrían a cuento los pasajes de *El Ingenioso Hidalgo* en que se hace referencia al traje de Don Quijote; mas dejemos que los recorra y estudie el pintor que intente retratarle. Y con el traje el ámbito todo en que vivió. Por este camino iríamos demasiado lejos.

En resolución, hay que pintar a Don Quijote con la fuerza de su verdad y en buena filosofía quijotesca, con fe, creyendo en su inconcusa existencia real, heroica y efectiva, descubriendo por su alma su vestidura carnal, y ayudándose de los datos que nos proporciona su biógrafo Cide Hamete, varón de prodigiosa facultad visiva.

Sería curiosa tarea la de ir analizando cómo se le ha pintado y se le pinta en los diversos tiempos y países, estudio que formaría parte de una indagación acerca de las transformaciones del quijotismo. Porque hay un tipo diverso de Don Quijote para los diversos pueblos que más o menos le han comprendido. Hay el francés, apuesto, de retorcidas y tiasas guías de bigote, no caído éste, sin mucho asomo de tristeza, más parecido al aragonés de Avellaneda que al castellano de Cervantes (7); hay el inglés, que se acerca mucho más al español, y al verdadero, por tanto. Los más verdaderos son los españoles, como es natural (8), y si se

acogieran todos ellos y se fundiesen en uno, como se hace con las fotografías compuestas, de manera tal que los rasgos comunes se reforzaran, dejando en penumbra a los diferenciales, neutralizados unos con otros, obtendríase un arquetipo empírico, como tal nebuloso y gráficamente abstracto, de donde poder sacar el pintor la verdadera figura de Don Quijote: Tal arquetipo es la imagen que han sentido confusamente en su retina mental nuestros pintores y dibujantes, y aun los que no lo son; la que hace exclamar: “¡Cómo se parece éste a Don Quijote!” A tal arquetipo, confusamente vislumbrado, daría un pintor de genio expresión individual y viva, pintándole con la nimia escrupulosidad con que ciertos pintores ingleses pintan ángeles y seres ideales, con aquella encarnizada minucia con que Hunt perseguía sus modelos, con la vigorosa realidad castellana que dio Velásquez (9) a los héroes mitológicos. Hay que pintarlo con fe, sobre todo, con la fe que da un quijotesco idealismo, fuente de toda obra verdaderamente real, el idealismo que acaba por arrastrar tras de sí, mal que les pese, a los Sanchos todos; hay que pintarlo con la fe que crea lo que no vemos, creyendo firmemente que Don Quijote existe y vive y obra, como creían en la vida de los santos y ángeles que pintaban aquellos maravillosos *primitivos*.

Más ni aun la letra suele respetarse. Cuando más se tiene en cuenta el pasaje VI, y a las veces ni aun éste, pues es corriente pintarlo *inspirándose* en otras pinturas, de segunda o tercera o enésima mano, como se hacen las caricaturas de nuestros hombres públicos (10). Así vemos que de ordinario le representan sin barbas, a pesar de los pasajes VIII, XI y XIII, que he aducido al propósito de demostrar que las tenía, y sin atender a que no cuenta Cide Hamete que se las afeitara siendo natural le crecieran (11).

Para rellenar un poco más este ensayo, no vendría mal un estudio analítico de la fisonomía de Don Quijote, tal cual aparece en el texto cidehametesco.

Se vería, entre otras curiosidades, cómo Don Quijote concuerda con Lavater en cuanto al significado de la mano, y cómo este tierno y candoroso fisonomista halló que las narices quijotescas revelan naturalezas impetuosas y aferradas a sus ideas. Mas espero que el más descontentadizo documentista quede satisfecho de mi diligencia y de la escrupulosidad de mis investigaciones hechológicas, sin tal análisis de añadidura. No es menester menos cuando se trata de sugerir verdad tan verdadera, pero al parecer tan desatinada y absurda, como la de la existencia real y efectiva, real por ser ideal, efectiva por operativa, del Caballero de la Triste Figura, ni es menester menos cuando se cree que, a pesar de la hechología toda, no hay hecho insignificante, sino que todos son misteriosos y milagrosos.

Aún queda una última cuestión, la de mayor oportunidad, y es ésta: el pintar a Don Quijote quijotescaamente, *en buena filosofía*, como símbolo vivo de lo superior del alma castellana, ¿es empresa de pintor español actual?

Dejo este problema al lector

1 noviembre 1896

## Notas:

(1) En él queda la fórmula analítica del criminal, y con ella se le reconstruye en un momento dado. Sería una lástima que el entusiasmo por la antropometría nos llevara a desdeñar aquellos datos *inmensurables*, indefinidos, no reducibles a muertas fórmulas analíticas, pero llenos de vigorosa realidad, como son: verbigracia, el *aire* y la *producción* de una persona, datos que hace poco se pedía en impresos oficiales dieran, acerca de los mozos que habían de entrar en quinta, sus padres o interesados.

(2) Opongo los hechos al hecho, porque son muchas las cosas que en cuanto se pluralizan cambian de naturaleza: así sucede al trabajo con los trabajos.

(3) El lector desmemoriado recordará que don Alvaro Tarfe fué aquel caballero que declaró en un mesón, ante el alcalde de un pueblo y el escribano, cómo Don Quijote de la Mancha, el que tenía presente, no era el que andaba impreso en el libro de Avellaneda. (Véase parte II, capítulo LXII).

(4) Apenas hay Sancho Panza, de esos que están, aunque a medias, en el secreto de la locura de su amo, que no infiera quijotesca de lo se le antoja funestas consecuencias de una doctrina, la falsedad de ésta, presuponiendo que sólo lo no funesto es verdadero.

(5). Ciertamente es que la buena filosofía no era para Shakespeare la de Don Quijote, pues en *Macbeth* hace decir al rey que no hay modo de descubrir la condición del espíritu por el rostro:

*There's no art*

*To find the mind's construction in the face.*

*(Macbeth, act. I. escena IV)*

(6) El desnudo es excelente para *estudiar* el dibujo, lo cual no significa que sea más artístico. Y téngase en cuenta que hay un desnudo literario útil para *estudiar*, el que en los llamados *estudios* nos lo dan como lo más propio del arte.

(7) *“Iconografía de Don Quijote. Reproducción heliográfica y fototipográfica de 101 láminas elegidas entre las 60 ediciones, diversamente ilustradas, que se han publicado durante 257 años, etc., por el coronel don Francisco López Fabra. Barcelona, 1870.”*

Véanse en esta obra las ilustraciones de ediciones francesas. En las traducciones francesas de 1836-37 y 1862 (París), por Luis Viardot, tiene los bigotes archi-retorcidos; parece un *brave gaulois* en las de Bertell y de De Moraine a las ediciones francesas respectivas de 1868 y 1844 (París), y se le tomaría por Roldán en las de C. Stael a la castellana hecha en París en 1864. Hay alguna en que aparece con látigo (traducción fr., París, 1622), con pluma en

otras (1799 y 1825, por Lefébure), y con botas de gran vuelo (por H. Bouchon, traducción fr., París 1821-22). En la ilustrada por Telory (trad. fr., París, 1863), parece un Mefistófeles. De las de Gustavo Doré no hay que hablar: su genio pictórico era el menos a propósito para ilustrar el *Quijote*.

Son *Quijotes* enteramente franceses el de la traducción danesa de Copenhague, 1865-69, ilustrada por W. Marstrand, en que aparece con guantes, y el de la holandesa de La Haya, 1746, con pluma, ilustrada por C. Coypel, y en que parece un personaje de Watteau.

(8) Véase en la *Iconografía* citada las ilustraciones de Urrabieta a la edición de Madrid en 1847, las de don Luis de Madrazo a la de Barcelona de 1859-62; las de Zarza, a la de Barcelona de 1863. Las de don L. Ferrant, a la de Barcelona, 1859-62, son más afrancesadas.

En las citadas ilustraciones que don Luis de Madrazo hizo para la 48 edición española (Barcelona, 1859-62), y, sobre todo, en la que representa al Ingenioso Hidalgo recibiendo a la gran princesa Micomicona, presenta Don Quijote gran parecido con San Ignacio de Loyola, tal cual se nos muestra éste en el retrato que de él hizo Sánchez Coello, parecido en que me he fijado más de una vez. Cuando empezó a correr sus aventuras Don Quijote, frizando en los cincuenta años, y poco antes de darse a luz la historia de sus hazañas, hacía cuarenta y tanto años que había muerto el Caballero de la Milicia de Cristo. Guiado por ese parecido, he pensado mil veces en el quijotismo de Iñigo de Loyola relejendo uno de los primeros capítulos de la vida que de él trazó el padre Ribadeneyra. Y hoy ¡cuán anacrónico e incongruente resultaría al común sentir hablar del quijotismo jesuítico o jesuitismo quijotesco! Por lo demás, los rostros quijotescos abundan en nuestra pintura tanto como las almas en nuestra literatura.

(9) Notable y profunda es la hermandad de genio entre Velásquez y Cervantes. Uno y otro pintaron caballeros hermanos (compárese Don Quijote y el Marqués de Spínola), uno y otro pícaros, monstruos y maleantes: el bobo de Coria, Esopo, Menipo, Las Meninas, etc., Sancho, Maritornes, Rinconete y Cortadillo, etc. Para pintar a Don Quijote hay que estudiar, tanto como a Cervantes, a Velásquez.

(10) Se hacen caricaturas de caricaturas de ellos, hasta que de tal modo se borra el modelo, que no queda parecido alguno; se forma el tipo tradicional y nadie vuelve a estudiarlo del natural. Y en lo moral pasa lo mismo: el mito ahoga al personaje mortal, y aún obra sobre este mismo, compeliéndole a hacer esto o lo otro.

(11) A tal punto llega la incuria en desatender la letra, que en los grabados con que don J. Ribelles ilustró la edición de la Academia de 1819, donde dice el texto que Sancho y Cardenio se asieron de las barbas (Part. I, Cap. XXIV, línea 11 de la página 285 del tomo I) pinta uno y otro sin ellas. Error gravísimo, y tanto más funesto al arte cuanto más extendido está, es el de pintar sin barbas a Sancho. Prueba evidente del error es que su amo le encargaba se las rapara, por tenerlas “espesas, aborascadas y mal puestas”, advirtiéndole que si no se rapaba a navaja cada dos días por lo menos, a tiro de escopeta se le echaría de ver lo que era (Part. I Cap. XXI), y recias debían de ser cuando a los tres días de haber salido de la aldea, que, en buena filosofía, es de suponer saliese afectado, al encontrarse con las labradoras del Toboso y porfiar que era Dulcinea, dijo: “Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuere verdad” (Part. II Cap. X). Que no obedeció a su amo en lo de raparse cada dos días lo prueban los varios pasajes que podría señalar uno por uno a los curiosos documentistas aficionados a la echología.